

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN
OBRAS COMPLETAS

DETALLES DE HISTORIA

Y DE UN LIBRO INEDITO



La edición de las obras completas del Dr. Juan Zorrilla de San Martín.

Banco de la República Oriental
del Uruguay.

Mayo 24 de 1929.

Señor Dr. Don Juan Zorrilla de
San Martín.

Me complazco en hacer saber a
Vd. que el Directorio que presido,
en sesión de fecha 20 del corriente,
adoptó la siguiente resolución,
con la adhesión unánime de todos
sus miembros al pensamiento
que la inspira, expresado
individual y colectivamente en
forma altamente elogiosa para
su persona:

"El Directorio del Banco de la
República, inspirado en el patrió-
tico propósito de que se conme-
more en forma perdurable el
cincuentenario de La Leyenda
Patria, que acaba de celebrarse;
considerando que el altísimo
cantor de las glorias nacionales
ejerce la funciones de Delegado
del Gobierno en el Banco desde
hace 24 años; creyendo, además,
que difundir ampliamente entre
el pueblo las obras del esclare-
cido ciudadano es contribuir a
robustecer el concepto de Patria
y a avivar la conciencia nacio-
nal, y que con ello se realiza, a
la vez, obra de eficaz cultura; te-
niendo en cuenta el conocido
precedente de que el Banco de
España editó las obras comple-
tas de Ricardo León como ho-
menaje a este eminente hombre
de letras, antiguo funcionario de
aquella institución de crédito,
resuelve: Publicar, en edición es-
pecial y popular, las obras com-
pletas del Dr. Zorrilla de San
Martín, encomendando este tra-
bajo al propio autor, a quien se
hará entrega de la edición, sepa-
rando de ella quinientos ejempla-
res, los cuales serán directamen-
te distribuidos por el Banco en-
tre las instituciones de enseñan-
za y cultura del país".

Al transmitirle esta resolución
con que el Directorio del Banco
de la República adhiera a los ho-
menajes de que ha sido Vd. ob-
jeto con motivo del cincuenta-
rio recientemente celebrado, me
es grato solicitarle se sirva for-
mular el plan de la publicación
y disponer la forma de la misma.

Solamente me resta agregar a
los ya expresados, mis sentimien-
tos de adhesión personal, y
ofrecerle las seguridades de mi
más alta consideración.

Alejandro Galfinal
Presidente.

Julio Carlos Netto
Pro-Secretario.

Detalles de Historia

ZORRILLA DE SAN MARTIN

DETALLES DE HISTORIA



IMPRESA NACIONAL COLORADA
JUAN CARLOS GOMEZ 1223
MONTEVIDEO
MCMXXX

Montevideo, Mayo de 1917.

Señor doctor don Juan Zorrilla de San Martín.

Muy señor mío:

Mi casa editora desea publicar en un opúsculo el artículo de Vd. que acaba de aparecer en "La Nota" de Buenos Aires sobre La Argentinidad de don Ricardo Rojas, al que agregaría los de la polémica que Vd. sostuvo con el señor Rodríguez sobre la personalidad del general Alvear, y el relativo al estudio sobre el Congreso de Tucumán del señor Groussac.

Pido a Vd. la autorización necesaria para ello, y saludo a Vd. con mi mayor consideración.

CLAUDIO GARCIA.

Montevideo, Mayo de 1917.

Señor don Claudio García.

Muy señor mío:

Pues Vd. juzga que pueden tener nuevos lectores esos mis tres artículos, hechos sólo para la

ZORRILLA DE SAN MARTIN

prensa periódica, lo autorizo, con mucho gusto, a formar con ellos un opúsculo. No es esto decir que lo que escribo para la prensa no sea, como todo lo que doy al público, lo mejor que yo sé hacer; pero la forma adaptable al diario no lo es tanto a la página de libro. Debo advertirle además que esos escritos que Vd. va a coleccionar compaginados, no son sino una mínima parte de lo que yo desarrollo en mi libro La Epopeya de Artigas; en la segunda edición, sobre todo, que, ampliadísima y enriquecida de nuevos y preciosos documentos, estoy esperando de mi editor don Luis Gili, de Barcelona, y que estará aquí, Dios mediante, dentro de dos o tres meses. Interesado como estoy en que esa nueva edición, que será copiosa y barata, circule lo más posible, me alegraré de la difusión de su opúsculo, como el mejor anuncio o reclamo de aquélla. Se me ocurre que contribuiría a hacerlo más eficaz todavía la publicación del Prólogo o Prefacio que llevará mi segunda edición, y se lo remito, por si Vd. cree que algún interés puede agregar a su propósito.

Yo creo que sí, lo mismo que las notas que he tenido necesidad de poner en los artículos que Vd. ha reunido, y que también le remito.



DETALLES DE HISTORIA

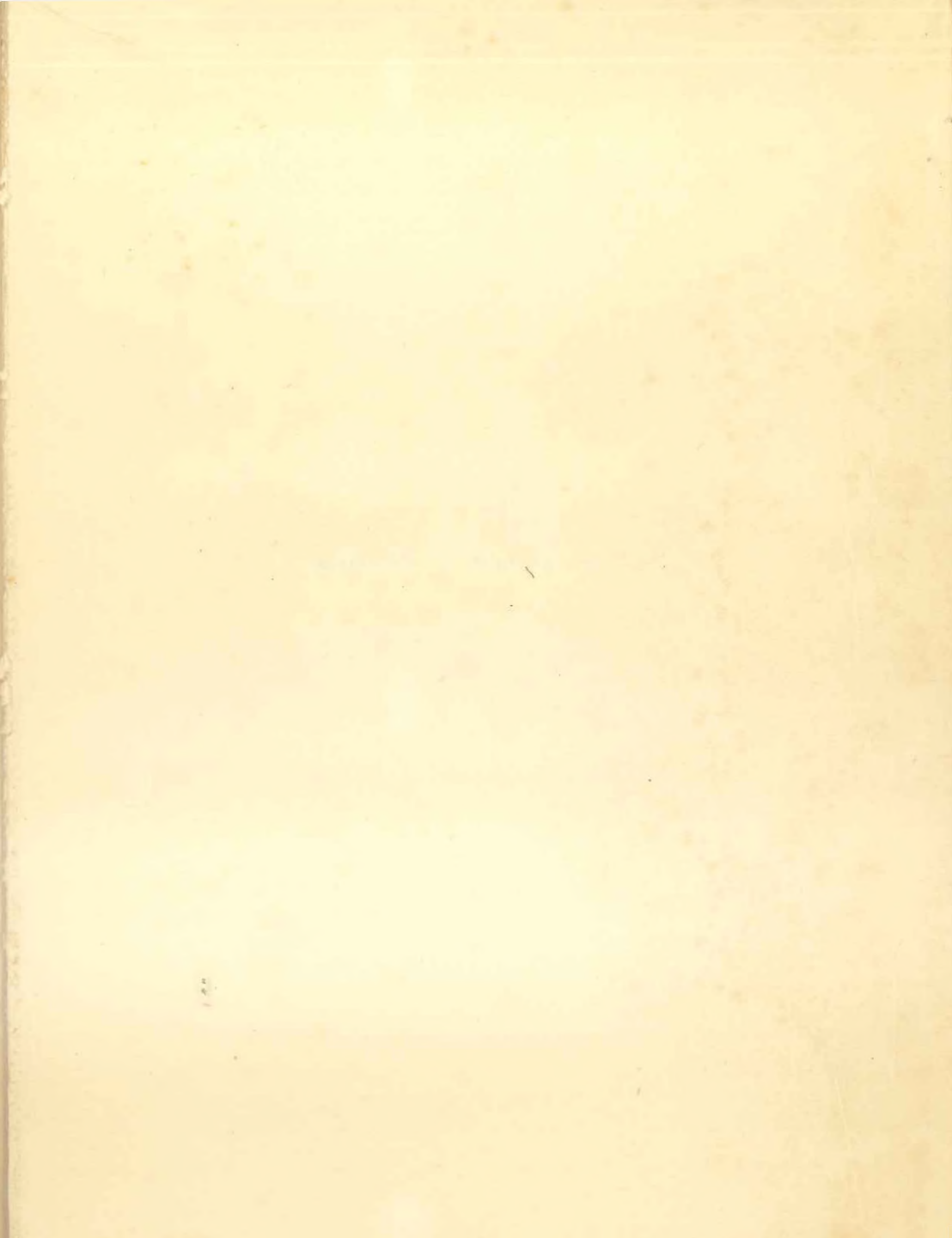
La vindicación de Artigas, que es el tema de todo eso, es obra buena y oportuna, esté Vd seguro. Artigas, el hermano de Washington, como ha sido llamado, hermano pobre pero buen hijo de la misma madre Democracia, no es, contra lo que han dicho los mal informados, ni debe ser, un motivo de enemistades. Como Washington para la familia inglesa, él ha de levantarse, por el contrario, como el símbolo de unión entre los miembros de la ibérica: entre los pueblos platen-ses en primer término; entre hispánicos y lusita-nos también. Los vindicadores de su memoria sólo deseamos ser oídos sobre esto en América; y los que poco valemos hemos de recurrir para ello a todos los medios, sin excluir el auto-reclamo.

Que salga, pues, cuanto antes, su opúsculo; véndalo lo más barato posible, y anúncieme en él la próxima llegada de mi segunda edición de La Epopeya de Artigas, para que ésta pueda tener muchos y buenos lectores.

Muy suyo atento amigo y S. S.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN.

Sobre Alvear y Artigas



SOBRE ALVEAR Y ARTIGAS

I

A UN JOVEN HISTORIADOR

Hace algunos días, al estrechar la mano a Hugo Barbagelata, que regresaba a Europa después de pasar algunos meses en ésta su buena tierra del Uruguay, prometí mi pública despedida a ese joven escritor que, modestamente, y como testimonio de su seriedad de espíritu, nos había traído un libro, "Artigas y la Revolución Americana", escrito por él en su ausencia. Cumpla ahora mi promesa, que respondía al sentimiento del deber en que estamos los más viejos de estimular a los jóvenes que, con vocación y aptitudes, se consagran al cultivo de la literatura histórica. Barbagelata está en el número de los tales, y en primera línea. Las condiciones que ha revelado en su libro nos prometen un historiador, es decir, un artista modelador de hombres reales, vivos, presentados en el ambiente en que vivieron.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Modelar un hombre es ofrecernos un espíritu hecho visible en un cuerpo; reproducir un ambiente histórico es describir cosas y narrar sucesos, descubriendo, uno entre mil, el hecho fundamental de un período histórico; hallando, una entre innumerables, la línea característica de la fisonomía de una época, más o menos condensada en un varón memorable. Que, como lo dice Emerson, una institución suele ser la sombra prolongada de un héroe.

De ahí que el historiador no deba confundirse con el benemérito investigador de sucesos concretos, como no ha de identificarse el escultor con el cantero. El investigador da todo cuanto encuentra en los archivos, en las tradiciones, en los papeles; el historiador, como todo artista, lo es tanto más cuanto menos elementos documentarios emplea y necesita para producirnos la sensación perfecta de la verdad histórica, y sugerirnos la expresión de los hechos. El ingenioso hidalgo don Miguel de Unamuno, profesor de Salamanca y amigo mío, dice, y dice bien, que "cabe que un libro de historia sea una gran mentira, siendo verdaderos todos sus datos".

En el libro "Artigas y la Revolución Americana" que nos trajo Barbagelata, el investigador predomina, y será tema principal de mi

SOBRE ALVEAR Y ARTIGAS

elogio; pero el artista apunta, y debe ser objeto de mi estímulo. El investigador aplicado nos ha ofrecido en él algunos datos nuevos y preciosos, hallados en los archivos de Madrid, que reclaman grande atención; dos, sobre todo, serán objeto de mi examen: el que se refiere a la personalidad de Otorgués, caudillo oriental, y el que define la personalidad del general Alvear, patricio bonaerense rival de Artigas. Y no sin cierto parecido moral con Otorgués; malgrado las apariencias.

II

La figura de Otorgués recibe en el libro de Barbagelata el golpe de gracia, me parece. No se ha equivocado el instinto nacional que ha excluído del panteón de sus héroes a esa nebulosa persona; pero tampoco se ha equivocado al separarla de la iluminada de Artigas, su jefe y su deudo, que nada tuvo de común con aquel caudillo lleno de dobleces y ambiciones, si ya no fué la necesidad en que se vió de utilizar su brazo formidable.

En cuanto al significado histórico de la figura de Alvear, el documento nuevo, desconocido, concluyente, que el joven investigador nos ha traído es tan estupendo como doloroso, aunque

ZORRILLA DE SAN MARTIN

confirma plenamente nuestro criterio anterior. Uno quisiera no haberlo conocido, por que nada causa una sensación más desolante que el ver humear una estrella. Yo no quisiera (y bien sabe Dios con cuánta sinceridad lo digo), yo no quisiera contribuir a apagar la aun encendida del general que venció en Ituzaingó; pondría todo el óleo de mis más generosas atenuaciones en esa lámpara moribunda. Pero en éste, como en muchos otros casos, la historia más corriente en América, la escrita "ad usum Delphini", nos ha colocado a los Orientales en la más dura de las alternativas: o Artigas o Alvear. Uno de esos dos hombres tiene que ser sacrificado; uno de ellos tiene que ser malo, para que el otro no lo sea, según esos funestos escritores. Y es sabido que, para ellos, el malo, el malvado ha sido siempre y debe serlo para siempre Artigas, el debelador de Alvear... Oh, la dura alternativa!

Pero se nos ha puesto en otra más penosa aun, si cabe: si sois amigos de vuestro Artigas, dicen algunos, tenéis que ser enemigos de nuestros hermanos los occidentales del Uruguay y el Plata; tenéis que debelar los grandes hombres argentinos; dejar huérfano de gloria a vuestro hermano.

SOBRE ALVEAR Y ARTIGAS

Pues bien; nada de eso es verdad, felizmente. Los Orientales podemos decir, y decimos a nuestros hermanos que quieran oírnos: no podéis ni debéis continuar en vuestra injusta depresión de Artigas, que nos hiere en el corazón; estudiemos juntos nuestra común historia, y os convenceréis de que es en Artigas precisamente, en el hombre de paz por excelencia, donde hallaremos el eje de nuestras glorias rioplatenses, y el vínculo de nuestra fraternidad histórica y sociológica.

III

El documento que ha traído Barbagelata confirma la existencia de dos espíritus en pugna, encarnados el uno en Artigas y en Alvear el otro, que son el alma de la platense historia. Alvear fué la negación de Artigas, efectivamente; luchó contra él por todos los medios, por la doblez sobre todo; se apoderó, sin él y contra él, de la plaza de Montevideo en 1814, para entregarla a Buenos Aires como a la heredera de España; obligó al caudillo Oriental a luchar contra él, bien a su pesar, y contra la oligarquía que él acaudillaba; se elevó, por fin, al puesto de Director Supremo, y cayó de él, en 1815, derrocado por el pueblo de Buenos Aires, que llamó a Artigas en su auxilio para ello.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Pues bien: es de este último momento el dato nuevo que nos trae Barbagelata, y que revela cuáles eran los dos espíritus que, encarnados en Alvear y Artigas, libraban en todo eso su combate. El Director Supremo caído huyó, como sabemos, a Río Janeiro, en un barco inglés. No bien llega a aquella corte, se presenta al representante allí del rey Fernando VII, y le dice que todo cuanto ha hecho en su tierra americana, después de regresar de España en 1812, aun sus manifestaciones de exaltado patriotismo revolucionario, éstas especialmente, no han tenido más objeto que el de mejor servir a su rey, su solo señor, y devolverle la soberanía de estos países, que son y deben ser suyos. Como prueba de la sinceridad de su contrición, con la que espera obtener la piedad y la protección de su rey, el ex Director Supremo, el enemigo de Artigas, pone en manos del español un "Memorándum o Estado Demostrativo", escrito de su puño y letra, y suscrito por él, en que denuncia todas las fuerzas y recursos con que cuentan los revoltosos plateneses. Y denuncia entre éstos, como el más temible, a don José Artigas, jefe indiscutido de los Orientales, los más fogosos insurrectos o revolucionarios a su vez.

SOBRE ALVEAR Y ARTIGAS

Eso fué, pues, lo que Artigas veía por intuición genial; eso lo que combatió y venció, a la cabeza de todos los pueblos argentinos igualmente heroicos; de todos: lo mismo de los Orientales que de los Occidentales, con excepción de la oligarquía bonaerense, de que era miembro conspícuo el general Alvear.

Digan, pues, las repúblicas del Río de la Plata, las dos hermanas dueñas de sus márgenes, vean y digan en dónde está el héroe común, el poseído del gran espíritu germinal que hoy glorificamos en el alma republicana que tenemos. Y sirva esto, pues se ha manifestado alguna duda al respecto, para establecer el significado del acto hermosísimo que, hoy hace ocho días, realizamos los orientales, al celebrar el centenario de la "batalla del *Guayabo*". En esa acción de guerra, con la derrota del coronel Dorrego, valeroso agente de Alvear, fué aniquilado el espíritu de éste: quedó predominante el otro grande espíritu, el argentino o platense o americano, que animaba al que, no sin causa, fué designado con el predicado de "Protector de los Pueblos". Eso es lo que hemos celebrado, para gloria de todos los que de tal espíritu nacieron, al celebrar la victoria de

ZORRILLA DE SAN MARTIN

"Guayabo" y el nombre del buen Rivera, que mandó la batalla como primer capitán del padre Artigas.

IV

Grande es el servicio que ha prestado Barbagelata a nuestra historia, con el nuevo documento que nos ha sabido encontrar *original* en los archivos de Madrid. A su lado podría y aun debería recordarse, el que acaba de sacar el doctor Alberto Palomeque, benémerito también en nuestra historia, de los archivos de Buenos Aires, donde ha estado escondido, no sé cómo ni porqué. Me refiero al que nos revela la actitud de Dorrego, el jefe de Alvear vencido en el "Guayabo" precisamente, cuando, en su carácter de Director Supremo o Gobernador de Buenos Aires, pone término, en 1828, con el "Tratado Preliminar de Paz", a nuestra guerra, a la declarada por los orientales solos, antes de su alianza, con el imperio del Brasil. Sabíamos que, como consecuencia de Ituzaingó, y, sobre todo, de la conquista de Misiones por Rivera, Dorrego, *con acuerdo expreso del Jefe de los Orientales, Lavalleja, el glorioso conductor de los Treinta y Tres*, envió a Guido y Balcarce a negociar la paz a Río Janeiro, sobre la base de la independencia Oriental. Eso hizo

SOBRE ALVEAR Y ARTIGAS

decir una vez a Juan Carlos Gómez, superficial en historia generalmente, que los héroes de nuestra Independencia, más aun que los Treinta y Tres y Rivera, debían ser Don Pedro I. y Dorrego, el gobernador. Ahora, por el nuevo documento que nos ofrece Palomeque, sabemos a ciencia cierta lo que ya sabíamos por evidentes conjeturas: el gobernador Dorrego, una vez iniciadas las negociaciones con el imperio, envió a sus representantes Guido y Balcarce contra-orden terminante: les ordenó que se abstuvieran de pactar nada que tuviera por base la independencia oriental; ésta debía ser rechazada en absoluto. Y los negociadores, intérpretes entonces del pueblo argentino que acaudilló Artigas, y ante la evidencia que estaban palpando y que invocaron, dijeron a Dorrego sin vacilar: Eso es imposible. Y dijeron más: Eso es indigno: los Orientales han ganado por sí mismos su independencia, que ha sido siempre su anhelo, "el objeto de su idolatría".

V

Los que nos buscan y traen tales y tan preciosos papeles, reclaman y merecen nuestra gratitud; son los canteros de la inteligencia, que ofrecen al artista, al arquitecto de la historia, la

ZORRILLA DE SAN MARTIN

materia en que debe hacerse carne la inspiración perdurable.

Barbagelata, como he dicho, es de esos beneméritos; pero también está lleno de las condiciones requeridas para ser de los otros, de los capaces de percibir la línea y el color y la armonía, y a ello debe consagrarse, con la seguridad de llegar. El historiador es, ante todo, un artista, un poeta, como se ha dicho y repetido; la imaginación interviene, tanto o más que las otras facultades, en la composición histórica, como interviene en ella el sentimiento y el sentido de la forma escultural. "*Vis superba formæ*", decían los antiguos; la fuerza soberbia de la forma. Una composición histórica, como toda obra de arte que aspire a la vida, debe ser un organismo, una creación, la evocación de algo que no existía antes de ella aparecer. Los documentos existían.

Para esto, Barbagelata tiene además una condición sin la cual no se concibe el historiógrafo: la magnanimidad; es, aunque joven, sereno y reposado; es, sobre todo, bueno, generoso; se alegra ante los nobles espectáculos, y los busca con predilección; es más dado a absolver o a buscar generosas atenuaciones, que a condenar o excomulgar. No tiene veneno en el alma transparente; no odia.

SOBRE ALVEAR Y ARTIGAS

Los odios históricos, como la ojeriza contra Dios, son una insensatez que combate contra el infinito o contra la nada. Esa frase es de Leopoldo Lugones.

Esa frase hermosa. Y muy oportuna, me parece, para poner un término, ya deseado quizá por mis lectores, a estas líneas con las que, al cumplir mi promesa al joven amigo ausente, le envío mi modesta palabra de estímulo. Alcance ella también a todos los jóvenes que, como Barbagelata, estudian, investigan, piensan, aman, anhelan la estimación de sus conciudadanos y la gratitud de la Patria.

La república cuenta con ellos, y los mira con singular predilección.

FANTASTICAS REVELACIONES

*Contestación dada al anterior
artículo por Dn. Gregorio F. Rodríguez
autor de la "Historia de Alvear". —*

Artículo de Gregorio F. Rodríguez.

Cuando apareció el libro "Artigas" del señor Hugo Barbagelata, cuyo trabajo había sido precedido de promesas divulgadas en los periódicos, asegurando haría revelaciones sensacionales, como resultado de investigaciones en el Archivo de Indias, a cuyo efecto anticipó, como primicia histórica, una carta de Artigas dirigida a Larrobla en 1814, que ya había aparecido publicada por nosotros en la "Historia de Alvear", dímonos prisa con todo interés a leer su producción, dado el deseo que en nosotros despierta el hallazgo de documentos cuya importancia tienda, no sólo a establecer la verdad histórica, sino también a suavizar esas fuertes rivalidades que aun nos dividen en

ZORRILLA DE SAN MARTIN

ambas márgenes del Plata, respecto del valor intrínseco de todos y cada uno de los hombres de la independencia; y tanto más, siendo como somos los primeros en reconocer la inmodificable idiosincracia que presentan todos los pueblos, al atribuir a sus ídolos la mayor grandeza.

Confesamos con sinceridad que sufrimos una desilusión completa ante su lectura, y nada hallamos como novedad histórica, reflejando como siempre sus páginas el apocamiento que sufren los próceres argentinos, en el paralelo con los que no están ligados a ellos por lazos patrios.

Muéstrase el autor, además, ignorante de un asunto histórico como el que nos ocupa, muy generalizado entre los historiadores, bibliófilos y aún personas de algún conocimiento de la historia de estos países. Por otra parte, fácil nos fué apercibirnos cómo el autor ha utilizado gran parte de los documentos inéditos publicados por nosotros en la "Historia de Alvear", bien que pretendiendo ocultar esta fuente valiéndose de citas mal disimuladas. Pero la nota sensacional, mejor dicho, la perla de la documentación que el señor Barbagelata nos ofrece, objetivo principal de su trabajo, es una *Representación o Memorial* de Alvear dirigida en 1815 al Rey de España, que el autor declara ser inédita, cuando no sólo hace

FANTASTICAS REVELACIONES

ya casi un siglo ha pasado a cosa juzgada y sabida, sino que fué declarada apócrifa por el mismo Alvear, cuando apareció impresa en 1819.

No nos sorprendió el hecho, teniendo en cuenta que el joven historiador empezaba con ese libro a ejercitar sus primeras armas en el campo de la historia. Este antecedente sirvió para conservar nuestro silencio, convencidos de que la opinión y juicios de los hombres estudiosos coincidirían con nosotros, dando al asunto el escaso valor histórico acordado en su época. Mas tórnase imposible el silencio, una vez que el tema sale de los dominios del libro, para exhibirse haciéndose guerra sin tregua al vencedor de Montevideo e Ituzaingó, entre elogios resonantes al autor, y con ese vuelo magistral que sabe imprimir la pluma de don Juan Zorrilla de San Martín "gran poeta", como lo define el ilustre Unamuno en carta que nos dirigiera el año pasado, "y no menos grande abogado", que dedicó aquel su bellissimo alegato que deslumbra, pero no convence.

Callar, después de la lectura del artículo del señor Zorrilla aparecido en "*El Siglo*" el 17 del actual, sería dar pábulo y patente de legítima acusación, a la afirmación del párrafo siguiente:

"En cuanto al significado histórico de la figura de Alvear, "el documento nuevo, descono-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

cido, concluyente," que el joven investigador nos ha traído, es tan estupendo como doloroso, aunque completamente confirma nuestro criterio anterior. Uno quisiera no haberlo conocido, porque nada causa una sensación más desolante que el ver humear una estrella. Yo no quisiera contribuir a apagar la aún encendida del general que venció en Ituzaingó; pondría todo el óleo de mis más generosas atenuaciones en esa lámpara moribunda. Pero en este caso, como en muchos otros casos, la historia más corriente en América, la escrita "*ad usum delphini*", nos ha colocado a los orientales en la más dura de las alternativas: o Artigas o Alvear. Uno de esos dos hombres tiene que ser sacrificado; uno de ellos tiene que ser malo, para que el otro no lo sea, según esos funestos escritores. Y es sabido que, para ellos, el malvado ha sido siempre Artigas, el debelador de Alvear."

¿Para qué seguir su comentario? El vendrá con todos los antecedentes y amplitud necesarios en el tomo tercero de la "Historia de Alvear". Por ahora, apuntaremos ligeramente las referencias que dan luz sobre el tema en cuestión, y desautorizan las inculpaciones injustas sobre un prócer que puso en holocausto sus riquezas, sus títulos, su autoridad en un período culminante de la historia argentina y uruguaya.

FANTASTICAS REVELACIONES

Helos aquí: Durante el ostracismo de Alvear, soportado entre calamidades y agravios de todo género, hubo de ser víctima en Río Janeiro de la persecución de los españoles. Estos no solo creían que había faltado a la capitulación de Montevideo, sino que, desechados por haber revelado Alvear a don Manuel José García, diputado de Buenos Aires en aquella corte, el plan de una expedición militar que logró descubrir con esos ardidés tan comunes en él, tramado allí por los españoles para sorprender la plaza de Montevideo, con los trasportes necesarios para conducir 1.500 emigrados defendidos por la fragata "Soledad" y corbeta "Abascal", fué reclamado por Vigodet y amenazado de muerte por algunos exaltados. Tan acosado se vió, que tuvo necesidad de refugiarse en un buque inglés, hasta obtener del Rey don Juan su palabra de que no sería molestado en sus dominios. Para mayores males, vino a establecerse a Montevideo, cuyo acercamiento a Buenos Aires produjo entre sus enemigos políticos verdadera alarma, siendo como era Alvear un antagonista terrible. Fulminaron contra su honor terribles acusaciones, increpándole grandes faltas en su conducta pública y desplegando el tema favorito de aquellos tiempos: atacar las reputaciones de sus enemigos, suponiéndolos complicados con los

ZORRILLA DE SAN MARTIN

españoles; calumnia cuyo veneno no dejaba de producir sus efectos entre la crédula opinión. Y como era necesario quebrar el prestigio que su nombre conservaba a pesar de todo, apelóse a la maniobra mencionada, comentando una real orden forjada, firmada por el Ministro español Eguía y publicada en la "Gaceta" con los comentarios del caso. En ella hacía mérito de los servicios que Alvear estaba pronto a prestar a la causa realista, y recomendábase al Virrey Pezuela lo auxiliase con tal intento.

No satisfechos con este paso, publicaron *una falsa representación impresa también en Buenos Aires con otros documentos*, dirigida al Ministro español Villalba en Río Janeiro en 1815, vale decir, la misma representación o Memorial que el señor Barbagelata publica en su obra, como una sensacional primicia histórica.

Déjase ver, por lo que ahora preténdese revivir, la brecha que abriría a la reputación de Alvear tan funesta maniobra, cuyas inculpaciones obligáronle a una valiente defensa pública que apareció en 1819 en un folleto impreso en Montevideo por la imprenta Federal de los Carreras *declarando completamente apócrifo el citado documento*.

FANTASTICAS REVELACIONES

Esta defensa lleva el siguiente título: "Refutación de la calumnia intentada contra don Carlos Alvear inserta en la extraordinaria del 28 de Diciembre de 1818." La segunda parte titúlase "Otras calumnias refutadas. — Montevideo 18 de Marzo de 1819".

Además, en la correspondencia epistolar inédita que poseemos, cambiada con García, hace algunas consideraciones sobre el asunto, según se verá en los párrafos siguientes: "Habrá usted visto la terrible filípica que ha fulminado contra mí don Julián Alvarez, comentando una real orden, que prueba todo lo contrario de lo que trata de probar. Este ataque ha sido inesperado por mí, porque a la verdad, no he dado niugún motivo para ello, y el Gobierno, sin dato alguno, ha querido comprenderme en los ataques que hacen a Carreras. Yo contesté a la filípica por el adjunto papel, aunque no quería hacerlo; pero todos han creído debía yo dar este paso. Desearía mereciese su aprobación o, a lo menos, la disculpase". Y refiriéndose al sonado documento de Barbagelata, agrega: "También han impreso *una representación* que suponen hice yo a Villalba y dicen que usted también lo ha hecho. Yo voy a contestarla porque el autor que ha pretendido atribuirnos este "papelote", parte del supuesto que usted tenía

ZORRILLA DE SAN MARTIN

poderes míos para tratar con Villalba, cosa que es falsa, como usted sabe. Después de cuatro años de destierro y haberme sacrificado por patriota, salir don Julián con que uno es godo, es realmente una cosa capaz de hacer perder los estribos al hombre de más sangre fría". Luego, en otra, enviándole la refutación anunciada, dícele: "El Gobierno ha hecho imprimir en Buenos Aires, la representación que vilmente me atribuyen. He creído de mi deber contestar a esta calumnia del modo que usted verá por el adjunto impreso".

"Esta es la única vez que contesto a todas las acusaciones que quieren hacerme de un modo tan injusto e impropio del honor de todo gobierno. He pensado mucho sobre el modo en que debía hablar de usted teniendo presente su calidad de diputado del Gobierno. Espero merecerá su aprobación, visto que algo era preciso decir con respecto a usted, en virtud que en la fingida representación se habla de la misión de usted".

En la exposición pública de 1819, comenta Alvear los párrafos principales de la representación, transcribiendo unas veces y analizando otras, sus términos. Después de extensas consideraciones y antecedentes históricos muy interesantes, termina negando la legitimidad del documento, expresándose en los términos siguientes: "El gobierno de

FANTASTICAS REVELACIONES

Buenos Aires ha hecho imprimir un Memorial forjado por mis enemigos, en el que se estampa mi firma, (1) con objeto de hacerme aparecer ante la Nación como un desertor de la causa, vendido pérfidamente a los intereses de la antigua metrópoli; constituyéndome en la odiosa necesidad de vindicarme del modo que mi situación me lo permite". "Jamás habría roto el silencio de cuatro años, si pudiera guardarlo cuando se trata de quitarme el honor y una reputación adquirida a costa de servicios dignos de otra recompensa. Hay proyectos que un hombre solo no puede realizarlos por elevado que sea su carácter. Tal es por su naturaleza el plan que se me atribuye en la representación impresa. Traicionar la causa de la Nación que acaba de proclamarse independiente, vender cien pueblos que pelean por ser libres, no es obra de un solo hombre; es un proyecto que demanda el concurso de tropas, la aprobación de autoridades, el silencio de las almas grandes y una indiferencia lastimosa por parte de los pue-

(1) El texto de este artículo es el del incorporado por su autor a su libro "La Patria Vieja". En el que publicó "El Siglo" de Montevideo, y que dió origen a mi contestación, se deslizó un error tipográfico: en vez de decirse "en el que se estampa mi firma" se decía allí "en el que se estampa sin firma". De esto se hablará después.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

blos. Así es que para salvar este inconveniente, no temieron asegurar los autores de aquel papel que los jefes militares y políticos, estaban comprendidos en el complot infame de entregar el país a los españoles. Entonces, dice el libelo, "creí necesario aceptar el mando supremo, concentrar todas las fuerzas en la capital poniendo al frente de los regimientos los jefes de mi confianza y más propios para coadyuvar mis esfuerzos".

"Y se tolera por los pueblos, agrega, y se publica por el gobierno un insulto tan atroz contra los primeros hombres, contra los patriotas más comprometidos, contra los principales autores de la grandiosa revolución de Sud América?

Prosigue en su defensa Alvear trayendo a luz un cargo semejante, con motivo de haberse divulgado entre los españoles residentes en Río Janeiro, que Pueyrredón y sus secretarios habían dirigido al Rey de España un memorial excusando su conducta y pidiendo volver a su gracia. El gobierno desmintió la especie en la "Gaceta", antecedente que sirve a Alvear para reprocharle un proceder tan distinto, observado para con él. "Los españoles, dice, forjaron en otro tiempo papeles supuestos para hacer sospechosa la administración actual y en la necesidad de evitar sus efectos, publicó su falsedad en una de las Gacetas. No es

FANTASTICAS REVELACIONES

extraño, pues, que usando de las mismas armas intenten otra vez sembrar la desconfianza, aumentar la discordia y privar a la patria de la unidad y servicios de hombres que tan bien le sirvieron en otro tiempo". (1).

"*El Memorial* no tiene un hecho cierto, ni una conjetura probable. Nadie lo vió ni lo oyó de tan-

(1) En la Refutación que aquí se cita, y que, efectivamente, fué publicada por Alvear en 1819, y reproducida, en 1901, en la colección chilena, aquel se defiende diciendo que los mismos cargos que contra él se hacían, fueron lanzados contra otros.

Muy conveniente hubiera sido, y muy interesante, que el señor Rodríguez hubiera hecho conocer a sus lectores los términos en que Alvear se expresa. Y pues él no lo hizo, lo haré yo, para dar toda la eficacia a su cita.

Las palabras de Alvear son las siguientes:

"¿Quién no sabe que el actual Director, don Juan Martín Pueyrredón, siendo general del ejército del Perú, recibió insinuaciones repetidas del general Goyeneche para una transacción amigable con la metrópoli? ¿No fueron convidados para lo mismo casi todos los gobiernos, desde la primera Junta, por los jefes españoles de Montevideo, hasta la rendición de la plaza? El general Artigas, que acaba de fusilar en su campo al oficial don Isidro Moreno por haberle llevado cartas seductoras del Embajador español, ¿no ha sido mil veces solicitado por Vigodet y otros jefes para una composición? En la Guía de Forasteros ¿no está su nombre en la lista de los brigadieres de los ejércitos de España? ¿Bolívar, Morelos, y los prin-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

tos patriotas que se hallaban en Río Janeiro. Ataca la reputación de un general americano, que destruyendo en Montevideo el último baluarte de la tiranía, dió a la nación días de gloria y a sus enemigos un motivo de eterna persecución. Compromete la fidelidad de los mejores ciudadanos que el gobierno está obligado a defender por prin-

cipales caudillos de la América Septentrional ¿no fueron invitados a convenios pacíficos por cuantos gobernantes mandó España a sostener la guerra en aquellas comarcas del nuevo mundo? Y, con todo, no hubo hasta ahora una lengua maldiciente que se atreviese a tratar de traidores a la faz de los pueblos a tan ilustres ciudadanos". (Colección de Historiadores y de Documentos relativos a la Independencia de Chile, Tomo VII, pág. 283).

Este triunvirato de Artigas, Bolívar y Morelos, ofrecido por Alvear como el *substratum* de ilustres ciudadanos de América inaccesibles al ataque de las lenguas maldicientes, no puede menos de hacer meditar a los que aun dudan del carácter de Artigas.

Este, como se ve, figuraba, sin su anuencia, en la lista de los brigadieres españoles, según la *Guía de Forasteros*. El dato es nuevo también, y no carece de interés pintoresco. Advuértase así mismo que el General Alvear habla del "General Artigas". Incurre en error; nunca fué tal cosa el vencedor de las Piedras; jamás tuvo despachos de General. Los de Coronel le fueron enviados por Buenos Aires con una espada de honor, después de esa su victoria de las Piedras; pero esos mismos fueron devueltos a Sarraatea en 1812.

Artigas no fué nada más que Artigas; no tuvo carrera.

FANTASTICAS REVELACIONES

cipio de solidaridad y justicia. Esto habría pensado un gobierno justiciero e imparcial, para no permitir la impresión de un libelo que sólo puede servir al desahogo de viles pasiones y descrédito de la causa de la revolución, olvidando las repetidas solicitudes que le dirigen desde Río Janeiro, en los momentos en que los autores del supuesto memorial figuraban mi viaje a España "a presentarme con mi familia a S. M." y me proclamaban como "pérfido vendido a la España".

Y para terminar, véase aquí este párrafo cuyas frases van recias cual dardos sobre sus acusadores: "Yo me abandono a la justicia de los pueblos y dejo a su decisión, si es posible que un ciudadano que ha sacrificado su fortuna, su subsistencia y sosiego a la causa de la independencia de su patria; que le ha hecho servicios importantes, podrá jamás unirse a los enemigos, ni tomar partido contra los intereses de la libertad... ¡Continúen en sus intrigas y calumnias! ¡Que me persigan! Yo no me prostituiré jamás al deshonor, y un día llegará en que triunfe la inocencia contra la persecución; y los calumniadores quedarán cubiertos de oprobio e ignominia".

Hasta aquí la refutación de Alvear. Réstanos tan sólo agregar dos palabras: Sea cual fuera la argumentación que en lo sucesivo empleen sus

ZORRILLA DE SAN MARTIN

antagonistas y *que no rebatiremos*, sobre la verdadera procedencia del documento repudiado por Alvear, no conseguirán jamás levantar el peso de las consideraciones siguientes:

Primero: Que los españoles dueños del testimonio irrecusable, no osaron desmentir las públicas afirmaciones de Alvear, lo cual fácilmente pudieron conseguir si tenían la seguridad de su legítima procedencia.

Segundo: Que ninguno de los historiadores del Río de la Plata, conociendo el asunto, tomó en serio ni como arma de combate, para herir su honor, la publicación del famoso memorial, cuyo supuesto autor habíalo declarado apócrifo. Y nótese tuvo entre ellos impugnadores de talla como los Maeso, De María, Bauzá, Ramírez, Acevedo, etc.

Tercero: Que el novel historiador, señor Barbagelata, ha hecho una plancha formidable al afirmar fuese desconocido el documento, y cuya ignorancia sobre la existencia del folleto publicado por Alvear produce verdadero asombro, tanto más, cuanto éste ha sido reproducido en la "Colección de historiadores" y documentos relativos a la Independencia de Chile, Tomo VII, pág. 271"

Buenos Aires, Enero 23 de 1915.

SOBRE HISTORIA PLATENSE

I

No es mi ánimo, al escribir estas líneas con motivo del artículo de don Gregorio F. Rodríguez, no es mi ánimo, ni mucho menos, el de sostener una polémica con ese amable cultor de la historia, a quien mucho debe ya la del Río de la Plata, y mucho estimamos los vindicadores de la gloria de Artigas. Y tanto más estoy en el caso de rehuir tal controversia, cuanto que el señor Rodríguez declara que no rebatirá lo que se le diga a propósito de su artículo, y promete nuevos y amplios antecedentes relativos al asunto, en un tercer tomo de su *Historia de Alvear*. El asunto no es otro, como se sabe, que el relativo a la figura histórica de este ilustre prócer argentino, del General don Carlos de Alvear, contra quien el señor Rodríguez me supone en guerra sin cuartel, incurriendo en un sensible error. Yo no he empeñado semejante guerra, que sería insensata.

Me doy cuenta, pues, del deber que me imponen las declaraciones del distinguido biógrafo de

ZORRILLA DE SAN MARTIN

aquel hombre histórico; y a la cortesía que le debo y me debo a mí mismo, tengo que agregar una suspensión, ya que no rectificación, de mi juicio definitivo sobre nuestro asunto, en espera de los nuevos elementos que se nos anuncian. Es sensible que éstos no hayan sido presentados en alguno de los dos primeros tomos del interesantísimo libro del señor Rodríguez; allí tenían, al parecer, su oportunidad, y el punto es de tal importancia, que el hecho de no haberlos visto en esos dos primeros tomos pudo habernos hecho creer, como yo lo creí, que no debíamos esperar mayores piezas de convicción.

Y es eso doblemente sensible para mí, porque también yo estudio, y tengo en prensa, de largos meses atrás, una segunda edición, amplia, y lo más completa posible, de mi modesta composición "La Epopeya de Artigas", y no sé si me será dado esperar mucho tiempo los prometidos nuevos elementos de recto juicio, que, viniendo de quien vienen, no pueden menos de ser interesantísimos. (1).

(1). Esperé todo cuanto me fué posible, (más de un año), y me resolví, por fin, a enviar a Europa mis originales; pero no lo hice sin antes recurrir directamente al señor Rodríguez en demanda de los nuevos informes, que mucho deseaba, o de la promesa de ellos. Ni la palabra autorizada de mi distinguido contrincante ni el tercer tomo de su Historia

SOBRE HISTORIA PLATENSE

No es que yo pretenda, al hablar de mi trabajo literario, dar a ese libro una importancia que no tiene; pero creo oportuno, pues el señor Rodríguez lo considera digno de atención, hablar de él, y, más que de él, de los libros de su especie, para justificar su carácter y hacerlo perdonar.

II

Es el mío un libro apologético, de vulgarización, que, como mío, no puede valer gran cosa; pero si algo valiera, su mérito estaría precisamente, me parece, en lo que para otros es defecto.

Hay libros de historia destinados sólo a “probar los hechos”, y los hay que sólo tratan de “exponerlos” metódica y amablemente; de estos úl-

de Alvear han llegado hasta mí; pero he recibido, en cambio, reproducciones fotográficas de los documentos tachados de apócrifos; las pedí al señor Barbagelata, y éste tuvo la gentileza de mandármelas, no sin protestar de que lo hacía *sólo por complacerme*, y no por que aceptase la duda sobre su seriedad de historiador.

Aunque los documentos son muy legibles en la placa y en el primer positivo, no lo serían en una nueva reproducción, y tengo que renunciar a mi propósito de darlos a conocer aquí en fac-simile fotográfico. Son los siguientes:

1.º Nota íntegra suscrita por Villalba, y dirigida por éste a S. E. don Pedro de Ceballos. Está anotada en el Archivo de Madrid con la advertencia

ZORRILLA DE SAN MARTIN

timos es el mío. Todos ellos caben, o mucho me equivoco, en la filosofía de la historia y en la metodología; la primera se refiere, como dice Flint, al nexo causal de los hechos; la segunda estudia los procedimientos "racionales y necesarios" para llegar a la verdad, marca los caracteres y establece los límites del conocimiento en historia. Y ambos autorizan, y hasta imponen, la forma bella, personal, que puede ser varia y múltiple.

En las composiciones del género de la modestísima mía, la prueba de la verdad está sobre todo en el autor, que sólo trasmite el reflejo de su verdad interna; es la estructura ósea, que sólo se

"Muy reservada", y con el N.º 175. Consta de tres páginas.

2.º Documento que acompaña al anterior, que lo anuncia y es su complemento: *Relación de la fuerza efectiva de línea que tienen las Provincias del Río de la Plata que están en insurrección*. Es copia, autorizada por Villalba, del original firmado por "Carlos de Alvear". He recibido la primera y última páginas.

3.º Original del *Memorial*, suscrito por "Carlos de Alvear" cuya firma se lee con toda nitidez y claridad; un calígrafo puede estudiarla. Consta de siete páginas de esmeradísima caligrafía. Es el tachado de apócrifo, y lo he recibido íntegro.

4.º Reproducción íntegra de la nota de Villalba a Ceballos, que figura en el archivo con el N.º 207, con el que aquél remite el *Memorial* autógrafo de Alvear.

Las fotografías están en mi archivo, a disposición de los estudiosos.

SOBRE HISTORIA PLATENSE

revela en el músculo vivo que la recubre; es la cimbra que se reconoce sólo en la nitidez del arco. Esas obras pretenden ser, ante todo, obras de arte; y el arte es belleza; y la belleza es el esplendor de lo verdadero, según se ha dicho; *el esplendor*, su exposición armoniosa, musical, si se quiere.

El señor Rodríguez insinúa en su hermoso artículo ese pecado original de mi libro, que yo confieso ¡ay! resignado al castigo; él me llama, con el ilustre español Unamuno, "gran poeta". Y ese predicado, que en otras circunstancias me confundiría por lo honroso e inmerecido, en las presentes me desautoriza un poco, efectivamente, a los ojos de muchos seres humanos. No diré yo que esa sea la intención del señor Rodríguez al proclamarme ahora gran poeta; pero si tal fuera su intento, no sería de censurarse; sería un recurso como cualquier otro para enervar la fuerza de expansión de una verdad, y no hay por qué tomarlo a mal en quien juzga que la que él combate es nociva. Sólo se ocurre que es ese un recurso opuesto a otro recurso; una poesía, en resumidas cuentas, opuesta a otra poesía.

No todos los hombres ven en lo bello el esplendor de lo verdadero, efectivamente; los hay, por el contrario, para quienes la verdad y la belleza son cosas esencialmente contrapuestas, y que re-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

cíprocamente se excluyen; la verdad, para ser tal, ha de ser fea, tiene que habitar en almas que no resuenen, ha de tener los ojos sin pupilas. El mismo señor Rodríguez, que no piensa así seguramente, en general, no está distante de pensarlo con respecto a mi libro "que deslumbra pero no convence", según su expresiva frase. No puedo menos de agradecersele, sin embargo. Que no hubiera hecho yo poco, si, realmente, hubiera conseguido deslumbrar en este asunto de Artigas. El sólo llamar la atención sobre él, provocando un examen razonado, es ya bastante. "Hiere por escucha".

III

Porque el señor Rodríguez olvida, al atribuir a solo un espíritu de rivalidad o antagonismo incomprensible nuestro juicio sobre los émulo de Artigas, olvida que los historiadores de este lado del Plata estamos empeñados en la dura empresa de vindicar el héroe más deprimido y más injustamente vilipendiado de nuestra América. ¿Qué no se ha dicho contra ese hombre Artigas, a quien los Orientales, movidos de una fuerza superior a nosotros mismos, no podemos menos de amar? Es el señor Rodríguez precisamente quien en Buenos Aires ha afirmado, y en interesantísima polémica.

SOBRE HISTORIA PLATENSE

mica ratificado y probado, que los Orientales tenemos razón al ver en Artigas el verdadero fundador de nuestra Patria.

Y no se olvide que, para denostar y aniquilar a ese fundador de una Patria, también se ha echado mano, y muy especialmente, de la poesía, del arte de las bellas formas, es decir, del medio más poderoso de penetrar en el entendimiento humano, y que no es otro que el de mover la sensibilidad. Yo no puedo olvidar, entre muchos de su especie, un hermoso grabado de un libro de Historia en Imágenes, historia argentina, publicado en Buenos Aires con ocasión del centenario de Mayo. En esa estampa se ofrece a los niños argentinos el cuadro de la batalla de las Piedras. Y dice al pie: "Rondeau en la Batalla de las Piedras". Y allí está Rondeau, efectivamente, caballero en brioso corcel, llevando una pujante carga de caballería. Artigas, el pobre Artigas, andaría a la sazón entre sus matreros o facinerosos, porque su nombre no fué ni siquiera pronunciado en aquella hermosísima conmemoración ríoplatense, a la que los Orientales adherimos con amor sincero, absolutamente sincero, como no podíamos menos, pues estamos convencidos de que es Artigas el héroe primero de la revolución de Mayo. No fué Rondeau, sin embargo, como todo el mundo sabe, sino Artigas, quien mandó la batalla de

ZORRILLA DE SAN MARTIN

las Piedras. Rondeau estaba muy lejos de allí, el buen Rondeau.

¿Cómo rectificar ese error y los análogos, tan numerosos y difundidos? ¿Cómo neutralizar un esplendor, si ya no es con otro esplendor? ¿Cómo no perdonárseme el poner al servicio del héroe que, con todos mis conciudadanos, juzgo, con el mismo señor Rodríguez, digno de nuestro culto cívico, lo poco o mucho que pueda tener de luz en mi palabra interior?

Yo bien sé que don Miguel de Unamuno me ha llamado "poeta", con motivo de mi "Epopeya de Artigas"; me ha llamado así, no sólo en la carta particular que el señor Rodríguez ha recibido de aquel ilustre profesor, según nos dice, sino que lo ha repetido en varios estudios que han visto la luz pública; pero Unamuno hace esa afirmación, no para debilitar la fuerza de convicción o de verdad o de método que pueda tener ese mi libro; no para restarle prestigio o mérito, sino todo lo contrario. "El modo de hacer Zorrilla de San Martín su Artigas, dice Unamuno, en uno de esos estudios, en nada se parece al modo de hacer Taine su Napoleón. Taine era un crítico y un filósofo sistemático, muy grande en su campo, pero no, en rigor, un historiador. Zorrilla es, ante todo y sobre todo, un poeta. ¿Y un historiador? Paréceme que con poesía se llega me-

SOBRE HISTORIA PLATENSE

jor a la verdad verdadera de la historia, que no con filosofía. Michelet es más verdadero que Taine; no depende de la documentación."

Así piensa Unamuno, cuya opinión, verdadera o errónea, pero siempre benevolente para conmigo, sólo cito como complemento o interpretación de la que conocía sobre mi libro el señor Rodríguez. Pero nada me ha consolado tanto, lo debo confesar, en la angustia que me produce a veces ese bendito predicado de "gran poeta" con que se me honra cuando se habla de mi Artigas precisamente, nada me ha hecho confiar tanto en el perdón de mi pecado, como lo que me dijo Menéndez y Pelayo, hoy ya inmortalizado por la muerte, y que también se ha publicado.

"Recibí en Santander, me escribía el gran crítico español poco antes de morir, recibí en Santander "La Epopeya de Artigas", que es, en efecto, una verdadera epopeya en prosa, una evocación histórica realizada por un gran poeta. No tengo suficientes datos para juzgar de aquel período crítico de la América del Sud, y confieso que la lectura de los escritores argentinos, apasionadamente hostiles a Artigas, había creado en mí una disposición desfavorable al caudillo oriental. Pero creo que usted ha adivinado su pensamiento político, y ha conseguido poner en clara luz su extraña y vigorosa personalidad".

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Un poeta que consigue desvanecer en un espíritu como el de Menéndez y Pelayo una disposición creada en esa alma fuerte y recta y verídica por los escritores todos de una nación inteligentísima como la argentina, no tiene por qué renegar de la luz, chica o grande, que tiene encendida en el corazón. Que no en balde dijo Pascual aquello de que "les grandes pensées viennent du coeur". Es eso muy verdad, sobre todo en historia; los grandes pensamientos, las grandes verdades salen del corazón de los pueblos, no de los documentos, así sean más venerables que la barba de Júpiter.

¿Me permitirá, según esto, el señor Rodríguez, que dude al menos de su afirmación, según la cual mi pobre libro de poeta sólo deslumbra, pero sin convencer? ¿Me permitiría que, animado por esa ilusión, siga trabajando en él "con amor", según dicen los músicos, en la esperanza de devolver con él a ésta mi patria de Artigas, algo siquiera de lo mucho que le debo, sin que por eso se me imputen insensatas malquerencias históricas?

Yo bien me sé que no puede faltar quien atribuya las citas que acabo de hacer a inmodesta vanagloria de mi parte; pero no es así. "¡Modestia! dice la insigne Teresa de Jesús... la humildad es la verdad". Yo tengo necesidad de las citas que he hecho, no para mí sino para mi verdad,

SOBRE HISTORIA PLATENSE

que es amiga, buena amiga de todos, de todos nosotros, *los platenses*, tanto orientales como occidentales, en primer término.

IV

Nó; los que vindicamos la memoria de Artigas no somos, ni queremos, ni debemos ser enemigos de sus émulos; pero, como decía yo en el artículo que provocó la culta e interesante intervención del señor Rodríguez, nos encontramos algunas veces en una alternativa forzosa, que no hemos creado nosotros, por cierto: o Artigas o el otro. Este es el caso del esclarecido general don Carlos de Alvear. El mismo Rodríguez, con ser, según he dicho, el más generoso de los detractores del vencedor de las Piedras, nos ha colocado en esa penosa alternativa en el notable libro que debemos a su inteligente labor.

Estoy, por lo tanto, en el deber de tratar ese punto concreto: los actos del general Alvear a que se refiere Hugo Barbagelata en el libro que reclamó el aplauso que hube de tributar a ese joven lleno de mérito, y que confirmo, apesar de las objeciones del señor Rodríguez. Será ese el asunto de un próximo artículo, porque el presente es ya largo por demás; lo trataré con las consideraciones que me impone la naturaleza del tema: con el cuidado con se vendan las heridas.



LOS DOCUMENTOS

I

Y entraremos, pues, en el fondo de nuestro asunto pendiente: del que se refiere a la novedad, a la autenticidad y a la importancia para la historia platense, de los documentos sobre el general Alvear que don Hugo Barbagelata nos ofreció en su libro "Artigas y la Revolución Americana", que yo aplaudí, y que el señor don Gregorio F. Rodríguez menospreció.

Este distinguido autor de la "Historia de Alvear" afirma que los tales documentos no son nuevos, que son apócrifos, y que, por lo tanto, la investigación histórica nada les debe.

Afirmo yo, y por eso aplaudí el libro de Barbagelata, que los tales papeles son nuevos, que no son apócrifos, y que, según la metodología histórica, sirven para llegar a la verdad, no tanto de Alvear, que ahora es sólo ocasión de más profundos estudios, cuanto de la historia del Río de la Plata, y de Artigas, su figura protagonista.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Y es esto último lo que más me importa subrayar una vez más: el espíritu que nos guía a los pósteros de ese Artigas, al empeñarnos en poner en claro, por el análisis del propósito de sus enemigos, el que abrigó aquel hombre extraordinario, tan injustamente denigrado por los que no lo conocen.

Sobre eso se ha engañado y se sigue engañando, por mala voluntad unas veces, por ignorancia las más, al pueblo rioplatense, al occidental o argentino nuestro hermano sobre todo.

Y es obra de misericordia enseñar al que no sabe.

Recordaba yo en mi último artículo una "lámina docente" hecha para los niños argentinos, en que se presentaba a *Rondeau en la Batalla de las Piedras*. Ahora, en estos momentos precisamente, cae en mis manos el Prospecto de una nueva obra didáctica que está por salir a luz en Buenos Aires. Es el de un "Año Argentino". "Efemérides patrias para todos los días del año". Bien impresa, lindos grabados, profusión de retratos marginales. Allí figurarán los de todos los próceres argentinos. Todos son gloriosos, como es natural, desde San Martín hasta Güemes. Sea en buena hora... Pero he aquí que en el mes de Setiembre, entre los demás héroes, Soler, Fraga, Ricar-

LOS DOCUMENTOS

do Gutiérrez, nos sale al encuentro un retrato de Artigas. Y dice: "1850. Muere en el Paraguay, donde se refugiara en 1820, el famoso anarquista José Artigas, cuya escuela hizo prosélitos en el Río de la Plata, retardando sus pueblos en el camino de la cultura y civilización por más de medio siglo".

No hay más calificativo que el de "famoso anarquista" para el vencedor de las Piedras, batalla cuyo nombre canta el pueblo argentino, con los de "*San José, San Lorenzo y Suipacha*", cuando canta el *Himno Nacional* que escribió López, y con los de *Tucumán y Salta*; las efemérides gloriosas.

El señor Rodríguez, historiador sincero y honesto, que, con Mitre, cuya última opinión nos ha revelado, ha reconocido en Artigas el fundador verdadero de la Patria Oriental, bien podría atribuir, pues, a algo más elevado que a una rivalidad irracional, que no podemos abrigar, este nuestro empeño en demostrar que, si en la historia platense existen famosos anarquistas, Artigas, el vencedor de San José y las Piedras, el democrata inquebrantable, la víctima precisamente del anarquismo, tanto urbano como campesino, no debe figurar entre los tales enemigos de la civilización en la enseñanza de la historia rioplatense, ni en las *Efemérides Argentinas*.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

II

¿Deben entonces figurar otros en ese siniestro número, Alvear especialmente, puesto que de él tratamos?

No sucederá eso por obra de los vindicadores de Artigas, ciertamente; no publicaremos jamás el retrato del vencedor de Ituzaingó con semejante mote como único rasgo distintivo.

Para levantar a Artigas no es necesario deprimir a ningún héroe que los otros pueblos hermanos quieran consagrar. Artigas no es negación: es una afirmación gloriosa. Es el héroe "de todos los argentinos", puesto que lo es de la "independencia republicana autóctona", de la sentida y anhelada instintivamente por estos pueblos, de la que, buena o mala, hoy tenemos y glorificamos los americanos todos.

¿Y los otros? — ¿Y Alvear? — Alvear tiene su puesto: es el vencedor de Ituzaingó. Pero preciso es confesarlo: no es el demócrata; no es el creyente inquebrantable en el pueblo americano; no es el hombre de verdad, absolutamente sincero; no es el genio, el héroe conductor de un mensaje.

Y por eso tiene que chocar con quien lo es; por eso Alvear, en sus tristes momentos de duda,

LOS DOCUMENTOS

que pudo llegar a la apostasía, puede y debe ofrecerse como el contraste de Artigas, no para depresión de lo humano que hay en las debilidades de aquél, sino para demostración de lo más que humano que el historiador sociólogo no puede menos de advertir en el alma fortísima de éste.

Uno de esos tristes momentos de duda, no quiero decir de apostasía, de Alvear, del más encarnizado rival de Artigas, es éste en que nos han colocado los documentos publicados por Barbage-lata y controvertidos por Rodríguez.

III

El teniente don Carlos de Alvear ha llegado de Europa, donde se ha formado desde niño, en 1812; se ha incorporado a la revolución de 1810; tiene 22 años; ha fundado la "Logia Lautaro", núcleo de un partido político enemigo del espíritu democrático que encarna Artigas, pues sus deliberaciones son secretas y sus tendencias monárquicas; ha predominado en ese partido, después de hacer una revolución; nombrado "brigadier" por el primer Director Supremo, ha ido con 1.500 hombres al sitio de Montevideo, pendiente hace largo tiempo, cuando está por terminar, y le ha cabido en suerte entrar como vencedor a la plaza en 1814; la ha tomado, no sólo contra los españoles, sino

ZORRILLA DE SAN MARTIN

contra los orientales de Artigas, a quienes ha combatido como a enemigos dignos de muerte, y a quienes llega a imputar, como el mayor delito, connivencias con los españoles; ha vuelto a Buenos Aires, y ha sido allí nombrado "Segundo Director Supremo". Como tal, ha combatido con Artigas, que lo ha vencido en el Guayabo, recuperando para los orientales la ciudad de Montevideo. Pero Alvear, que gobierna despóticamente, ha durado en su puesto sólo tres meses; en Abril de 1815, ha sido derrocado por el pueblo de Buenos Aires que ha llamado a Artigas en su auxilio, y, fugitivo en un barco inglés, el joven dictador se ha refugiado en Río de Janeiro.

Es entonces cuando aparecen los célebres documentos publicados por Barbagelata. Según éstos, el enemigo de Artigas va a buscar en Río al señor Villalba, agente diplomático español ante el rey de Portugal; conferencia largamente con él, y deja en sus manos dos papeles: un larguísimo "Memorial" en que se declara súbdito sumiso y leal del Rey de España, y jura que en todo cuanto ha hecho en su tierra no ha tenido más propósito que el de conservarle estos sus legítimos dominios, y una "Relación" detalladísima de todas las fuerzas que tienen las Provincias del Río de la Plata en insurrección. ¡La entrega a discreción de la causa revolucionaria de América!

LOS DOCUMENTOS

Barbagelata publica también la nota con que Villalba, el ministro español en Río, remite a España esos papeles, "que Alvear le ha entregado personalmente"; da cuenta a su superior, el Ministro de Estado, de sus conferencias "con ese sujeto"; le expone las razones de por qué no lo ha perseguido, apesar de ser incitado a ello por el mismo Gobierno portugués, y le reseña lo hablado con él en las conferencias habidas.

IV

Todos esos papeles fueron declarados apócrifos por Alvear, dice el señor Rodríguez, y no son nuevos, pues se publicaron en 1819. Y promete probarlo más largamente en un nuevo tomo de su interesantísima "Historia de Alvear".

Que sea en buena hora. ¡Ojalá la prueba que el distinguido historiógrafo nos ofrece, y que se echa de menos en los dos tomos que conocemos, aparezca llena de luz de sol! Nada más sinipático ni más noble que esa briosa defensa de un hombre famoso, cuya memoria corre un grave peligro. Ay de ella ¿no es verdad? ay de su memoria y de la de todos los enemigos del "anarquista" Artigas, si esos papeles no son apócrifos!

Pero los que no hemos visto en esos documentos otra cosa que la confirmación de la "verdad

ZORRILLA DE SAN MARTIN

de Artigas" revelada en "la verdad de sus émulos más conspicuos"; los que los encontramos concordantes con el carácter y los hechos del personaje ilustre que los suscribe, debemos probar que no hemos procedido de ligero, cuando menos, al darles fe, y al atribuirles su importancia.

Yo, por mi parte, espero que la defensa que nos anuncia el señor Rodríguez será más vigorosa que la que nos adelanta en su artículo, porque ésta es debilísima. Nos dice en ella que el general Alvear tachó de falsos esos papeles fraguados por sus enemigos políticos de entonces. "El Gobierno, de Buenos Aires, dice Alvear, ha hecho imprimir un "Memorial", forjado por mis enemigos, en el que se estampan "sin firma", con objeto de hacerme aparecer como un desertor, etc., etc."

Pues bien: el "Memorial" que Barbagelata nos ofrece *no es el publicado en la prensa periódica de Buenos Aires* por enemigos políticos; está incorporado al Archivo Histórico Nacional de Madrid, Papeles de Estado, Legajo 5843. Y no aparece sin firma; tiene al pie la de "Carlos Alvear". Es, sin duda alguna, el documento original enviado por Villalba a su ministro, como lo es la "Relación de la fuerza efectiva de línea que tienen las Provincias del Río de la Plata, que están en insurrección", hallada también por Barbagelata-

LOS DOCUMENTOS

ta en aquel archivo. Es lo entregado "personalmente" por Alvear a Villalba, y remitido por éste a su gobierno. (1).

V

El señor Rodríguez afirma que todo eso era muy conocido; que estaba muy generalizado; que, sin embargo, ninguno de los historiadores del Río de la Plata, Maeso, Ramírez, De-María, Bauzá, Acevedo entre ellos, ha hecho mérito de tal cosa; que los mismos españoles se callaron ante las refutaciones de Alvear. Muy aventurado es supo-

(1). El señor Rodríguez, en un interesante libro que ha dado a luz con el título "*La Patria Vieja*" ha incluido ese su bello artículo y el primero de los míos. No ha publicado este segundo que ahora leemos; pero da cuenta de él en estos términos:

"El doctor Zorrilla de San Martín, cumpliendo su promesa, escribió otro artículo, refutando el nuestro, y, al profundizar el asunto, llegó a la conclusión de que debíanse desestimar las aseveraciones de Alvear, y dar fé al documento publicado por el señor Barbagelata, fundando sus nuevas apreciaciones sobre un error de impresión con que apareció nuestro artículo en "*El Siglo*". En un párrafo de la refutación de Alvear dice: "El gobierno ha hecho imprimir un Memorial forjado por mis enemigos, en el que se estampa sin firma etc... Sustituyóse el pronombre "mí" por la preposición "sin", cambio que daba al documento un concepto distinto, pues aparecía sin la firma de Alvear."

"Salvando el error por nosotros, vino a destruir completamente la argumentación del distinguido co-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

ner, me parece, tanto el conocimiento de aquellos historiadores, cuanto la confesión del triunfo de la refutación de Alvear, deducida del silencio de los españoles. La presunción racional nos impone todo lo contrario; ni aquellos historiadores conocían el asunto, lo que basta para dar a la publicación de Barbagelata su novedad, ni los españoles, una vez pasado el momento oportuno, tenían por qué ni para qué empeñar una polémica con el general Alvear. Desenterrar un documento de entre viejas publicaciones olvidadas vale tanto, me parece, como desenterrarlo de los archivos. Tan inédito puede considerarse el uno como el

lega, sugerida, como se comprende, por la adulteración tipográfica involuntaria”.

Los lectores de este artículo observarán que sus conclusiones no se fundan sólo en ese error de imprenta; eso es accidental. En la copia fotográfica que tengo del documento de Barbagelata se lee, efectivamente, con toda nitidez, la firma original “Carlos de Alvear”, con su rúbrica correspondiente, lo mismo que la de Villalba. Una falsificación, allá, en el archivo de Madrid, entre los Papeles de Estado, es moralmente imposible, debemos reconocerlo. La novedad, pues, del documento que nos trajo el joven historiador uruguayo no está en el documento mismo, sino en su origen. No es el publicado en Buenos Aires, que hubiera podido ser fraguado y dió ocasión al desmentido de Alvear; es el archivado en el Archivo secreto de Madrid, y que no colocaron allí los enemigos de Alvear sino los altos funcionarios españoles, que no tenían para qué forjarlo, y archivarlo forjado para la posteridad.

LOS DOCUMENTOS

otro; pero no es tampoco el caso. La novedad del documento de Barbagelata no está tanto en el documento mismo cuanto en su origen, en el sitio en que se encuentra.

¿Se fraguaron todos esos papeles y se archivaron apócrifos en el Archivo Nacional de Madrid, entre los papeles de Estado, para debelar la personalidad de Alvear, ya debelado por sus propios compatriotas?

No parece verosímil.

No dudo de que el señor Barbagelata nos enviará un "facsimile" fotográfico del documento; pero en todo caso, el "onus probandi", como dicen los juristas, la obligación de probar incumbe en este caso a quien afirma que toda esa documentación es apócrifa; que fué archivada en el archivo secreto de Madrid para calumniar a Alvear en los futuros siglos.

Esa afirmación no tiene más apoyo hasta ahora que la palabra del general Alvear, y yo me inclinaría a respetarla, si esa palabra estuviera muy acreditada en la platense historia. Pero desgraciadamente no es así, como todos sabemos; el general Alvear no fué siempre verídico, preciso es confesarlo, aunque con pena. El señor Rodríguez nos dice que también se ha imputado a ese ilustre enemigo de Artigas, el haber violado la capitulación de Montevideo que celebró con Vigodet,

ZORRILLA DE SAN MARTIN

el español, pero que aquél levantó la imputación. No la levantó, desgraciadamente; no la levantó, aunque el decirlo nos cueste grande esfuerzo. Para la historia rioplatense, es ese un punto muy estudiado y definitivamente resuelto. Hoy nadie cree que Vigodet, "por no haberse *ratificado* la capitulación acordada con Alvear", comunicada por éste a su gobierno, dejó que el vencedor se apoderara de la plaza "a discreción". Hoy nadie cree en eso, pese a las refutaciones del general Alvear, en las que sólo predomina el énfasis.

Y mucho menos podemos creerlo los que vindicamos la verdad de Artigas. En esos mismos momentos, cuando Alvear va a entrar en Montevideo, escribe a Otorgués, el capitán de Artigas más próximo, aquella célebre carta que ojalá fuera también apócrifa.

Es de 7 de Junio de 1814:

"Mi estimado paisano y amigo: Nada me será más lisonjero y satisfactorio que ver la plaza de Montevideo en poder de mis paisanos y no de los godos, a quienes haré eternamente la guerra".

"Mándeme dos diputados que vengan a tratar con los de Montevideo. Yo, por mi parte, me obligo solemnemente a su cumplimiento, protestándole por lo más sagrado que hay en el cielo y la tierra, de la sinceridad de mis sentimientos. Crea que la franqueza de mi alma y la delicadeza de mi

LOS DOCUMENTOS

honor no me permiten contraerme a nimiedades. Que vengan luego, los diputados, para concluir esta obra”.

Y vino Otorgués, como sabemos, y Alvear, entreteniéndolo con parlamentos, cargó sobre él, y lo hizo pedazos una y dos veces. ¡Y en qué condiciones! No es el caso de recordarlos ahora... ¡no es el caso!

Y Alvear escribía después sobre estos sucesos, en las “Memorias” que nos ha hecho conocer el señor Rodríguez precisamente en su inestimable libro: “Artigas no vino, lo cual fué un suceso feliz, porque a él no hubiera sido tan fácil alucinarlo”.

VI

El señor Rodríguez tiene razón cuando afirma que los enemigos políticos de Alvear, en Buenos Aires, le llenaron de injurias y de descrédito cuando éste cayó; ellos publicaron, efectivamente, en “La Gaceta de Buenos Aires” de 28 de Diciembre de 1818, una “Real Orden” del gobierno español, en que se presenta a Alvear y a Carrera en connivencias con España.

Que sea apócrifa esa Real Orden, aunque cueste concederlo; que también sea fraguada contra Alvear por sus enemigos, que, por lo visto no le

ZORRILLA DE SAN MARTIN

iban a zaga, según eso, en materia de veracidad.

Pero ocurren los sucesos de 1820, poco después de las refutaciones de Alvear en 1819. Alvear, unido a Carrera y a Sarreatea, concita desde Montevideo a los caudillos provinciales, no sólo contra el gobierno de Buenos Aires, sino también contra Artigas, que, inquebrantable en su propósito de orden y conciliación, no ha querido alianzas con esos que considera los verdaderos anarquistas. Cae el gobierno de Buenos Aires, y cae Artigas con él, traicionado por los mismos debedores del gobierno; viene el toletole de 1820; aquello sí que es anarquía, no originada, por cierto, por el "famoso anarquista" Artigas. Todos quieren ser allí gobernadores, todos los enemigos de Artigas, Alvear entre ellos, como es sabido. Y sube, por fin, el general Martín Rodríguez al poder, y se afirma en él.

¿Qué es entonces de la vida del general Alvear?

Lo tenemos de nuevo de conspirador; está de nuevo en Montevideo a la sombra del portugués, que, estimulado y ayudado por Buenos Aires, ha destruído a Artigas en larga y sangrienta y desigual campaña, y se ha quedado con la Banda Oriental, que va a transformar en "Provincia Cisplatina" del reino de Portugal.

LOS DOCUMENTOS

El general Rodríguez se da cuenta entonces de que ese rey portugués concitado contra Artigas es el verdadero enemigo de la Patria, el aliado natural de España, la amenaza de toda la independencia. Y Rodríguez ve algo más; ve que ese enemigo tiene aliados interiores. Entre estos está Alvear.

Rodríguez se dirige a Lecor, jefe del ejército portugués y gobernador de la plaza de Montevideo conquistada por su rey, en esta nota que acaba de hacernos conocer el doctor Palomeque:

"Íltmo. y Exmo. Señor:

"V. E. no ha quedado satisfecho con haber hecho a las Provincias del Río de la Plata el grande insulto de apoderarse de un territorio el más fecundo y el más considerado de esta América, sino que ha querido además extender el influjo de su poder a la Banda Occidental del Uruguay, y, por ese orden, agrandar el imperio, por otra parte en decadencia, de su amo el rey de Portugal".

.....

"V. E., no pudiendo encontrar en el poder de sus armas el apoyo suficiente, lo busca "entre los partidarios de la anarquía," entre ese número de hombres que Buenos Aires ha despedido de su seno....".

ZORRILLA DE SAN MARTÍN

“Este gobierno, continúa Rodríguez,” sabe la inteligencia en que se ha puesto V. E. con don Francisco Ramírez (el caudillo entrerriano que traicionó a Artigas unido a Alvear y Carrera y Sarratea) y don Carlos de Alvear; y no ignora tampoco que el resultado de ella ha sido un solemne compromiso de coadyuvar V. E. a las miras de aquellos extraviados sobre esta provincia, a trueque de dar a las armas de V. E. la posesión de aquel hermoso territorio”.

He aquí que nos hallamos con otra denuncia de connivencias de Alvear con el extranjero, de la misma naturaleza, aunque de bien distinto origen, de la documentada por Barbagelata.

¿Será también apócrifa? Puede ser; procede, es verdad, de nuevos enemigos de Alvear, que los tuvo en todas partes, como se ve, sobre todo entre sus propios coterráneos; pero ella no es publicada para engañar a los pueblos; esa denuncia es hecha a Lecor, el portugués, el cómplice. Y nadie mejor que éste podía saber si lo que afirmaba el Gobierno de Buenos Aires era o nó verdad.

Pueda el señor Rodríguez desvanecer plenamente toda sospecha, que para eso le ofrezco algunos de sus fundamentos. Pero baste lo dicho, que podría extenderse mucho más, para atenuar

LOS DOCUMENTOS

siquiera la gravedad del cargo de poeta, gran poeta, excelso poeta, con el cual, aunque sin mala intención, debo creerlo, se me suele favorecer, cuando procuro proyectar la figura inmune de Artigas sobre el fondo en que debe proyectarse: sobre la obscuridad de los escepticismos y negaciones, más o menos disculpables si se quiere, pero no por eso dignos de aplausos, de los hombres famosos que fueron sus rivales, y a quienes, si no la plena glorificación del héroe, acordaremos siempre las atenuaciones del caso, y aún la parte de gloria que corresponde a los miembros activos de una generación gloriosa.

Denuestos contra Artigas

EL CONGRESO DE TUCUMAN

I

Se ha celebrado, pues, dignamente, en la República Argentina, el centenario del glorioso *Congreso de Tucumán*, que, el 9 de Julio de 1816, declaró la independencia de las *Provincias Unidas del Río de la Plata*; las solemnidades han terminado; se han descolgado las banderas, enfundado los instrumentos musicales, y retirado a sus casas los embajadores extranjeros. Los que lo fueron nuestros, del Uruguay, portadores del más cordial y afectuoso de los saludos, están ya de vuelta, y puedo, por fin, sin perturbar las alegrías de la fiesta, cumplir con el deber que me pareció imponérseme desde el primer momento en que estalló un brulote, o cosa así, lanzado a deshora, sin ton ni son, en medio de aquellas alegrías, por un semanario de Buenos Aires, que también se vocea y se compra en Montevideo. La tal máquina infernal, que todavía da que hablar con indignación entre nosotros, no es otra cosa que la reimpresión de una monografía que, en hora menguada, escribió mi ilustre amigo don

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Pablo Groussac sobre el Congreso de Tucumán, hermosísima de estilo, como todo lo suyo, pero desgraciadísima de inspiración y propósito.

El reputado director de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires describe allí, con muchos "toques de realidad", según él dice, el ambiente local de Tucumán en el momento en que se realiza la memorable asamblea de las provincias unidas, y... ¡unidas! exclama con ese motivo ¡las provincias "unidas"!

No hay tales provincias unidas, pese al texto de la *Declaratoria* que corre por esos mundos en gloriosos facsímiles.

"No mencionaremos, dice, a las que hablaban en aimará o guaraní, y, no debiendo su incorporación más que a la soldadura ficticia del virreinato, tenían, ¡gracias a Dios! que disgregarse solas. De las realmente hermanas por la raza y la historia, habíanse retirado al pronto las cuatro laterales, para agruparse en torno de un caudillo de chiripá, gauderio oblicuo y felino, a quien un patriotismo rezagado tributa a estas horas un culto degradante, si bien destinado a desaparecer bajo una próxima oleada de civilización. Al otro extremo del territorio, Salta y Jujuy sufrían también la ley del caudillaje, aunque ennobelido por su bandera de resistencia al invasor. La Rioja y

DENUESTOS CONTRA ARTIGAS

Santiago se preparaban a inaugurar la era de los sangrientos atropellos. Córdoba misma, la de las borlas y cofradías, había cedido a la atracción del *desquicio artiguista*; y, cuando reaccionó en parte, enviando a Tucumán sus diputados, fué para constituirlos en foco de propaganda "*federaticia*" y agentes de perturbación".

Eso era, pues, *lo que no estaba*, según el ilustre historiógrafo, en aquel congreso. ¿Que era entonces *lo que estaba* en el Congreso de Tucumán, para poder llamarlo congreso de la nación argentina?

"Contra esas primeras tendencias refractarias a la nacionalidad, continúa, hallábase *casi sola* Buenos Aires, la capital histórica del virreinato y cuna gloriosa de la emancipación, con su preponderancia natural en población, riquezas, iniciativas y actividades múltiples".

Ella fué bastante, sin embargo. Aquel congreso sin ella no era nada, en resumidas cuentas. "Como nave inmovilizada por las calmas ecuatoriales, dice Groussac, pasaba las horas y los meses en ergotismos o discusiones ociosas, cuando, por fin, una nueva comunicación de Buenos Aires sobre renuncia del director supremo interino encareció la urgencia de designar al titular... Y fué elegido, puede decirse por unanimidad, el general don

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Juan Martín de Pueyrredón, *hermoso ejemplar de la alta burguesía porteña*, valiente, ponderado, tan elegante en lo moral como en lo físico, caballero bajo todos los cuatro costados”.

He ahí, pues, el contraste del gaucho de chiripá, felino, en torno del cual se agrupaba la masa popular.

“Esa acertadísima elección, continúa Groussac, que era la única que podía salvar al país, rescataba, en verdad, muchas de las sesiones de modorra o plática insubstancial”.

Sólo entonces comenzó, pues, aquella asamblea a hacer algo de provecho; sus discusiones eran contradictorias; pero a las palabras absurdas solían corresponder actos sensatos, y sus votaciones, que eran el promedio, resultaban felices. “Ella se puso de manifiesto en las tres resoluciones primordiales: el nombramiento de Director Supremo, la Declaratoria de Independencia y el debate sobre forma de gobierno”.

“Aquellos actos memorables fueron más o menos resistidos por los grupos disidentes del congreso. Llegado el momento de la votación, LA FIRME Y PATRIÓTICA ACTITUD DE BUENOS AIRES ARRASTRÓ UNA MAYORÍA QUE, EN LAS DOS PRIMERAS

DENUESTOS CONTRA ARTIGAS

CUESTIONES AL MENOS, EQUIVALÍA A LA UNANIMIDAD”.

En cuanto a la tercera, a la forma de gobierno, allí predominaba el pensamiento de Belgrano, que quería la monarquía de un indio americano; los más de los diputados provinciales se mostraban individualmente propicios a semejante extravagancia, y el congreso en general permanecía fluctuante; pero “DE REPENTE SOLIDIFICÓSE UNA MAYORÍA DE PROTESTA A LA VOZ CONMOVIDA DE FRAY JUSTO DE SANTA MARÍA DE ORO, EL GRAN RECOLETO DOMINICO, A QUIEN SU CIUDAD NATAL, GLORIFICANDO MERECDAMENTE LA SANTIDAD AL PAR DEL GENIO, HA ERIGIDO UNA ESTATUA TAN ALTA COMO LA DE SARMIENTO. NO SÓLO QUEDABA ENTERRADA LA MONARQUÍA INDIANA, SINO FUNDADO EL CONCEPTO INCONMOVIBLE DE LA REPÚBLICA”.

He ahí, pues, la estupenda monografía del Director de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, profesor de grande autoridad, que, no sin causa, ha producido tan mala impresión entre nosotros, los hijos de la patria de Artigas.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

II

En ese concepto sobre el Congreso de Tucumán, el menos avisado verá surgir dos interesantes cuestiones, pues: la de saber si efectivamente lo que de allí salió no fué la inspiración o el triunfo de la nación argentina, sino la de *la alta burguesía* de la Capital colonial, y la de establecer si Artigas, que efectivamente arrastraba aquella nación en su inmensa mayoría, era realmente un caudillo de chiripá, y su causa la de la barbarie y la anarquía. A eso puede y debe agregarse una tercera incógnita: la de saber lo que representaba ese Fray Justo de Santa María de Oro, a cuya voz conmovida se solidificó la mayoría fluctuante del Congreso.

La primera de esas soluciones parece corresponder principalmente a nuestros hermanos de allende el Plata; la segunda es la que nos atañe a nosotros principalmente, a los orientales, que, ante la durísima agresión, no podemos menos de llevarnos la mano a la aleva herida que recibimos en el pecho; a los que hemos predicado, sobre todo, el culto a Artigas, como el más puro de los cultos nacionales, y el más noble de los deberes del pueblo uruguayo.

No es esto decir que, dada la comunidad de la historia platense, no pudiéramos también nosotros

DENUESTOS CONTRA ARTIGAS

hablar algo sobre el primero de aquellos puntos; pero esa causa, la de demostrar que no fué sólo Buenos Aires quien hizo la patria republicana en Tucumán, ha tenido y tiene sus sostenedores en los propios argentinos; estos han demostrado, me parece, que no fué de Buenos Aires de donde partió hacia las provincias la riqueza y la fuerza, sino que, por el contrario, fueron las provincias quienes enriquecieron, no sólo material, sino moral e intelectualmente, la capital; que fueron ellas *el verdadero fermento de la nacionalidad republicana*, y sobre todo federal; que Buenos Aires *era y debía ser de todos*, por consiguiente, *y no todos de Buenos Aires*.

Pero conviene advertir aquí algo que salta a la vista: los pensadores argentinos que tal postulado sostengan caerán, insensible pero fatalmente, en el *Artiguismo*, que así se llamó esa causa, y la llama el mismo Groussac al decir “anarquía artiguista”. Si reniegan de Artigas; si consienten en que éste no haya sido otra cosa que un gaucho felino, y su causa una barbarie, fatalmente, necesariamente, caerán en la tesis de Groussac: la república argentina no es obra del pueblo, incluido en éste el de la misma provincia de Buenos Aires, el de la misma ciudad o puerto, *el pueblo porteño*, sino casi exclusivamente de *la alta burguesía* de

ZORRILLA DE SAN MARTIN

la capital colonial. Sosteniendo pues, en el honor de Artigas, nuestro decoro y nuestra misión histórica en el Plata, y aún en América, tomamos la defensa del honor común de orientales y occidentales del Uruguay injustamente agredido.

III

Pues bien: el hombre que, según lo dice Groussac, y es verdad, congregó en torno suyo todo *lo que no fué* al Congreso de Tucumán y la gran mayoría de *lo que fué*, no era ni podía ser un caudillo de chiripá. Llamar *degradante*, nada menos que degradante, al culto que le rinde un pueblo unánime, tras larga gestación del sentimiento nacional, pasa la raya de lo discreto; mi ilustre amigo me permitirá calificarlo de inconsiderado e irrespetuoso, cuando menos. Esas *palabras gruesas*, como dicen los franceses, son las que provocan las represalias duras, los “más eres tú” de los no preparados a la rectificación razonada, las irracionales antipatías entre pueblos que deben quererse. Y son los fuertes de la inteligencia, y, sobre todo, de la palabra, los encargados de atenuar, en vez de atizar, tales instintivos movimientos en las naciones. Dice Víctor Hugo que la paz y la felicidad sólo llegarán cuando llegue el momento “*ou tous ceux qui sont forts auront peur*”

DENUESTOS CONTRA ARTIGAS

de leur force". Groussac es fuerte. ¡Cuidado con su fuerza!

Nó, no es una degeneración condenada a desaparecer el culto que el pueblo oriental tributa a Artigas; lo que sí me parece que tiene algo del gesto de un aparecido es la actitud de mi ilustre amigo; me parece verlo descender de un lienzo del Greco o de Pantoja, con golilla, talabarte de terciopelo y mangas acuchilladas, cuando lo veo denostar con los viejos denuestos al héroe de Las Piedras. Nada ha pasado para él, al parecer, desde que Mitre y López, a quienes reproduce casi literalmente, escribieron sus mentirosas historias.

Se ha estudiado mucho, sin embargo; se han alumbrado con lámparas los secretos de las tinieblas. No son sólo los orientales los que, tras serios estudios y controversias, que Groussac no puede ignorar, han cimentado sobre palabras duras como granito el monumento a Artigas que levantan para los hombres futuros; la América entera ha iniciado ya la revisión del proceso de iniquidad; el mismo Mitre acabó borrando muchas de las páginas de su historia, cuando, en 1881, escribía: "Artigas es el fundador de la patria oriental; se habla de él sin conocerlo; es un enigma que está aún por descifrar".

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Hoy el enigma está plenamente descifrado, pues la calumnia de que un localismo ciego y sin contradictores lo hizo objeto, está plenamente aniquilada. Artigas, no sólo no es el gaucho felino de la vieja leyenda proterva, sino que, a la vista del sociólogo, aparece como el genio autóctono de la revolución de América, como la quinta esencia de su noble espíritu triunfante. No sólo no hace sombra a ninguno de sus héroes, sino que en él todos se funden y engrandecen en una constelación de gloria, todos: lo mismo los excelsos, como San Martín y Bolívar y O' Higgins, que los otros agentes, secundarios pero esenciales, de la emancipación americana, de que es tipo el amable y elegante caballero elegido Director Supremo por el Congreso de Tucumán.

En la somera forma consentida por esta rectificación, sepamos, pues, algo de eso: lo que era la persona de Artigas, y lo que era su causa: la llamada "artiguismo", por la historia del Plata.

IV

Siguiendo la nomenclatura o clasificación zoológica de Groussac, digamos que, si Pueyrredón era "un hermoso ejemplar de la alta burguesía porteña", Artigas lo fué de la montevideana, no sé si tan suntuosa, acaso no, pero sí tan bien naci-

DENUESTOS CONTRA ARTIGAS

da como aquélla, y tan llena de carácter y de interés como la interesantísima tucumana.

“Y si vos sois caballero”... caballero también era aquel nieto de uno de los hidalgos fundadores de Montevideo, hijo predilecto y albacea de su padre, caballero también a carta cabal. Si no en la Universidad de Charcas, como los togados que tantos dolores de cabeza dieron a la revolución con sus resabios realistas, Artigas recibió una regular educación en su democrática ciudad fuerte, en que el convento de los franciscanos patriotas era el único centro de ilustración felizmente. Escribía bastante bien; (ahí están sus manuscritos a disposición del señor Groussac) redactaba con un estilo propio que nadie confunde; hablaba noblemente, con un acento que, según dice Vedia, “no tenía nada de gauchesco”, y con modales que, según afirma el inglés Robertson, “eran los de un hombre realmente bien educado”. Era reposado, afectuoso; fué siempre muy humano, muy humano sobre todo, el más humano de los soldados de la independencia americana, me atrevo a afirmarlo.

¿Y elegante? Pues también elegante, ya que así lo desea mi ilustre amigo; también elegante, aunque quizá, lo confieso, no tanto como Pueyrredón, que, efectivamente, no tenía rival en elegancia.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Artigas perteneció a la juventud más culta de Montevideo; vestía de frac o de chaquetilla de alamares en el pecho y de pino en la espalda, que sólo dejó, en la ciudad, para llevar la azul de teniente de blandengues en el ejército español, de que fué oficial distinguidísimo. Su foja de señalados servicios está escrita, a disposición del señor Groussac, como lo está la exposición de don Félix de Azara, el sabio más ilustre del Plata colonial, en la que pide al rey le designe al teniente Artigas, a Artigas precisamente, como compañero y colaborador de sus trabajos científicos. También está escrita la solicitud de los hacendados que reclaman a Artigas como la sola garantía de orden y seguridad para sus vidas y bienes, y se cotizan para remunerar muníficamente sus servicios; lo está asimismo la exposición de Mariano Moreno, que indica a Artigas y a Rondeau como los dos hombres distinguidos de la Banda Oriental al estallar la revolución de Mayo; y nadie ignora que el triunvirato regala al primero una espada de honor como premio de su triunfo en Las Piedras... Cuando digo que todo eso, y muchísimo más, "está escrito", quiero decir que estoy dispuesto a probar, con todos los documentos y pragmáticas, y en juicio público contradictorio con quien quiera que desee sostenerlo, que el general Artigas,

DENUESTOS CONTRA ARTIGAS

“nuestro general del Norte” como le llamaba el triunvirato bonaerense, (yo nunca le llamo “general” porque no fué tal cosa), no era un caudillo de chiripá.

Bien es cierto que él no podía decir, como Pueyrredón, “soy de la patria de Enrique IV”, el glorioso rey francés. Artigas era, efectivamente, “un criollo”, un nieto de españoles, segunda generación de americanos...

—Ah, es usted andaluz, decía a una persona, que efectivamente lo era, una señora de buena sociedad. Entonces debe usted tocar la guitarra...

—¿Pero cree usted, señora, contestaba el interpelado, que todos los andaluces somos barberos?

Nó; ni todos los hombres criollos son gauchos o gauderios, ni todas las mujeres sevillanas gastan navaja en la liga, ni el héroe de Las Piedras vestía de chiripá. No quepa duda alguna al señor Groussac: Artigas no vestía chiripá.

V.

Pero hagamos al digno director de la biblioteca de Buenos Aires todo el favor posible: no es un chiripá material, de bayeta colorada y culero de cuero de carpincho, el que ha visto en Artigas; es un chiripá simbólico, o algo por ese estilo; lo que ha querido decir es que la causa de aquél,

ZORRILLA DE SAN MARTIN

el artiguismo, era un espíritu salvaje, indócil, disolvente, contrario al que engendró la independencia democrática proclamada en Tucumán.

Pues bien: eso, que se ha enseñado y se enseña a los niños argentinos, y que ellos repiten cuando ya no son niños, no es la verdad; es todo lo contrario; es tan erróneo como enseñarles que fué Rondeau quien dió la batalla de Las Piedras, por ejemplo, o que la bandera tricolor de Artigas era enemiga de la bicolor de Belgrano, u otras cosas de ese jaez que corren todavía por allá.

Llega aquí, pues, el oportuno momento de examinar el tercero de los puntos que indicamos al principio: lo que representaba, en el Congreso de Tucumán, ese Fray Justo de Santa María de Oro, que, según Groussac, fué, en aquella gloriosa asamblea, el genio salvador de la independencia, y que, si no como tal, pero sí como la nota más democrática de aquella asamblea memorable, hemos aclamado todos, con todos los historiadores argentinos.

No es exacto, en primer lugar, que ese ilustre fraile haya *solidificado allí una mayoría republicana de protesta contra la monarquía indiana*; lo que hizo, y está escrito (en su nota al Cabildo de San Juan el 26 de Agosto de 1816 sobre todo) fué *oponerse a la adopción de una resolución so-*

DENUESTOS CONTRA ARTIGAS

bre forma de gobierno, que él veía venir, y que Buenos Aires especialmente quería fuese la monárquica; fray Justo de Santa María se opuso a ello, sosteniendo que "sin la necesaria concurrencia de todas las provincias sería extemporánea y viciosa la discusión sobre forma de gobierno."

Esa fué su actitud, toda su actitud, ostensible cuando menos, acompañada de su propósito de retirarse del Congreso, de que, por fin, no se separó: continuó en él y su actitud aunque no fué republicana, fué siempre democrática, eso sí.

Pues bien: eso, la intervención de todas las provincias en la resolución de los destinos de la nación americana, contra la tendencia *de la alta burguesía porteña*, que se atribuía tal derecho, eso es lo que se llama *artiguismo* en la historia del Río de la Plata, y ese el solo fundamento sociológico de la "nueva y gloriosa nación" que se levantaba entonces y hoy existe: la nación hispano-americana democrática.

Fray Justo fué el órgano honrado de ese pensamiento en el Congreso de Tucumán; pero nada hubiera sido la palabra de aquel inerme fraile, si, detrás de él, no hubiera estado la entidad plena, fuerte, permanente, pensamiento y acción, que, con aquella bandera, congregaba y daba cohesión a los pueblos, y los apercibía a la instinti-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

va defensa de su persona colectiva. Esa entidad no puede confundirse con ninguna en la historia del Plata; era una sola. Eso fué Artigas. Búsquese otro, y no se le encontrará.

Esa causa artiguista, que se viste de cogulla dominica en Fray Justo de Santa María, el sanjuanino, y de veste eclesiástica en su hermano gemelo don Dámaso Larrañaga, el oriental, y de frac colonial, quizá, en Mariano Moreno, el malogrado joven porteño, pudo también vestirse de chiripá, en los héroes, personales o anónimos, de que Güemes es el tipo excelso, que lucharon y murieron por la patria, y que, antes que de menosprecio, son dignos de gloria; pero en el fondo de todas las apariencias, de todos los "trajes", como diría el inglés autor de *Sartor Resartus*, el sociólogo distingue perfectamente la realidad profunda, permanente, el núcleo vivo, encarnado en un carácter, en un hombre fuerte, inspirado, inmóvil como una estrella fija.

No es exacto, adviértase bien, que la causa monárquica haya muerto, y la democrática republicana triunfado, a la voz del gran fraile artiguista en el Congreso de Tucumán; el Congreso, lo mismo que la alta burguesía de Buenos Aires, con Pueyrredón a la cabeza, *continuaron tan monárquicos después de desaparecer Fray Justo como*

DENUESTOS CONTRA ARTIGAS

antes de haber este aparecido y hablado en aquella Asamblea; no la monarquía indiana de Belgrano, en que, pese a su extravagancia, se distingue al menos el ánimo de romper todo vínculo con el dominio europeo, pero la dinastía de Orleans o de Braganza, y aun la misma borbónica de España, fueron, como es sabido, la sola solución anhelada honradamente, es cierto, con plena buena fé, por aquellos hombres de bien, dignos de glorificación, pero que sólo veían las engañosas apariencias. "El solo verdadero demócrata del Río de la Plata, se dijo en 1818, en el Congreso de Estados Unidos, es el bravo y caballeresco republicano general Artigas".

Esa frase del diputado Smith, de Maryland, tan distinta de la de Groussac, tenía su fundamento. Artigas adhirió a la revolución de Mayo, como Jefe de los Orientales; se sometió con ellos a la dirección de los iniciadores del gran movimiento de Buenos Aires, en el concepto de que este lo era de independencia y soberanía de los pueblos; dió a la revolución la victoria de Las Piedras; fué reconocido por el triunvirato bonaerense como "nuestro general del Norte", y elogiado y condecorado... Pero llegó el momento en que, en 1813, Artigas, unido a sus conciudadanos en un congreso memorable, dió forma al

ZORRILLA DE SAN MARTIN

pincipio vital, al mismo a que, tres años después, había de acercarse, en Tucumán, Fray Justo de Santa María de Oro: el principio democrático republicano, con exclusión de todo dominio monárquico europeo; la declaratoria de independencia de estas colonias. Y, desde ese momento, "nuestro general del Norte" se transforma en un caudillo de chiripá, en un gauderio felino digno de muerte.

Los diputados que aquel congreso oriental quiso enviar al de Buenos Aires, hombres tan esclarecidos como los que constituían el de Tucumán, por cierto, fueron rechazados, como lo fué, en resumidas cuentas, Fray Justo de Santa María. Fué ese el triunfo de la *alta burguesía*.

¿Y sabe mi distinguido amigo por qué fueron rechazados el ilustre Larrañaga y sus compañeros del Congreso de Buenos Aires de 1813?

El señor Groussac habla con ironía del mandato que "el pueblo" confería a los diputados de Tucumán; nos habla con ironía de "cómo se computarían por allá los sufragios" que se dieron de palabra...

Pues bien: los diputados orientales fueron rechazados en Buenos Aires porque "el mandato del pueblo oriental que llevaban tenía defectos en la forma de la elección".

DENUESTOS CONTRA ARTIGAS

Como al Congreso de Buenos Aires, Artigas hubiera querido enviar al de Tucumán los representantes del pueblo uruguayo que presidía. El presbítero Larrañaga hubiera estado en Tucumán, seguramente, con todos sus compañeros orientales, y de acuerdo con sus *instrucciones*, al lado de Fray Justo de Santa María; hubiera reclamado, con el ilustre fraile sanjuanino, su hermano, lo que éste reclamaba y fué su gloria: la representación de las provincias todas en la resolución sobre forma de gobierno.

Y eso no era aceptado; no lo fué, ni lo sería nunca por la alta burguesía de la capital.

He ahí, pues, por qué Artigas, que no deseó otra cosa que incorporar los representantes de su pueblo a los congresos de las Provincias Unidas, pero que no quiso hacerlo sin antes obtener para todas ellas, para la Oriental especialmente, el reconocimiento de entidades capaces de derechos, fué considerado por aquella burguesía como un genio infernal, según la frase de Pueyrredón. Artigas, suplicante unas veces, amenazante otras, razonado siempre, pedía lo que el criterio más elemental aconsejaba: que se buscara la *resultante razonable* de todas aquellas fuerzas sociológicas. Él no negó jamás a la ciudad de Buenos Aires su puesto natural de centro de aquel organismo en

ZORRILLA DE SAN MARTIN

gestación; pero quería que el predominio de su *alta burguesía* no fuera absoluto, irritante; que no matase, sobre todo, en la célula popular, aniquilada por su soberbio absolutismo, el germen vital de aquella democracia en gestación laboriosa.

No pudo ser...no podía ser. Sus insistencias en esa propuesta sensata, cada vez que a él se recurría, eran calificadas de actos de rebelión, de indocilidad, de exigencias indignas de ser atendidas, de *antiporteñismo* que él nunca abrigó, de crimen, por fin, digno de muerte.

Y Artigas aceptó la muerte, la inmolación de todo su pueblo; pero no la apostasía del dogma de que Fray Justo de Santa María de Oro fué el órgano en Tucumán, y de que aquel hombre iluminado, aquel hombre Artigas, con incomparablemente mayor claridad y precisión que Fray Justo, fué profético depositario.

Con esa bandera, salvando la democracia, al decir de Juan Carlos Gómez, cayó el héroe, inmolado con todo su pueblo a manos del extranjero portugués, hermano y aliado del español; cayó inmolado por salvaje, por "anarquista".

VI

El señor Groussac afirma que "las provincias de Salta y Jujuy sufrían también la ley del cau-

DENUESTOS CONTRA ARTIGAS

dillaje, aunque ennoblecido por su bandera de resistencia al invasor". Ni siquiera esa atenuante alcanza, pues, al jefe de los orientales; éste no resistió, por lo visto, al invasor.

Nadie como él, sin embargo, nadie como él lo resistió hasta el fin... ¡Y qué invasor! ¿Ha pensado el señor Groussac, al llamar degradante, nada menos que degradante, el culto que los orientales rinden al fundador de la patria republicana, en quién era y con quién venía ese monarca portugués, contra quien Artigas, ¡sólo Artigas en toda América! combatió hasta caer con todo su pueblo sacrificado?

No podemos hablar de eso cuando glorificamos el Congreso de Tucumán, cuyo inmune protagonista fué Fray Justo de Santa María de Oro, el hermano de Larrañaga, el órgano del *artiguismo* en aquel "Congreso de las Provincias Unidas".

Dice Groussac que la ciudad natal del gran fraile, glorificando la santidad al par del genio, le ha erigido una estatua tan alta como la de Sarmiento. También al lado de las de ambos se levanta y está tranquila la de Güemes, el caudillo gaucho del Norte; nadie la insulta. Él resistió al invasor, efectivamente.

Déjenos, pues, a los orientales, levantar en paz la nuestra: la de Artigas, que si no fué gaucho

ZORRILLA DE SAN MARTIN

propiamente, amó con predilección a los gauchos, que le rindieron verdadero culto, y lo siguieron, y comparten su gloria. No habrá una estatua más alta ni más noble en todo el continente americano. Artigas es el hermano mayor de todos los héroes de la independencia, en la América que fué española; los mirará a todos con amor fraterno desde su caballo de bronce. Y ellos, todos ellos, tanto los togados, los fuertes de pensamiento cuanto los de corazón o de brazo, lo reconocerán. Y enseñarán a las generaciones futuras la gloriosa verdad que está brotando de la infrahistoria: que todo lo que de aquellos héroes ha quedado, constituyendo el resplandor de sus eternas formas, es sólo lo que ellos tuvieron de común con la plenitud de Artigas; que todo lo que de éste los separó es, precisamente, lo que en ellos se ha desvanecido, y lo que la posteridad ha tenido que atenuarles y perdonarles razonablemente como correspondía, para considerarlos héroes verdaderos de la triunfante democracia republicana en el nuevo continente. Sólo así puede tributarles el culto cívico que tributamos a Artigas, el gran caballero, el buen caballero, el que hoy es amado con supremo amor por los orientales, y mañana, muy pronto, lo será por todos los pue-

DENUESTOS CONTRA ARTIGAS

blos de América. Todos y cada uno de estos verán en Artigas el héroe inmune de la democracia autóctona, y el más alto símbolo de unión, y de solidaridad, y de fraternidad continentales.

Montevideo, Julio de 1916.



La Argentinidad



LA ARGENTINIDAD

Montevideo, Marzo de 1917.

Señor don Ricardo Rojas.—Buenos Aires.

Mi esclarecido colega:

Discúlpeme el retraso en acusarle recibo de su última composición histórica "La Argentinidad", en que he debido hallar, según usted me dice, "un testimonio de su independencia mental, y de su sincero amor americano por mí y por mi patria uruguaya". He leído su libro con mucha lentitud; lo he dejado lleno de acotaciones marginales, como siempre que leo los que valen y sugieren. Y mientras llega el momento de que las leamos juntos confidencialmente, déjeme adelantarle algunas, como testimonio siquiera del grandísimo interés que su nueva producción literaria me ha inspirado.

Hay en su robusto libro, efectivamente, mucho que los uruguayos tenemos que agradecer a usted; hay en él, sobre todo, la revelación de un carácter. Que sólo teniéndolo, ha podido Vd. emanciparse de las formidables autoridades que han escrito nuestra común historia y la han desfigu-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

rado para mucho tiempo. La forma en que Vd. rompe con ellas, para recobrar su libertad, es tan vigorosa, que raya en la dureza; otro que no fuera usted, argentino de buena cepa y nobilísima, (yo, por ejemplo, pese a mi notoria "argentinidad") hubiera sido tachado de mala intención.

Oligarquía de intelectuales llama usted a los primeros triunviros que surgieron de nuestra revolución de Mayo; ellos, dice usted, "sometidos siempre a influencias exóticas, fueron lógicos siempre: en la política internacional, hasta rematar en el monarquismo; en la interior, hasta concluir en el unitarismo... Incapaces de comprender a su pueblo, su pueblo sí los comprendió, y trató de alejar a tales mentores siempre que aparecieron. A esas rebeliones democráticas se les llamó "anarquía"; y, como sus víctimas escribieron la historia, ésta ha llegado a la posteridad tal como ellos quisieron contarla".

Tales han sido, efectivamente, nuestros maestros de historia, y los de toda América en lo relativo al Río de la Plata. Acaso pudiera atenuarse su juicio sobre esos profesores, con la consideración de que ellos quisieron satisfacer la premiosa necesidad de ofrecer héroes platenses o americanos al mundo civilizado, y procuraron hacerlos lo más parecidos posible a los europeos, como

LA ARGENTINIDAD

quien adopta un cuño o marca acreditada, con lo que se vieron obligados a olvidar, cuando no a repudiar y deprimir, a los héroes autóctonos; pero esa atenuante no enerva la fuerza de su valiente juicio de usted. El hecho es que la historia ha sido mal contada, y la reacción que usted representa tenía que venir; los héroes olvidados, cuando no calumniados, tenían que salir del fondo de las aguas, como las rocas cuando el mar recobra su nivel.

“A la luz de nuevos documentos, dice usted, y desde una tercera posición, (la de la provincia mediterránea, la intendencia virreinal, frente a la sede del virreinato) me ha sido dado contemplar, en una nueva perspectiva, los acontecimientos de las provincias litorales ubicadas en ambas riberas del río natal”.

Es, sí, esa nueva posición, y, sobre todo, el propósito mismo de buscar perspectivas, lo que hace de su libro lo que es: una obra de filosofía y de arte. Eso le ha permitido a usted vivir la vida pasada, y darse cuenta de cómo “nuestra soberanía y nuestro liberalismo se salvaron por la acción conjunta de todos los pueblos argentinos, y más por la intuición providencial de quienes sentían la patria propia que no por el discurso claudicante de quienes teorizaban la doctrina extranjera”;

ZORRILLA DE SAN MARTIN

desde aquella posición ha visto usted cómo era “la dinámica de la libertad la que creaba ciudadanos, municipios, provincias y “también naciones”, y cómo es ese el origen del nacionalismo en América, que, según usted, y yo lo creo, no excluye el futuro federalismo continental, a imagen y semejanza del que la argentinidad realizó en las provincias unidas”.

Y es a todo eso a lo que usted llama “argentinidad”, es decir, “la cohesión de todos nuestros pueblos en un ideal democrático”.

*

* *

Pues bien, mi ilustre amigo; establecido ese concepto, de tal manera coincidimos con usted los orientales que usted llama “artiguistas de 1813”, que toda disidencia entre nosotros no puede ser sino accidental o aparente; no seremos nosotros, a buen seguro, quienes neguemos nuestro homenaje a esa granítica figura, por ejemplo, del doctor don Juan Ignacio Gorriti, primer diputado de Jujuy y primer secretario de la Junta de Diputados, que usted revela, y restaura y ofrece como el héroe civil de la argentinidad, frente a Rivadavia, primer secretario del triunvirato, sucesor en el tiempo, pero no en el espíritu, del volcánico Mo-

LA ARGENTINIDAD

reno, que lo fué de la primera Junta. Esa hermosa figura de prócer es tan nuestra, de los artiguistas de 1813, como de ustedes nuestros hermanos occidentales del Uruguay; Gorriti hubiera sido el mentor de Artigas si hubiese estado a su lado, como Larrañaga, o Monterroso o Barreiro. Ese ilustre jujeño ha ofrecido a usted la ocasión de reflejar, en páginas de insuperable belleza, el ambiente sociológico y el aspecto físico de aquellas regiones del Norte de su tierra, depositarias incontaminadas del pujante espíritu creador de nuestra nacionalidad. Esas páginas, las que nos describen “la arenosa puna, desolada como una tierra de la muerte, árida como los disecados mares de la luna, sin animales, sin hierbas, sin hombres”, y, sobre todo, las que nos revelan “el alma de aquella vieja Jujuy, mística y militar como una ciudad castellana”, y las que nos describen las fiestas mayas de 1812, son dignas de Taine o de Macaulay; pero si ellas nos recuerdan los grandes modelos, es sólo para que incorporemos uno nuevo, usted, a la gloriosa compañía.

En ese camino, y guiado por ese criterio, por el de la verdad ambiente, usted no podía menos de encontrarse con un personaje que le ha salido al paso, y que no ha podido menos de inspirarle amor americano; él, más que ningún otro, ha

ZORRILLA DE SAN MARTIN

puesto a prueba su independencia mental, y, sobre todo, su entereza de carácter: es claro que le estoy hablando de Artigas.

Efectivamente, mi buen amigo, nada puede conmover tan hondamente el corazón oriental como esas primeras ráfagas de justicia que en su aliento nos llegan del otro lado del Plata hacia nuestro prócer vilipendiado. Felizmente, ninguno como él, ninguno como Artigas para que yo pueda corresponder, sin reticencias, a sus protestas de amor hacia mi tierra, con las cordialísimas hacia la suya gloriosa y hermana. Que nadie en el mundo la amó más que él; nadie la sirvió con mayor eficacia y abnegación; nadie, por consiguiente, como él, para servir de vínculo de afecto entre estos dos pueblos gemelos.

Es en eso en lo que yo quiero detenerme, porque es eso lo que acaso podría determinar alguna discrepancia entre nosotros, si discrepancia puede llamarse a la disputa sobre cual entre dos hermanos ha querido y quiere más a la madre común, a que usted da el nombre amable de "Argentinidad".

*

* *

Usted mira a Artigas con noble mirada y respetuosa; ya no es, en su valiente libro, el bandido

LA ARGENTINIDAD

o el anarquista con que nos han ofendido tanto y tan injustamente los maestros que usted repudia, y que lo son todavía de la juventud argentina desgraciadamente; él es, para usted, “un héroe magnífico”, un protagonista de nuestra independencia, “que entrará en la gloria de los héroes de América; un hermano de Gorriti, de Justo de Santa María de Oro, de los diputados provinciales expulsados por Rivadavia.

“Yo admiro tanto como Zorrilla de San Martín, llega usted a decir, la figura de Artigas en las selvas, bella como el poeta la presenta en su libro; pero ese es un tema estético, no un tema civil. La belleza que en él me atrae proviene de su fuerte individualidad, de su ímpetu bravío, de su ambiente primitivo, propicio al Numen”.

Me basta y me sobra con eso, amigo mío, aun- que Artigas no haya sido un impetuoso, para que lo invite a que miremos juntos esa noble figura y la analicemos. Nada está más lejos de la exigencia oriental que el hacer de Artigas lo que no ha sido héroe alguno en la historia de los humanos: un indiscutible para todo el mundo. Nada más distante de nuestro anhelo, por otra parte, que el de empañar, con la proyección de su generosa sombra, la gloria de otros héroes, sus hermanos. Nos basta, sí, y nos sobra con eso que usted nos

ZORRILLA DE SAN MARTIN

dice, para que nos dispongamos a hablar fraternalmente; lo demás se andará.

¿Y qué es lo demás?

Dos puntos principales se ofrecen a nuestra conversación: el primero es el relativo al pensamiento de Artigas; el segundo, el más grave, es el que se refiere a la "antiargentinidad" que usted le atribuye. Sobre lo primero, coincidiremos a poco que hablemos; sobre lo segundo... ¡ah! sobre lo segundo, acabaremos por algo más que coincidir: espero que acabaremos por confundirnos en un abrazo argentino.

*

* *

No es propiamente el pensamiento, o mucho me equivoco, lo que usted disputa a Artigas en su bello libro; es la prioridad del pensamiento. Antes de las "Instrucciones" de Artigas de 1813, dice usted, estaban las "Instrucciones argentinas", es decir, las de las provincias mediterráneas a los diputados que ellas enviaban a la capital en 1812; eran los ideales de esas instrucciones, análogas a las de Artigas, los que animaban y daban su pujanza a aquellos pueblos, desde la representación de Gorriti y desde la bandera de Belgrano, y las que contrarrestaban las tendencias, no del pueblo,

LA ARGENTINIDAD

tampoco, de Buenos Aires, sino de la oligarquía monárquica que allí funcionaba.

Pues bien, amigo mío: si es eso, la prioridad en el tiempo, lo que ha de separarnos, prescindamos de ello, porque es accidental. Después de las instrucciones de Jujuy que usted comenta, han aparecido, como usted sabe, pues las cita, las más concretas y acabadas de los diputados de Potosí; mañana aparecerán acaso otras nuevas. ¿Cuáles fueron las primeras? Lo fueron todas, si usted quiere; todas brotaron juntas del alma popular, por las causas que usted expone brillantemente; porque fué el pueblo, y no los letrados, tiene usted razón, quien realizó la independencia. El que más sea caudillo de ese pueblo, ese será, pues, el héroe de la argentinidad, el que lo sea más genuino, más eficiente.

No he de controvertir, por lo tanto, con usted la fecha del documento A o B; pero sí desearía hacerle notar una circunstancia indiscutible: ese espíritu de las Instrucciones, cualquiera sea su procedencia o precedencia, tuvo y tiene un nombre genérico en nuestra historia platense: se llamó y se llama "*artiguismo*", "*veneno artiguista*" le llamaron y le llaman los historiadores que usted fulmina; veneno artiguista inoculado en todo el organismo de las provincias unidas; hasta en el Congreso de Tucumán, como dice López.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

No hay efecto sin causa, y ese la tiene muy profunda. Lo que interesa a la historia, con respecto a esas Instrucciones o principios que fueron alma de nuestra independencia democrática, no es tanto saber, me parece, cuáles fueron los más “tempranos”, sino cuáles fueron los más “vivos”, los más activos y germinales. Los principios de los ilustres provincianos del Norte podían ser los mismos que los de Artigas; pero en aquellos eran sólo pensamiento o instinto, mientras que en Artigas eran pensamiento y acción compenetrados, “acción constante y resistencia”, que es lo que constituye el carácter, como usted sabe; eran nervio popular, cohesión, victoria. Uno piensa en lo que hubiera sido de aquellos principios si no hubieran tenido más baluarte contra las gestiones monárquicas de la fuerte oligarquía que la resistencia de próceres heroicos pero inermes, como Gorriti y de Oro, o de caudillos poco convencidos como Güemes, y se persuade de que, sin un caudillo que los escribiera en una bandera “viva”, de paz y de guerra, aquellos principios no hubieran prevalecido entonces.

Usted nos habla del gran caudillo del Norte, por ejemplo, que acabo de recordar, del justamente glorificado Güemes, y nos dice que éste, si bien estuvo de acuerdo con Artigas, acabó por

LA ARGENTINIDAD

separarse de él. Si, pero se separó de su influencia cuando obró sobre él la de Belgrano, como usted sabe. Y por eso, a diferencia de los caudillos artiguistas del litoral que salvaron la república, el ilustre salteño acabó por declararse partidario del inca coronado, de la monarquía incásica, y por firmar, con el mismo Belgrano, los manifiestos que anunciaban ese rey al pueblo, como el redentor. Fué entonces, adviértalo usted, cuando dejó de ser artiguista, como era natural.

Y lo que decimos de Artigas, amigo mío, podemos decirlo de su Provincia o Gobierno Oriental. No fué esta más autónoma, ni más celosa de su libertad, ni más valiente que sus gloriosas hermanas; pero sea por su situación geográfica, sea por la importancia de su capital sobre el Plata frente a Buenos Aires, sea por su reciente historia en la reconquista, sea... por lo que sea, es imposible negar que ella estaba en mejores condiciones para ser el núcleo de resistencia "eficaz" contra los planes liberticidas de la oligarquía, que usted presenta, y no sin causa, como la enemiga de la "argentinidad", o "cohesión de todos nuestros pueblos en un ideal democrático republicano".

La rivalidad entre las ciudades menores y las intendencias podía corresponder o equivaler, como usted lo afirma, a la de Montevideo y Bue-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

nos Aires; pero hemos de convenir en que esta última dejó mayores vestigios en nuestra común historia. Y he ahí por qué la causa de esa rivalidad no tomó el nombre de ninguna de aquellas ciudades ni de ninguno de sus próceres, con haberlos tenido de la talla de Gorriti y Güemes, sino que se llamó “artiguismo”, veneno artiguista.

*

* *

Establecido, pues, ese carácter del héroe oriental como caudillo platense, o, mejor dicho, como condensación enérgica del federalismo o de “la dinámica de la libertad” que, según usted, “creaba ciudadanos, municipios, provincias y también naciones”, no puede menos de sorprenderme el verlo a usted poner en duda el carácter de nuestro Artigas como fundador de la nacionalidad oriental, y, sobre todo, el ver en ésta el producto de “una tendencia segregatista o separatista argentina”.

“Si es Artigas, dice usted, el fundador de la nacionalidad uruguaya, ¿cómo podía ser el sostenedor del federalismo?” Las Instrucciones del año XIII son “el mensaje divino” según Zorrilla de San Martín; pero en ellas se dice que el Uruguay ha de ser una provincia de la Confedera-

LA ARGENTINIDAD

ción Argentina. Y si eso se dice en las Instrucciones, como es indudable, Artigas asignaba a su país un sitio dentro de nuestra nacionalidad, y no en el concierto de las naciones libres."

Pero usted no confunde, ni mucho menos, bien claro se ve, la idea de "nación" con la de "estado"; usted sabe, tanto como yo, que es de las nacionalidades de donde se desprenden los estados soberanos; usted lo establece, con toda precisión, cuando, después de recordar las dos guerras desatadas por la revolución de Mayo, la interior y la externa, da por objeto a la primera el de "reorganizar el estado dentro de la nación". Y quien dice "el estado" dice "los estados" que en ella pueden formarse.

Existía, sí, "una nacionalidad platense o argentina" en el Río de la Plata, como existía, y aun existe, en toda América, una gran "nacionalidad hispánica"; es bien notorio que era esta, la "nación hispano-americana independiente", las "Provincias Unidas de América". la entidad entrevistada y proclamada por nuestros próceres platenses: por el Congreso Argentino del año XIII, por el de Tucumán, en que siempre fueron esperados los diputados del Perú, de Chile, de Colombia. Pero de eso no puede deducirse que las naciones soberanas del continente, desde Colombia hasta el

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Uruguay, dejen de estar en el concierto de las naciones libres, o hayan sido producto de un "anti-americanismo o antiargentinitismo", sino de la dinámica de la libertad a que usted se refiere como creadora de provincias y naciones.

¿Dejará acaso de ser nación libre y soberana la Banda Occidental del Plata, hoy República Argentina, por haber buscado su unión federal con la Banda Oriental, hoy República Uruguay, o con las hoy repúblicas del Paraguay y Bolivia, y aun con Chile y el Perú y Colombia? ¿Dejan de ser héroes de la Patria Argentina los que lo fueron de la americana confederada?

Artigas, mi ilustre amigo, fué eso precisamente, lo fué por excelencia: un oriental dentro de la nacionalidad platense; un platense dentro de la hispano-americana, que usted concibe confederada en el porvenir, sin menoscabo, como es natural, de las soberanías nacionales. Así lo dijo siempre y en todos los tonos; así lo puso por obra, sobre todo. No sólo proclamó la unión federativa y pugnó por ella, sino que rechazó expresamente la independencia oriental fuera de aquella unión, cuando la oligarquía, con avieso propósito, se la propuso sin tenerla para sí misma; eso no significaba rechazar la independencia del estado, sino su exclusión de la confederación,

LA ARGENTINIDAD

necesaria a tal independencia como a la de toda América. Artigas no dejó de ser el oriental por ser el federal, el platense, el americano; su bandera tricolor, (la de Belgrano atravesada por una banda roja diagonal) enarbolada en sus corsarios, consideraba expresamente "pabellón enemigo" a todo aquel que lo fuera de "cualquiera de los estados de América"; su ley de aduanas, especie de "Zollverein" continental, protegía el intercambio entre todos los estados de América, que consideraba miembros de una nación; su atención anhelante estaba fija en las campañas de todos los libertadores como en las propias: en las de Bolívar, en las de San Martín, su grande amigo, sobre todo. Al recibir la noticia de la victoria de "Chacabuco", ordena, en Marzo de 1817, que en toda la Provincia Oriental sea celebrada aquella victoria con solemnidades extraordinarias, suspendiéndose, para ello, hasta las operaciones bélicas más premiosas. Artigas ha soñado hasta en llegar al Perú con sus orientales y con sus occidentales protegidos, una vez desembarazado de su enemigo inmediato el portugués, azuzado contra él por la misma oligarquía.

*

* *

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Usted afirma, sin embargo, que el "alzamiento separatista" de Artigas trabó el desenvolvimiento del ideal argentino, y hasta coloca aquél, no sólo al lado del centralismo reaccionario de Rivadavia, sino al de la resistencia monárquica de Liniers, la conspiración de Alzaga, la resistencia de Lima, y hasta la misma acción de la corte del Brasil que ambicionaba llegar al Plata con la destrucción de Artigas.

Se imaginará usted cuánto me apena y desorienta esa afirmación en usted. No sólo me desorienta: me hace temer que yo, por ejemplo, pues soy el vindicador de Artigas a quien usted honra con sus más frecuentes y siempre amables alusiones, no he expresado bien mi pensamiento, pues no puedo suponer que sea usted quien lo ha entendido mal. ¿O estaremos todos inconscientemente bajo la influencia de un espíritu de represalias que debemos desechar? ¿O es mala y deficiente mi información y la de los otros hitoriadores orientales, mejores que yo? Le anuncio la próxima aparición de la segunda edición de "La Epopeya de Artigas". Está muy ampliada... ¿Conseguiré llegar con ella, o acercarme algo más, cuando menos, al sitio privilegiado en que reside su noble pensamiento de usted?

LA ARGENTINIDAD

El admirable estudio que hace usted de la asamblea reunida en Buenos Aires en 1812 parece adolecer, efectivamente, de alguna deficiencia en la información. "Aun fué más lejos, dice usted allí, aun fué más lejos esa patriótica asamblea: gestionó la adhesión del Paraguay y del Uruguay...; pero en las selvas paraguayas anunciábase ya el funesto reinado del tirano Francia; y en las cuchillas uruguayas agitábase "el dramático Numen de Artigas". Confundió aquél la independencia con una estéril soledad; éste el federalismo con una hostil segregación".

El gran error de Artigas fué, para usted, "el no haber comprendido su momento. Colocado entre el inerte Paraguay de Yegros y el Brasil agresivo de Lecor, entre el Montevideo realista de Vigodet y el Buenos Aires oligárquico de Rivadavia, perdió el verdadero sentido de la revolución continental. Sólo tuvo un amor: el de su terruño; y un odio: el de la capital de su intendencia, es decir, Buenos Aires. Su voluntad de acero, imantada hacia este punto de la antigua opresión, vibró sin otro norte..."

"El pueblo que hoy lo glorifica, agrega usted, responde a aquel amor y a este concepto con un acto de gratitud que lo ennoblece. Pero conven-gamos en que Artigas, héroe magnífico, pudo

ZORRILLA DE SAN MARTIN

servir a su terruño mejor que con aquel amor excluyente y este odio estéril”.

Tendría usted razón que le sobrara, y hasta se pasaría de benévolo hacia el pueblo de Artigas, si el hecho fuera cierto, o si lo fuera el propósito que usted atribuye también a Artigas, no de segregación uruguaya, sino de “una agregación del Uruguay a las otras provincias, con prescindencia de Buenos Aires; en cuyo caso el Uruguay habría dado al interior argentino una salida al mar, pero con la hegemonía de Montevideo bajo la dictadura unitaria y militarista de Artigas”. Pero confío en que usted, con mayores informaciones, rectificará ese concepto, porque es erróneo. Nada estuvo más distante del pensamiento de Artigas que tal propósito. Ni se encerró en su terruño como hemos visto, ni pretendió jamás absorber las autonomías provinciales, que protegió, vigorizó, respetó y amó tanto como la oriental, a la que dió siempre como frontera clara, precisa, inmutable, el río Uruguay y las Misiones orientales; las orientales del Uruguay, las arrebatadas a la argentinidad por el portugués, con la complicidad de la oligarquía antiargentina.

Por supuesto que incluyo, y en primer término, entre esas provincias, la soberana de Buenos

LA ARGENTINIDAD

Aires, tan amada y respetada por él como la que más, y tan parte esencial de la unión como cualquier otra. Con la protección de Artigas derrocó el pueblo de Buenos Aires, como usted sabe, el gobierno tiránico de Alvear en 1815; Artigas fué entonces aclamado y semidivinizado en Buenos Aires. Pero bien se guardó de pasar personalmente la frontera de la provincia, como la pasará Urquiza después de Caseros, ni de intervenir en lo más mínimo en su reorganización política; expresamente declaró, en esa como en todas las ocasiones análogas, que debía ser "cada pueblo" quien se diese libremente su propia organización interior, que era lo sólo que reclamaba para el propio.

Yo estoy plenísimamente de acuerdo con usted cuando dice que "es un grande equívoco y una grande injusticia el acusar a Buenos Aires por los errores de una minoría extraviada, como lo hay en acusar a la Argentina por los errores oficiales de Buenos Aires"; pero no lo estoy tanto cuando afirma que "ésa es la posición en que persisten, como los historiadores provinciales y venezolanos, los historiadores orientales".

Lo que soy yo, cuando menos, mi amigo, suscribo sin reserva alguna, lo que usted dice cuando dice: "Si un gobierno como el triunvirato,

ZORRILLA DE SAN MARTIN

que no nació de la opinión nacional, pudo contrariar la verdadera dirección de la independencia americana, los elementos liberales de Buenos Aires, que eran la mayoría, y la voluntad de los cabildos provincianos, salvaron en todo momento la integridad de su credo revolucionario. Y son estos, sin duda alguna, los genuinos representantes de la argentinidad”.

Eso es, pues, eso precisamente, lo que se llamó “artiguismo”; fué Artigas quien, más visiblemente, cuando menos, estuvo a la cabeza de esos cabildos y de esos pueblos; fué él quien los retempló en su anhelo de vida autónoma y los protegió en su ejercicio; y por eso fué el objeto preferido de las agresiones de la oligarquía centralista, y lo ha sido de las de sus historiadores. Artigas fué el enemigo, no del pueblo de Buenos Aires, no de la capital de su intendencia, sino de esos triunviros “no nacidos de la opinión nacional”; de esa “minoría extraviada” a que usted se refiere; de ese Rivadavia en quien usted ve “el verdadero autor de la anarquía”. Nó, no pudo ser Artigas un enemigo del alma argentina, que era la propia; lo fué de “los errores oficiales de Buenos Aires”, y así lo dijo cien veces, casi con las mismas palabras de usted, amigo mío. “No es el pueblo de Buenos Aires

LA ARGENTINIDAD

mi enemigo, sino su gobierno actual". "Los déspotas, no por su nación, sólo por serlo deben ser objeto de nuestro odio".

*

* *

Por eso, por ser amigo de aquellos pueblos, tanto de los orientales como de los occidentales, sin excluir el de Buenos Aires, por eso cayó aniquilado, con su patria oriental, por obra del enemigo común interior de tales pueblos y cabildos.

"Para enaltecer a Bolívar, dice usted en alguna parte, han necesitado los de Caracas empequeñecer a San Martín; para engrandecer a Artigas, han necesitado los de Montevideo decir que la revolución argentina era monárquica".

No sé quién, si existe entre los montevidéanos, ha podido recurrir a tal error, y hacer a Artigas tan flaco servicio. Nó, no era monárquica la revolución argentina; lo fueron los enemigos de ésta, es decir, los enemigos de Artigas, "héroe magnífico" de esa revolución gloriosa; lo fueron los enemigos de los diputados provinciales, depositarios, como aquél, del espíritu vital, y cuya gloria usted reivindica. Se queja usted amargamente, y no sin causa, de cómo fueron éstos tratados por Rivadavia; pero si usted recuerda

ZORRILLA DE SAN MARTIN

cómo lo fué Artigas, con qué dureza, con qué implacable saña, aun en los momentos en que él pedía, por Dios, "de rodillas", que se tratase con alguna consideración a aquellos pueblos que sólo buscaban términos hábiles para entrar en la unión de que él era caudillo fuerte; si usted aplica a eso su nobilísimo criterio, no podrá menos de atenuar siquiera, por ahora, su condena-
ción. Para Artigas, más aun que para los diputados provinciales, no hubo cuartel; y, no pudiendo expulsarlo como a aquellos, fué entregado al portugués con su patria, no por la argentinidad ciertamente, sino por la antiargentinidad. Él fué la víctima inmolada a la argentinidad, precisamente, él y su pueblo.

*

* *

Tiene usted en su magnífico libro una frase que acaso se pronuncia por primera vez con esa precisión en la historia argentina. "En 1810, dice usted, encuéndense en nuestra América dos grandes focos de emancipación: Buenos Aires y Caracas, vale decir, el Sur y el Norte, San Martín y Bolívar. Y aparecen dos focos de reacción europea: Lima, con los realistas españoles; *Río Janeiro, con los realistas portugueses*".

LA ARGENTINIDAD

Ese es el cuadro, efectivamente, todo el cuadro. Y digo que es usted quien lo presenta por primera vez, porque hasta ahora parecía no existir más foco de reacción que el español; el portugués, el del Este, el del Atlántico, con ser tan vigoroso como el español del Pacífico, parecía no existir, o ser cantidad menospreciable en la historia argentina.

Bolívar y San Martín lucharon, efectivamente, contra el foco español, y lo apagaron gloriosamente. Pero ¿quién luchó, pues ellos no lo fueron, quién luchó contra el pujante portugués, para gloria también de la revolución americana, y para asegurar su triunfo? ¿Quién fué el héroe magnífico de esa desesperada y fecunda resistencia convergente a la del Norte, y tan necesaria como ésta? Dice usted que "si fué Buenos Aires quien inició la revolución, y si fué Tucumán la fragua de Belgrano, y Cuyo la de San Martín, *"fué el litoral quien contuvo al lusitano"*.

¡El litoral! ¿No es verdad, mi honrado amigo, que al escribir esa palabra "el litoral" ha sentido usted congojas, cuando menos, en su independencia mental?

¡El litoral! El litoral no es nadie. Dice Víctor Hugo que la multitud tiene demasiados ojos para tener una mirada y demasiadas cabezas para

ZORRILLA DE SAN MARTIN

tener un pensamiento. ¿Por qué no ha dicho usted francamente "Artigas", como noblemente dijo "Bolívar", para fijar los tres vértices de nuestra gloria común?

Usted nombra en ese caso a Ramírez, el animoso caudillo entrerriano; pero usted sabe, como yo, que Ramírez no combatió contra los portugueses. Y que Ramírez era un capitán de Artigas.

La carátula, que usted publica, del "Proceso Original levantado con motivo del tratado de paz firmado por el gobierno de Buenos Aires "con los jefes de las fuerzas federales de Santa Fé y la Banda Oriental", lo dice todo. Llama usted "alzamiento de Ramírez" a la invasión que terminó en ese tratado con Santa Fé y la Banda Oriental. Pero Ramírez no era jefe de Santa Fé ni de la Banda Oriental. Era sólo el representante "del Excmo. Señor Gobernador de la Banda Oriental general Artigas", cuya bandera enarbolaba, cuyas recientes victorias contra el portugués precisamente invocaba para probar la fuerza que tenía detrás, y cuyas intimaciones escritas presentaba como programa a la oligarquía derrumbada por el pueblo. Como tal representante de Artigas figura en el tratado, y por ser tal aparece allí en primera línea.

LA ARGENTINIDAD

¡El litoral ! Sí, fué el litoral quien contuvo al monarca lusitano en el Sur, como San Martín y Bolívar al español en el Norte; pero esos pueblos de la costa, cuyo núcleo fué la Banda Oriental, tuvieron también un héroe que no puede confundirse con ninguno, una conciencia heroica que les dió bandera y los congregó a su sombra, que los educó y los concitó a la lucha contra la oligarquía unitaria, y los condujo a la autonomía y a la gloria contra el opresor antiguo. Esa lucha de Artigas a la cabeza del pueblo, amigo mío, es gloria de la argentinidad; no la tiene ésta más grande, ni más abnegada. Ustedes, los hermanos occidentales, tanto como nosotros, deben reclamarla, porque es de todos; porque entre los ocho mil cadáveres sobre que, al decir de Abreu Lima, sentó sus reales la conquista portuguesa en la Banda Oriental, había muchos argentinos occidentales del Uruguay, hijos también y heroicos hijos de Artigas.

No permitan ustedes que, en odio a éste, sea restada de la gloria común aquella lucha con el portugués sostenida por Artigas desde el principio de la revolución, desde el "Éxodo", desde el "Ayuí"; aquellos últimos cuatro años de resistencia desesperada, sobre todo, que presenciaron la inmolación de todo un pueblo a la libertad de

ZORRILLA DE SAN MARTIN

todos, y a la democracia triunfante: a la argentinidad, pues.

Enseñemos íntegra nuestra común historia, maestro y amigo. Esa gloria lo es de la argentinidad, de la gran familia hispánica democrática. Esa lucha de los orientales con el portugués fué paralela con la del glorioso San Martín, que amaba a Artigas, tanto como éste lo amaba y admiraba; que buscó su mano, y la hubiera encontrado siempre, a no interponerse entre ambas la oligarquía descarriada, causa principal, aunque disculpable, de la anarquía con que hubimos de comprar la libertad democrática.

*

* *

¿Cómo puede, pues, afirmarse que la segregación del Uruguay fué fruto “de absurdos sentimientos antiargentinos?” Tanto valdría afirmar que la segregación de Buenos Aires, y aun de la Argentina, fué fruto de absurdos sentimientos antiorientales.

Y no fué así: todo ello fué fruto de la “dinámica de la libertad creadora de provincias, y también de estados soberanos”, de que usted nos habla en su hermosísimo libro.

LA ARGENTINIDAD

Yo debo confesarle, mi amigo, que ese cargo de antiargentino que usted, nada menos que usted, insinúa contra Artigas, me contrista más que el de bandolero y el de facineroso gauderio con que lo han vilipendiado los malos historiadores de la primera época, y que tanto nos ha costado desautorizar. ¡Qué diferencia, sin embargo, en la intención! La suya es respetable, nobilísima. Y es un hondo sentimiento de simpatía, y un gran deseo de ponerme a su lado, lo que encuentro en mi espíritu al volver la última página de su libro sano y fuerte, y al escuchar su larga resonancia en mi conciencia.

¡La argentinidad! Sea, pues; proclamemos la argentinidad. Todos nos desprendimos, no los unos de los otros como se ha dicho, sino de esa argentinidad de que es usted el rapsoda inspirado; de esa nacionalidad platense, madre fecunda de varones, parte a su vez, de la nacionalidad hispánica de América.

Clavadas las tres estrellas en los tres vértices de nuestro celeste hemisferio, Bolívar sobre el mar de las Antillas, San Martín sobre el Pacífico y Artigas sobre el Atlántico, brillarán con luz propia las luces todas de gloria en la bóveda austral a que alzamos los ojos en nuestras noches. O'Higgins, Belgrano, Gorriti, Fernando de la

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Mora....¿Cuál es el mejor? Lo son todos, amigo mío. Las estrellas no se hacen sombra.

El Divino Maestro contuvo la impaciencia de sus discípulos, cuando disputaban sobre quién de entre ellos sería el mayor en el reino de los cielos. Los últimos serán los primeros.

Todos son los primeros entre los héroes de la argentinidad o de la democracia americana. Y no será usted de los últimos, mi ilustre amigo, si conquista usted la gloria, que le auguro y le deseo, de ser el más fuerte obrero en la obra de amor entre estos dos hermanos gemelos, nuestras patrias bien queridas, hijos primogénitos de la argentinidad. Que si la historia es la lactancia de los pueblos, la lactancia materna es la continuación de la obra de la generación. Los historiadores son héroes también.

Reciba, pues, el abrazo argentino que le prometía al comenzar, su actual compañero de estudio y siempre amigo afectuoso.

Juan Zorrilla de San Martín.

La Realidad de Artigas

LA REALIDAD DE ARTIGAS

Prólogo de "Las Instrucciones del Año XIII", de Héctor Miranda.

I

Hay pensamientos que brotan de las cosas, indudablemente. Un inglés, alumno de Oxford, nos dice que él estuvo persuadido, durante mucho tiempo, de que la historia latina era simple leyenda o ficción. Y sólo se convenció de lo contrario, cuando vió, por primera vez, la ruina de un monumento romano.

Confieso que a mí, con ser latino, me aconteció otro tanto, o algo de lo mismo.

Bien es verdad que también se ha dicho, y merece ser meditado, que la historia no es una ciencia de observación, sino de razonamiento; pero me parece que ambos conceptos, aunque discrepantes en apariencia, no lo son en realidad, pues, bien mirado, no existe diferencia esencial

ZORRILLA DE SAN MARTIN

entre observar y razonar. Observar una cosa no es sino penetrar en su pensamiento, como lo es razonar un hecho o varios hechos.

Podemos, pues, afirmar, con muchos visos de exactitud, cuando menos, que la historia es una ciencia de observación y de razonamiento.

Pero tiene otro carácter, que no cede en importancia a los anteriores: es obra de imaginación, y, sobre todo, de sentimiento; es arte, es decir, proyección viva de las cosas o de los hechos en un espíritu privilegiado; medio de dar participación, al común de las gentes, en la visión de los hombres superiores.

Como tal arte, la historia tiene por misión, más aun que la de narrar sucesos acaecidos, la de levantar el nivel moral de la sociedad, la de cultivar o educar sus sentimientos, ofreciendo el pasado a su contemplación desinteresada, como un bello y edificante espectáculo.

No es fácil discernir entre lo legendario y lo llamado generalmente histórico; ni esto deja de ser fabuloso, muchas veces, por solo el hecho de basarse en la fábula de los papeles, que cada cual lee a su modo, ni aquello deja de ser perfectamente histórico, por no estar apoyado en alguna de las comprobaciones codificadas. Es conocida la afirmación del general inglés que

LA REALIDAD DE ARTIGAS

confesaba no saber de más historia de Inglaterra que la aprendida por él en los dramas de Shakespeare.

Todos sabemos que las tradiciones oral, escrita y figurada, (momias, esqueletos, telas, utensilios, monedas, monumentos, etc.), son el fundamento clásico de la verdad histórica, y es muy común atribuir a la tradición oral, y sobre todo a la escrita, la mayor eficacia probatoria. El alumno de Oxford, de que hemos hablado, nos dice que la decisiva, para él cuando menos, tué la figurada; la vida o el perpetuo pensamiento de la construcción monumental.

Y veamos ahora cómo y por qué me han sido sugeridas estas consideraciones, por el propósito de escribir algunas páginas, que sirvan de introducción, a este precioso libro de Héctor Miranda, sobre las Instrucciones dadas por Artigas a los diputados del Estado Oriental, el año 1813.

II

Los uruguayos tenemos una grande historia, que no por ser reciente, como la de toda América, deja de ofrecer interesantísimos problemas

ZORRILLA DE SAN MARTIN

a la observación de los hombres pensadores. Ese Artigas, de que Miranda nos habla, autor de las Instrucciones que él analiza científicamente, es una figura que parece fabulosa. La fábula, la ficción, se apoderó de ella desde el primer momento, para hacer de esa noble criatura un objeto fantástico de execración; la historia del Río de la Plata, escrita con propósitos conocidos, por los creadores de ese engendro del odio, la colocó en su pequeño infierno; y la americana enciclopédica la tomó de allí, con la mayor ingenuidad. Ningún héroe de la historia de América ha sido tratado con mayor crudeza e injusticia.

Pero ha intervenido en el asunto nuestro amor, el amor de los orientales. Lo que ha llegado a ser ese Artigas para nosotros no es para dicho en este momento: la injusta persecución de los hombres lo ha engrandecido a nuestros ojos; la idea de vindicación y desagravio se funde en nuestro espíritu con la de admiración y gratitud, a medida que las verdades aparecen imperiosas.

Quien lea nuestra historia, la nuestra, es decir, la que nosotros sabemos y sobre todo sentimos (que es la verdadera, pues es la eficaz),

LA REALIDAD DE ARTIGAS

después de leer la otra, la ajena, la insensible y maligna, se quedará como quien ve visiones.

¿Es ésta sólo la fábula del amor, dirá alguno desconcertado, contrapuesta a la del odio?

¿Es ésta sólo una leyenda?

Muchos van a creerlo acaso, por algún tiempo, como lo creyó de la historia latina el anglosajón, alumno de la Universidad de Oxford.

Era, pues, necesario ofrecer a aquéllos el recurso supremo que convenció a éste: el monumento.

Y aquí tenemos el monumento: en este Código, Carta Magna, Credencial, Mandato Imperativo o como quiera llamársele, que presenta, y científicamente analiza Miranda, en este libro fuerte, y sano, y ponderado.

Yo, por mi parte, clasifico esas Instrucciones de Artigas en la tercera de las fuentes de verdad histórica, en la tradición figurada, por más que se trata de un documento escrito. Veo en ellas una cosa, una construcción monumental.

III

Como tal están analizadas también en el libro que acabo de leer. Porque, si bien es éste, no un ensayo, como dice su autor, sino un no-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

table estudio jurídico, en que la historia parece colocarse al servicio del derecho, que prevalece, creo que la realidad es la contraria: el estudio jurídico está aquí al servicio de la historia, como la misma historia lo está al de un grande ideal de verdad y de justicia.

La impresión que uno recibe de este erudito comentario, tan diáfano de estilo, tan robusto de raciocinio, no es tanto la intelectual que procede del análisis crítico o científico de una ley, cuanto la afectiva despertada por la contemplación del hombre extraordinario que la dictó. Miranda ha realizado ese propósito, que es, me parece, el fundamental de su libro, y constituye su originalidad. El examen que en él hallamos de los preliminares de la revolución de Mayo, lleno de observaciones nuevas y rectificaciones originales, recogidas en las primeras fuentes; las auténticas notas sobre el carácter y el pensamiento de los hombres que fueron factores ostensibles de aquel movimiento inicial, no son otra cosa que elementos de relación, o reconstrucción del ambiente o del medio en que debe levantarse, como la esfinge en el desierto, la obra expresiva del legislador uruguayo, de nuestro primer legislador.

LA REALIDAD DE ARTIGAS

Miranda la analiza; mide sus cimientos, hace advertir sus proporciones, la fuerza y armonía de sus miembros, su adaptación a su propio objeto; examina su estilo arquitectónico, establece el abolengo de sus clásicas líneas perdurables. Las concordancias del Código de Artigas con la Constitución anglo americana de que procede, y con la argentina actual, que no es sino la reproducción de ambas: los problemas de derecho constitucional que en este libro se plantean y resuelven con firme criterio; las doctrinas que, con ese motivo, se desarrollan y profundizan, todo ello es obra de erudito y juicioso comentarista. Pero todo en estas páginas converge, imprimiéndole su carácter diferencial y elevado, al propósito histórico de hacer hablar al monumento, y de ofrecerlo como testimonio de la grandeza de un héroe, que fué el verdadero depositario de una revelación fecunda.

La revolución de América fué democrática en su esencia; emancipación y fe en la democracia republicana eran sinónimos. Creo que eso es hoy un postulado histórico y también sociológico. Si el pueblo americano no era capaz de gobernarse por sí mismo, no había para qué iniciar la revolución de Mayo. Larga sería nuestra tarea, si nos propusiéramos averiguar cuál es el

ZORRILLA DE SAN MARTIN

hombre, entre los más conspicuos de esa revolución, que puede ofrecerse como el creyente de aquella fe; pero, aun después de estudiada la ígnea figura de Mariano Moreno, no creo que nadie pueda disputar a don Bernardino Rivadavia el título de protagonista intelectual del movimiento iniciado en Buenos Aires, el 25 de Mayo de 1810.

Y nadie como el ilustre historiador Andrés Lamas pudo hacernos conocer la fe de ese no menos ilustre Rivadavia.

“Rivadavia, como todos los hombres superiores de la revolución, decía Lamas hace cuarenta años, no había creído posible la independenciam y la libertad, sino amoldándolas a la forma consuetudinaria de gobierno, y haciéndolas aceptables a las monarquías, que decidían de los destinos del mundo.”

“Pero la revolución, emancipada de la dirección de los hombres superiores, popular, plebeya, vertiginosa, había hecho imposible el temperamento que sirvió de base a las negociaciones con las cortes europeas.”

“La nueva sociedad, hecha por la revolución y la guerra civil, era — y no podía dejar de ser — republicana y democrática.”

LA REALIDAD DE ARTIGAS

“Eso lo comprendió perfectamente Rivadavia, y se consagró a la fundación del gobierno republicano.”

“Algo, sin embargo, no vió claramente, y nos explicamos bien el por qué no lo vió.”

“Los que le habían servido de maestros eran los filósofos y los revolucionarios franceses; y la república francesa era unitaria.”

“Se atuvo más al hecho del modelo que a nuestro propio hecho.”

“De ahí el error que, poniéndose en pugna con las autonomías provinciales, volvió a perturbarnos y a comprometer los resultados de la revolución, salvados al fin, por el respeto de aquellas autonomías, en la república democrática federal.”

“Esa forma de gobierno es, entre nosotros, anónima, como todo lo que nace de las entrañas del pueblo.”

¡Anónima! Pues bien: eso es lo que en este libro quedará rectificado para siempre: esa forma, si bien nacida, efectivamente, de las entrañas del pueblo, no fué por eso anónima. Porque de las entrañas del pueblo, había nacido también un hombre con una conciencia, con una visión: el hombre real, inspirado en la esencia de las cosas.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Pero hay algo, más fundamental acaso, que queda aquí comprobado: en esa forma de gobierno no debe verse sólo la forma de organización política interna de un estado. Esa democracia federal fué la sola democracia que entonces era concebible; fué el soplo, el aliento que animó los distintos núcleos de vida inmanente que existían en el virreinato del Plata, y que, sin ese espíritu, hubieran permanecido inertes, indiferentes, si no contrarios, a la idea de independencia. Ese principio fué, por consiguiente, el germen de independencia de las cuatro repúblicas que nacieron, no la una de fragmentos o pedazos de la otra, como ha dado en decirse, cual si se tratara de la reproducción de las ténias, sino de la antigua metrópoli española, de la madre común: el Paraguay, lo mismo que la Argentina; Bolivia, lo mismo que el Uruguay.

El pensamiento de Artigas fué, por consiguiente, el principio constructor de esas Patrias, de todas ellas. Rivadavia y los otros hombres superiores de la revolución, que dice Lamas, no sólo no fueron federales; es que, precisamente por no serlo, no fueron tampoco republicanos. Rivadavia se consagró, es cierto, a la organización del gobierno republicano; pero solo lo hizo una vez que otro se lo había impuesto en

LA REALIDAD DE ARTIGAS

nombre del único que tenía derecho, lo que se llama derecho, a ser obedecido: el pueblo que había despertado.

¿Quién fué ese otro, que se impuso a Rivadavia, y a los demás hombres superiores?

El populacho, la muchedumbre, se suele decir, y el señor Lamas lo repite.

Sí; pero, si mal no recuerdo, fué Víctor Hugo quien dijo que la muchedumbre tiene demasiados ojos para tener una mirada, y demasiadas cabezas para tener un pensamiento.

Sea de ello lo que fuere, y sin entrar más de lo necesario en esas psicologías de las muchedumbres, que han dado tanto que hablar, el hecho es que, en el caso presente, aquel principio democrático, el único que podía fecundar y fecundó los núcleos populares inmanentes de vida libre, tuvo una cabeza de hombre, en qué formar un pensamiento integral; un corazón humano, en qué encender una pasión heroica consubstancial de la idea.

Eso es lo que queda consagrado en este libro. Su capítulo final, en que Miranda atribuye a Artigas, y a nadie más que a Artigas, la redacción de las Instrucciones de 1813, está lleno de intensas penetraciones. Pero ese estudio sugiere, a quien lo medita, una nueva y definitiva observa-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

ción. Esas Instrucciones están directamente cal-cadas, como aquí se demuestra, en la Carta Fun-damental de Estados Unidos. No es del momento averiguar cómo esa constitución federal, ignorada de los hombres superiores, llegó a manos de ese hombre Artigas, que poco pierde por cierto en no ser clasificado entre aquellas estudiosas personas. No era efectivamente, de su especie; era otra co-sa, de nombre distinto.

Pero lo que de ese noble comentario de Mi-randa se desprende es que, si bien Artigas trans-cribió en sus Instrucciones la constitución an-gloamericana, no aprendió en ella el principio; adoptó sólo su forma científica. Lo que es el principio germinal, el derecho de los distintos núcleos sociológicos del Plata a constituirse en núcleo político, ése sonó en las entrañas de aquella alma fuerte como una revelación; no lo obtuvo de maestros; lo aprendió en la comuni-cación consigo mismo, con los hombres y las co-sas de su tierra; lo proclamó desde el primer mo-mento de su vida de libertador. Cuando se en-contró con la constitución angloamericana, re-conoció en ella la forma entrevista o presentida de su visión interna.

Y al teñir de rojo vivo, con ese principio ge-nerador de pueblos nuevos, la franja diagonal

LA REALIDAD DE ARTIGAS

de su bandera; y al inmolar esta patria oriental al triunfo de su visión genial, el hombre Artigas dió a esa patria un destino propio, una misión heroica, que hace de ella una entidad inconfundible y gloriosa entre los pueblos de la América republicana.

IV

El monumento, pues, que en este libro analiza Miranda, como el romano que convenció al inglés de la verdad del genio latino, vigorizará, en los uruguayos, sobre todo, que es lo que más importa, la convicción de que no creen en una fábula, al creer en la grandeza de su patria, y al admirarla y amarla con pasión.

Y no creo que la historia pueda tener un objeto más noble: formar el patriotismo. Hablo del verdadero patriotismo, es decir, del sentimiento racional de amor a la patria. Debe entenderse por Patria, ante todo y sobre todo, una comunidad de imágenes, de recuerdos, de emociones, entre los habitantes de una región determinada de la tierra, que constituye una pasión o pujante sentimiento, germen de virtudes.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Y es esa la misión del historiador, o no tiene ninguna. No es tanto la de enseñar, cuanto la de infundir ese sentimiento racional. Si logra llenar esa misión, el historiador artista será incluido, como el poeta, entre los fundadores de la Patria. Se ha dicho que la lactancia es la continuación de la obra de la generación. La historia, hermana de la Poesía, es la lactancia de los pueblos; continúa la obra generatriz de los héroes.

Bien es verdad que el sentir presupone el conocer; pero es algo más que conocer. El conocimiento es el primer motor, sin duda alguna, de la vida psíquica que no es sólo instintiva; pero la idea permanece inerte, hasta tanto no recibe la vida del sentimiento. "Es la semilla, dice un ilustre pensador, que no produce la planta, ni menos el fruto, por sólo ser depositada en la tierra, sino después que ha echado raíces en ella, abrazándose con ella íntimamente, como las ideas se abrazan con el alma por medio de los sentimientos; y entonces, sólo entonces, se hacen fecundas de vigorosos hechos."

Yo no estoy por aquello de que, si no existen héroes, es preciso crearlos. He dicho que el patriotismo es un sentimiento *racional* de admiración y de amor. La mentira es esencialmente in-

LA REALIDAD DE ARTIGAS

fecunda: no puede ser semilla de sentimiento, ni de pasión, ni de nada. Nó, no se crean héroes; pero donde ellos existen, es preciso mostrarlos, hundirlos en la imaginación de los pueblos, como la semilla en la tierra, para que allí, al calor solar del sentimiento, germinen en pasiones generosas. No se crean hechos tampoco; pero se revela o se interpreta su armonía, se hace sentir lo que podríamos llamar la vida intrahistórica, el afinamiento de las acciones de los grandes hombres con la misteriosa armonía que rige el universo.

Ese es el objeto, el grande objeto de este libro: hacer conocer al fundador de la Patria Uruguaya, en su obra monumental; proyectar su sombra en la imaginación de los hombres, como la de una realidad objetiva tangible; mostrar al pueblo una verdad; pero una verdad tal, que sirva a vigorizar en los hombres vinculados por la común historia, el sentimiento de amor a la tierra que llenó tan gran destino, y el de orgullo por ser sus hijos.

¡El orgullo! No hay que confundir el orgullo con la vanidad. El primero, dice Chamfort, que leo citado por Morley, es alto, reposado, altivo, tranquilo, inquebrantable; la segunda es vil, in-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

cierta, movable, inquieta, vacilante. El uno engrandece al hombre; la otra lo hincha. El primero es la fuente de mil virtudes; la otra lo es de casi todos los vicios y todas las dobleces. Hay un género de orgullo en que están comprendidos todos los mandamientos de Dios, y un género de vanidad que contiene los siete pecados capitales.

Este libro de Héctor Miranda despierta en el alma nacional ese nobilísimo orgullo... y bien puede despertar también el de su joven autor, que empieza por donde otros terminan; bien puede despertarlo, porque él ha guardado el mandamiento: honrar a su madre; glorificar a la Patria en ese vidente autor de las memorables Instrucciones de 1813, base angular de los estados independientes que hoy respiran en el Plata.

La República Oriental del Uruguay



LA REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

"La Nación" de Buenos Aires

25 de Agosto de 1925

I

"Así como un hombre es un todo, también es una parte. Y se incurrirá en parcialidad no viéndolo". En esa forma expresa Emerson, en uno de sus "Ensayos", en el último, ese concepto, dicho en tantas formas, aun por el mismo Emerson, y que todos aceptamos.

Lo que decimos del hombre, hemos de afirmarlo de las naciones, de los estados. Y es el caso de recordarlo ahora que los americanos damos término, con la conmemoración del nacimiento de dos repúblicas, Bolivia y el Uruguay, a la fiesta centenaria de todas las del Continente.

Hablaremos algo de la segunda, la Oriental del Uruguay, que, el 25 de agosto de 1825, hace

ZORRILLA DE SAN MARTIN

ahora un siglo, comunicó a los demás pueblos, desde su memorable asamblea de la Florida, el hecho de su nacimiento. Lo hizo en estos términos:

“La Provincia Oriental del Río de la Plata, en uso de la soberanía ordinaria y extraordinaria que legalmente inviste, para constituir la existencia política de los pueblos que la componen, y establecer la independencia y felicidad:

1.º Declara írritos, nulos, disueltos, y de ningún valor, para siempre, todos los actos de incorporaciones y reconocimientos, aclamaciones y juramentos arrancados a sus pueblos por la violencia de la fuerza unida a la perfidia, de los intrusos poderes de Portugal y del Brasil.

2.º En consecuencia, reasumiendo la plenitud de sus derechos, libertades y prerrogativas, se declara, de hecho y de derecho, libre e independiente del rey de Portugal, del emperador del Brasil y de cualquier otro del Universo, y con amplios poderes para darse las formas que, en uso y ejercicio de su soberanía, estime convenientes”.

Declararse libre e independiente, en éste como en todos los casos quiere decir sentirse “un todo”, sin dejar de ser una parte; incorporarse “con un carácter individual”, a los seres de su

LA REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

especie, movido de leyes recónditas, cuyo estudio, y no la simple narración de los sucesos, es lo que llamamos historia.

“El carácter lo es todo, dice el mismo Emerson; el individuo es un sistema; y hay que juzgarlo por los hábitos, y no por una palabra suelta, o por un acto aislado. Sólo debe respetarse el magnetismo, que somete las tribus y las razas a la ley de la polaridad. Los hombres son limaduras de acero. Elegimos una partícula, y exclamamos: ¡Oh limadura de acero número uno, cómo atraes mi corazón! ¡Qué virtudes tan prodigiosas son las tuyas, cuán propias de tu constitución, qué incommunicables! Mientras hablamos, retírase el imán, cae el granillo en el montón con el resto... y nosotros continuamos nuestra mojiganga con la roedura. Preciso es ir en busca de los universales, del magnetismo; no de las agujas”.

No apreciaríamos, pues, debidamente, la aparición particular de ese Estado Oriental del Uruguay, si no le diéramos su puesto y representación en lo universal. Que todos, hombres y pueblos, tenemos algo de universal, efectivamente. Y es la manifestación, la realización, mejor dicho, de eso universal que hay en nosotros, lo que hace de un hombre un genio o un héroe, y de

ZORRILLA DE SAN MARTIN

un conjunto de hombres una Nación o genio o héroe colectivo.

Y no razonáramos, si ya no es muy superficialmente, la independencia americana, si nos apartáramos de esa ley de la historia, que se percibe con claridad en la emancipación total del Continente, y en la parcial de todos sus Estados; pero con mayor claridad e interés, si cabe, en la formación de éste de que hablamos, el *Oriental del Uruguay y del Plata*, que tiene aspectos propios, muy dignos de atención para el pensar discreto y serio.

II

Todos sabemos cómo y cuándo y por qué se desprendieron estas colonias americanas de sus metrópolis: de la "inglesa", las que hablaban esa lengua; de la "ibérica", las que hablaban en español o en portugués, es decir, las de lengua "hispanica".

Nos concretaremos a éstas, a las de lengua hispanica, y entre ellas a las que, en la América subtropical, formaron lo que se llamó *Virreinato Español del Río de la Plata*, materia cósmica, llamémosla así, de cuatro Repúblicas: la "Argentina", o gran núcleo central, entre los An-

LA REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

des y la cuenca de los grandes ríos, con su salida al Atlántico por el de la Plata; el "Paraguay", mediterráneo, sin contacto con los océanos, en el extremo septentrional del Este; "Bolivia", en el septentrional del Oeste, ya sobre el Océano Pacífico; la "*República Oriental del Uruguay*", por fin, la que ahora nos ocupa, en el extremo meridional del Oriente, sobre el Atlántico y el Plata, separada por éste del resto del continente andino, parte integrante, orográficamente, de la formación geológica del Brasil, en el Atlántico.

Todas cuatro, las repúblicas platenses, han celebrado, como efeméride común, la emancipación de la metrópoli española, el suceso que tiene su cifra gloriosa más representativa en el 25 de mayo de 1810; pero los estados de los dos extremos, el septentrional del Pacífico y el oriental del Atlántico, Bolivia y Uruguay, celebran, con el centenario de 1825, el de su efeméride particular, y no sin mucha causa y muy gloriosa, por cierto.

Bolivia se desprende "como un todo", de los virreinos de que formó parte, después del último combate con el español en el Pacífico, el de "Ayacucho". Las fuerzas o leyes que determinaron su separación de sus otros hermanos emancipados son profundas; pero no lo son me-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

nos, sino más, si cabe, las que presiden la de la región oriental del Uruguay y el Plata. Dos notas fundamentales reclaman a este respecto nuestra atención: la de ser el territorio del Uruguay el solo trozo de los dominios españoles situado sobre el Atlántico, separado del gran núcleo central argentino por la cuenca de los grandes ríos, Uruguay, Paraná y Paraguay, que convergen en el Plata, y el de ser el único en que se concentra, no sólo la pugna entre las colonias y las metrópolis ibéricas, sino la histórica y secular de éstas entre sí: la de España y Portugal, que se disputan sus lotes respectivos en esta América del Sur, sin perjuicio, por supuesto, de su alianza natural contra los pueblos todos americanos, cuando éstos quieren emanciparse.

Es, pues, el Uruguay, el único encargado de la misión de contener a Portugal, y conservar para la familia española, para la lengua española, las dos márgenes de Plata; toda la embocadura del grande estuario. Es ese su mayor rasgo diferencial, acaso: el que más le imprime carácter, y hace de él "un todo". Así se explica cómo su independencia queda determinada, en 1825, cuando se desprende de la familia portuguesa, que con injusta violencia se la incorporó, y cuando se reincorpora a la española, de la que nunca quiso separarse. Y cómo es esta reincorporación la

LA REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

natural forma de obtener y declarar la propia independencia.

III

El Virreinato español del Río de la Plata se extendía, como hemos dicho, entre los Andes y la cuenca de los grandes ríos que, dividiendo en dos, de Norte a Sur, el Continente, desembocan en ese Plata, el grande estuario; no llegaba al Atlántico, puede decirse; terminaba en la margen derecha de los ríos y el estuario; Buenos Aires, su sede virreinal, estaba sobre esa margen; era el gran puerto. Por eso sus habitantes fueron llamados *porteños*, los del puerto por antonomasia.

Pero frente a Buenos Aires, Río de la Plata por medio, estaba Montevideo, núcleo de ese pedazo de territorio que se extiende entre el Plata y el Atlántico, y que, si geográficamente u orográficamente, estaba soldado a los inmensos dominios portugueses del océano Atlántico, sociológicamente era parte, no propiamente de los virreinos andinos, pero sí de la familia española extendida a ambos lados de la cordillera de los Andes; hermano de Buenos Aires, de Santiago

ZORRILLA DE SAN MARTIN

de Chile, de Lima; capital de un territorio lleno de carácter y con destino propio.

Fué esa una manzana de discordia entre las coronas de España y Portugal. Portugal quería ese territorio para sí; "su grande Imperio americano" había de tener por límite el Uruguay y el Plata; por puerto meridional Montevideo, con su hermosa bahía, con su *cerro*, última vértebra, quizá de la osamentación geológica del Brasil. Pero los habitantes de esa tierra privilegiada, los que han de llamarse siempre "orientales" y hablar en español, éstos no querían ser portugueses, sino castellanos, conservar para la familia, para todos los hermanos de habla española, las dos márgenes del grande estuario del Sur.

He ahí cómo y por qué la región central argentina, con su núcleo en Buenos Aires, hubo de luchar con la Corona española, y cómo y por qué la oriental, la del extremo Atlántico, sin perjuicio de unirse a todos sus hermanos en ese esfuerzo, hubo de hacerlo especialmente contra la portuguesa, y hacer de esa pugna su rasgo diferencial, y formar en ella su persona, "su todo", que dice Emerson. *É indentificar su permanencia en la familia española con la propia personalidad independiente.*

LA REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

IV

Símbolos personales de las leyes sustentadoras de los pueblos, son los héroes que estos construyen de su propia substancia. Son, por ende, entidades reales substanciales. Los contruídos así por el Uruguay, "Artigas", y el grupo de los "Treinta y Tres" acaudillados por Lavalleja, son eso. El primero, sacado a luz de en medio de tinieblas históricas ya disipadas, es hoy la figura orbital de ese Estado Oriental; pero es también el símbolo por excelencia de la fraternidad de los pueblos de América en el esfuerzo común democrático por su emancipación de las metrópolis, tanto de la española como de la portuguesa. El grupo homérico de los "Treinta y Tres", tan nítido y tan querido de todos los americanos, representa el *esfuerzo particular* de los orientales por recoger, "continuando el primer período de la regeneración política de todos", su parte en el acervo común, su propia independencia, que, como hemos visto, se identifica con su permanencia en la familia española, con la del Río de la Plata, en primer término, Argentina, Bolivia, Paraguay. Las dos grandes fechas, 1810 y 1825, representan la misma gloria para el Uruguay, si bien es la segunda, el 25 de agosto de 1825, la que en definitiva la consagra.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Entre esas dos cifras, en esos quince años, de 1810 a 1825, entre las "*Piedras y Ayacucho*", se realiza en la América del Sur el épico drama de la emancipación de la madre española, desarrollado sobre todo en el norte de la Argentina y en el Pacífico, desde Buenos Aires y Santiago de Chile hasta Colombia. Esa magnífica empresa, toda de todos los americanos, es un asalto, desde los dos extremos, al núcleo central, "*primum vivens y ultimum moriens*", como el corazón en el hombre, de la fuerte metrópoli española: el Perú, Lima, la ciudad de los reyes; el Callao, su baluarte y fortaleza. Hacia allá convergen todos, desde 1810: los que vienen del Norte y los que van del Sur, al través de las llanuras impasibles y de las montañas torvas. Es una magnífica epopeya, no cabe duda. No la hay, que yo sepa, más digna del recuerdo y del canto perdurables. Los nombres protagonistas de San Martín y de Bolívar lo dicen todo. Y es eso lo que termina en "*Ayacucho*", el último combate, al finalizar el año 1824.

V

Pero raya el de 1825. Mientras esa lucha está empeñada en el Norte argentino y en el Pacífico, otra más oscura, pero convergente y no menos

LA REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

heroica, lo está en el Atlántico, en el trozo de territorio entre el Plata y el océano, que es hoy “el patrimonio de los orientales”, y que pudo no serlo de los hispanoamericanos. Los hombres que parten de Buenos Aires hacia la montaña andina para expugnar el baluarte del rey español con su sede en Lima, han dejado a su espalda al rey portugués que la tiene en Río de Janeiro, y que ha ido avanzando hacia el Plata, con recursos poderosos, tanto o más poderosos que los de España, y buscando su conjunción con ésta, su aliada natural. Con ella ha de partir el botín de las colonias. Esas dos coronas reales son una misma cosa, si bien se mira. La hermana del rey de España es reina consorte de Portugal.

Fácil es comprender lo que significa, para los que luchan en el Norte con España, para toda nuestra empresa emancipadora, el detener en el Sur a ese rey portugués. Y, una vez eso comprendido, una vez alumbradas con lámparas las entrañas de esta historia, el nombre de Artigas, el héroe del Uruguay, entra en su luz.

Él fué quien acaudilló y llevó a término, con el pueblo oriental, esa obra complementaria de la de San Martín y de Bolívar sus hermanos, sus pares; fué él quien, con su pueblo, sostuvo, desde el principio, las luchas con las coronas de España

ZORRILLA DE SAN MARTIN

y Portugal, unido a sus hermanos de allende el Plata unas veces, separado otras de ellos en la acción, pero siempre unido en el espíritu y en el propósito final: conservación de ambas márgenes del estuario para las naciones de lengua española que se forjaban en aquella fragua llena de obscuridades caóticas y de núcleos cósmicos. En esa lucha, Artigas vence a España unido a sus hermanos de allende el Plata, y, con éstos, toma posesión de su ciudad natal, Montevideo; pero para conservarla, ha de luchar sin éstos, completamente solo, segregado políticamente de aquéllos, aunque no sociológicamente del conjunto de pueblos libres americanos de que aquéllos forman parte a su vez.

Así hubo de quedar cuando los hermanos de allende el Plata se fueron hacia los Andes a unirse a los del Pacífico, y concentrar hacia allá todas sus fuerzas. Para eso y por eso, para concentrar el esfuerzo total, continental, en el Norte, tramontando la cordillera remota, los pueblos platenses hubieron de abandonar a Artigas, dejando confiada a él, a sus orientales, a su heroísmo, la misión, casi irrealizable, al parecer, de conservar, para sí mismos, y para la familia de hermanos españoles, la codiciada región entre el Plata y el Atlántico. Con el desempeño de esa

LA REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

misión cobra este Estado su definitiva cohesión y su carácter. Y su título más claro al amor de América.

Artigas se queda solo, formando la primera "República Oriental", como fué llamado uno de sus buques corsarios, armado para resistir la invasión de Portugal. Este ha caído sobre su tierra, juzgada presa fácil dada la ausencia de sus hermanos. Los ejércitos del rey portugués se apoderan de Montevideo, efectivamente; penetran en la plaza abandonada, casi en el mismo día en que los que se han ido hacia los Andes, unidos a sus compañeros los chilenos, que los esperan del otro lado, penetran en Santiago de Chile, después de vencer en "Chacabuco". Pero Artigas, unido a aquéllos en espíritu, a argentinos, chilenos y peruanos; unido, con toda su alma a San Martín, su hermano predilecto, guarda su propia tierra, para sí y para todos, y la sella y confirma con la resistencia heroica, y con la inmolación propia y de su pueblo. Mientras aquéllos, todos los andinos, conglomerados en haz glorioso, van hacia la victoria, que los recibe en "Chacabuco" (1817) y los confirma en "Ayacucho" (1824), éstos, los orientales de Artigas, solos contra el portugués, luchan y caen desangrados, rendidos de fatiga, con su caudillo,

ZORRILLA DE SAN MARTIN

como no podía menos; dan la vida por la vida, el todo por el todo.

La primera "República Oriental" o "Provincia Oriental" parece no existir en ese momento; pero existió para siempre. Es un muerto, al parecer; pero ¿acaso es lo mismo ser un muerto que no ser?

VI

Cuando se afirma, y así suele hacerse, que el año 1824, el feliz de "Ayacucho", es el año terminal de la dominación española, no se recuerda ese muerto aparente; no se dice toda la verdad. Lo es en el Pacífico, no cabe duda, donde la aparición de la República de Bolivia, desprendida, tras aquel gran combate, de los virreinos andinos, es, efectivamente, la última manifestación de las nuevas vidas que saltan del conglomerado español, hecho pedazos por falta de cohesión orgánica. Pero ese trozo del Continente entre el Plata y el Atlántico, con su plaza fuerte española en Montevideo, de que se ha adueñado el rey de Portugal para su hijo el emperador del Brasil, ese trozo también es parte de aquel conglomerado. Mientras no se restituya a él arrancándose de las manos del usurpador que rechaza; mientras el Río de la Plata no corra, en ambas már-

LA REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

genes, por tierras de lengua española, como corrió durante la colonia, no puede decirse que el patrimonio de España esté todo en manos de sus hijos vivos.

Este año de 1825, en que esa Provincia o Estado Oriental, realiza, como el de Bolivia, su obra propia, reincorporándose a la gran familia, al par que declarando su propia vida, es, pues, el que cierra el ciclo de la independencia continental.

Es ese espíritu el que mueve a los orientales, no bien llega a su noticia el triunfo de Ayacucho; es el que los lleva a ocupar su puesto entre los vencedores de que ellos forman parte. Llamán a éstos en su auxilio, a todos los hermanos vencedores; a los de San Martín, a los de Bolívar, a los chilenos de O'Higgins, a los colombianos de Sucre, a los Estados occidentales del Uruguay y el Plata y sobre todo, Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, que por su unidad geográfica natural han de conglomerarse en la gran familia argentina. Los orientales quieren reincorporarse a todos ellos, como Chile, como Colombia, como Buenos Aires; juzgan, y juzgan bien, que esa reincorporación "es su derecho"; que no sólo no es incompatible con la propia independencia, sino que es su sola y verdadera forma.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Y eso es lo que van a decir en su *Declaratoria de la Florida*: proclamar la ley de la América española: todos para todos. La ley del pasado y la del porvenir.

Pero si bien esperan esa unión, que ha sido y es la fuerza de todos y cada uno, no aguardan a que el auxilio llegue, para arrojarle a la empresa; se lanzan solos a ella, con impaciencia febril y sin pérdida de momento; se aventuran solos, seguros de arrastrar tras de sí, como el núcleo del cometa arrastra su cauda luminosa, toda la estirpe de que son y quieren ser miembros, y a cuya libertad han contribuído como el que más.

VII

Eso es el grupo de "Treinta y Tres" hombres, acaudillados por Lavalleja, capitán de Artigas, que desembarca en la "Agraciada", costa del río Uruguay, el 19 de abril de 1825. Y eso la Declaratoria de la Asamblea que, reunida el 25 de Agosto del mismo año, en la Florida, proclama los dos extremos del pensamiento: la propia vida dentro de la vida continental, de la platense sobre todo. Declara rotos y disueltos todos los vínculos que la atan al rey de Portugal, y que el mismo pueblo brasileño, que no es enemigo, por cierto, del oriental, romperá más tarde; la Nación se

LA REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

proclama libre e independiente de ese rey, del emperador, su hijo, que lo sucede, y de todo poder del Universo. Y se declara, por fin, al mismo tiempo, unida a las demás Provincias o Estados del Río de la Plata, en el territorio de América del Sur, por ser libre y espontánea voluntad de los pueblos que la componen, manifestada desde el primer período de la emancipación política: es decir, miembro, como lo proclamó Artigas desde ese primer período, *no de la familia portuguesa, sino de la española, que acaba de conquistar, toda reunida en el Pacífico, su independencia total, y la particular de cada Estado, la del Oriental inclusive, en la batalla de "Ayacucho"*.

Esa memorable declaración, tanto la de sentirse "un todo", según la frase de Emerson, cuanto la de sentirse "una parte" de un todo mayor, tiene un carácter definitivo, irrevocable, que debe comentarse a la luz de la historia que la precede y la sigue. No la vemos más definitiva en ninguna de las de América, animadas todas, sin embargo, desde las primeras hasta las últimas, del mismo espíritu, que es lo que se llama la infrahistoria. Los otros estados no tuvieron necesidad de declararse incorporados los unos a los otros, porque ya lo estaban; ninguno había sido arrebatado, como el oriental, a la familia española.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Es, pues, ese momento el que ha de celebrarse, y el que se celebra como el más representativo de la República Uruguaya. Las victorias de los orientales, solos todavía durante el año 1825, *Sarandí, Rincón, Santa Teresa*, que llenan ese año clásico del Uruguay; las que, desde que comienza el año siguiente, 1826, obtienen aquéllos unidos ya desde entonces a los hermanos ultraplataenses que han acudido, como no podían menos, al llamado de la sangre; la jornada final de "Ituzaingó", hecha eficaz por la vertiginosa invasión de Rivera, el hermano de Lavalleja, a las "Misiones Orientales"; la Constitución, por fin, del nuevo estado, que es jurada por el pueblo el 18 de Julio de 1830, todo eso arranca de aquel momento, que podemos llamar, con Emerson, el momento universal, y se concentra en él.

VIII

"Primum vivere, deinde philosophare". Ante todo, vivir; después filosofar, obrar, crecer, llegar. Los estados americanos, unánimes, no han consagrado el momento en que han obrado, legislado, sino el en que "se han sentido el alma" en forma más o menos nebulosa. Que los pueblos, como los astros, aparecen así; sus cunas están envueltas en cortinajes de nubes. ¿Dónde estabas tú, dice Dios

LA REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

a Job, el formidable profeta del desierto, dónde estabas cuando Yo envolvía la tierra en sus nieblas, como se envuelve un niño en sus pañales?

Ni siquiera son los héroes personales, por venerables que sean, y pese a las fórmulas de Carlyle, quienes pueden señalar, con sus nombres, los momentos, oscuros y luminosos al par, en que aparecen los universales de los pueblos, las nebulosas espirales. "Sólo debe respetarse el magnetismo, oímos decir a Emerson, que somete las tribus y las razas a la ley de la polaridad". Y el mismo Emerson nos incita a ir en busca de ese "magnetismo"; no de las limaduras de acero. Lo son los mismos héroes, para él: sólo limaduras. ¿Quién es capaz de decir, escribe en sus ensayos, si Wáshington es un grande hombre? ¿Quién si lo es Franklin? ¿Quién si lo fué alguno de los doce, de los seis, de los tres dioses mayores de la fama? Ellos también aparecen y desaparecen ante lo eterno.

El que bien penetra en ese orden de ideas, sólo él puede comprender cómo y por qué los pueblos de América hemos consagrado, como fecha de nuestro nacimiento las de nuestras declaraciones de voluntad colectiva, por balbucientes que sean. Fácil es incurrir en confusiones, y aun en errores invencibles, sobre esos que pueden llegar a ser

ZORRILLA DE SAN MARTIN

quebrantos de amor. Y para eso existen las celebraciones, los centenarios: para substituir el análisis por la pasión, que es lo sólo que jamás se equivoca en los pueblos: el corazón, "primum vivens, ultimum moriens". ¿Cuál es el pueblo, así sea el más histórico de la tierra, que conoce bien su propia historia, lo que se llama conocerla? ¿Y cuál el que no conoce, el que no percibe o siente la propia vida? Esta no es una narración, ni una comprobación o razonamiento, sino otra cosa, otra función superior a nuestras pobres faenas del pensamiento, función a la que Maeterlink llama "nuestra alma divina", y que existe en los pueblos, y es forma substancial de su cuerpo visible.

Una obra, dice de Sanctis, tiene su intención en sí misma, y poco importa cuál haya sido la intención del autor.

La verdad es que no tenemos gran influencia sobre nuestro "yo".

¿Qué he hecho yo hoy de inmortal? Acaso el haber dejado en otro corazón una certeza que no tengo en el mío. He ganado mi día.

Esa *declaratoria de la Florida*, que el Uruguay consagra y celebra jubiloso con todos sus hermanos, ésa del año 1825, es más clara quizá, más precisa, que las anteriores de los demás estados

LA REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

de América, el mismo Uruguay de 1810 entre ellos, que se dicen independientes, y con razón, pese a sus protestas de fidelidad al rey de España; pero es más clara sólo porque es posterior a aquéllas; porque, gracias a ellas, el "yo" de las profundidades ha salido más a la superficie; el sol está más cerca del Meridiano.

Ni aun por eso, sin embargo, ha de tomarse el texto de la *Declaratoria de la Florida* como la sola fuente o base del dogma nacional. Los mismos cristianos no toman la letra del Evangelio como la sola fuente de la fe religiosa. El Evangelio escrito ha de integrarse con la tradición, con la vida misma del espíritu que anima el cristianismo. El patriotismo no es un análisis, sino una fe. Y ésta se cultiva no tanto razonando, sino amando, amando sobre todo, reverenciando la intención de la obra, más aun que la de su autor, aun concediendo que el autor es el pueblo mismo. Sobre la intención del conjunto está la de las fuerzas que mueven el Universo con cadencia y número.

No hay que mirar con ojeriza el instinto local o regional que movió estos pueblos de América. Se ha visto en él sólo un elemento de disgregación, sin advertir que lo fué, ante todo y sobre todo, de acción. Como la tierra, que, girando sobre su propio eje, se mueve al mismo tiempo en torno del

ZORRILLA DE SAN MARTIN

sol, estos pueblos se conglomeraron, gracias a su propio movimiento inmanente o cósmico: la conciencia de sentirse un todo, una persona.

La fecha del Uruguay, el 25 de Agosto, puede y debe ser celebrado como propia, no sólo por la República Oriental, sino por todas las de la América del Sur, de origen español; como la verdadera nota final de su emancipación gloriosa. El esfuerzo de los orientales significa, no sólo la propia aparición entre los estados soberanos, sino el último esfuerzo heroico de este mundo hispanoamericano. Por ese esfuerzo, la gran familia, cada día más unida en el pasado y en el porvenir, se extiende hoy, en la América del Sur, desde Paraná hasta el Río de la Plata, *hasta sus dos márgenes*. Esa República Oriental del Uruguay, cuyo padre Artigas hablaba la misma lengua y sentía el mismo dinamismo heroico que San Martín, Belgrano, Bolívar, O'Higgins y Sucre; ésa, en cuyos "Treinta y Tres" parecen agruparse y reconocerse y abrazarse todos los soldados conocidos y todos los desconocidos de la epopeya continental, es la hermana que, llegada la última a la familia, quisiera ser la primera en el amor de todos. Su centenario cierra los centenarios que van pasando,

LA REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

que vamos dejando atrás. Comenzaremos juntos las centurias nuevas, y juntos reforzaremos nuestra fe en los destinos de nuestra estirpe, abierta en todas las direcciones.

Monumento a Dorrego

MONUMENTO A DORREGO

DISCURSO PRONUNCIADO AL INAUGURARSE EN BUENOS AIRES 24 de Julio de 1926

Señor Presidente de la Nación:

Señores:

Estoy aquí porque el Presidente de la República Oriental del Uruguay, mi patria bien querida, al recibir una amable invitación de vuestra Comisión Nacional encargada de ejecutar y erigir ese bello y fuerte monumento, ha dicho, en un decreto elocuente, que esa invitación debía ser aceptada "para que, en el momento solemne en que el pueblo argentino consagra la figura de uno de sus próceres, se testimonie, en forma expresiva (así lo dice el decreto), el sentimiento nacional uruguayo, que vibra, con viva simpatía, ante el legítimo regocijo de la nación hermana y amiga."

A eso, pues, hemos venido, señores, a través de nuestro "paterno río", los dos ciudada-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

nos orientales, amigos vuestros, que al decir del Presidente Serrato, buen amigo también, por cierto, y gran ciudadano nuestro, ha querido elegir para tan grata misión: a aprovechar esta nueva y propicia coyuntura de daros testimonio expresivo de nuestro afecto fraternal; a alegrarnos con vuestra alegría, en el momento en que, en cumplimiento de una ley de la nación, dáis bronce a la memoria de uno de vuestros héroes...

Me detengo en esa palabra, señores, en ese pronombre posesivo "vuestro", como diría un gramático, porque, al advertir que él disuena un tanto en mi propio oído, me doy cuenta de cómo y por qué me siento movido de una gran sinceridad o pureza de intención cuando obedezco al decreto que me encarga de deciros algunas palabras expresivas, y de cómo y por qué tengo la esperanza, casi la certeza, de producir la reciprocidad en el buen afecto de que soy intérprete. Yo siento, efectivamente, que, así como os he dicho "vuestro prócer", pudiera y hasta debiera decir, sin violencia alguna, por razones y causas muy profundas, "nuestro héroe", "nuestro prócer", al hablar de ese bravo y bueno de Dorrego, cuya estatua se levanta ahí.

MONUMENTO A DORREGO

Lo es, no cabe duda, señores, para quien toma alguna distancia, y evita que "los árboles le oculten el bosque" cuando estudia la historia; lo es ese heroico soldado de Suipacha y de Salta y Tucumán, compañero de Belgrano, gobernador de Buenos Aires, a quien a justo título incorporáis a la venerable procesión de caballeros de hierro que custodia vuestros grandes recuerdos nacionales. Su historia, que no he de repetir, pues acabamos de oirla de bocas autorizadas y elocuentes, es nuestra común historia, la rioplatense; los nombres, las cifras, las fechas que vienen de recordarse con el nombre de Dorrego tienen la misma resonancia en vuestras cabezas, en vuestros oídos y en los nuestros; la misma en nuestros corazones y los vuestros; nada de eso nos es extraño a ninguno de nosotros; todo nos vincula; aún las mismas controversias, tan naturales, tan humanas, engendradas por las oscuridades, los extravíos, las vacilaciones del camino envuelto en nieblas de nuestro nacer tempestuoso, de nuestro desprendimiento de la misma madre antigua, que persiste, sin embargo, en esta lengua española en que os estoy hablando, con un acento que bien reconocéis, y que no podéis confundir porque es el vuestro.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Escrito está también todo eso, no sólo en los libros, pero en nuestros propios huesos si me permitís la expresión: en las tradiciones de familia, en las nomenclaturas geográficas, en las calles de nuestras ciudades... Ahí tenéis grabado, por ejemplo, en el eje de la vuestra, de esta magnífica Buenos Aires, el nombre orbital de Mayo, **Avenida de Mayo**, como el núcleo de su nomenclatura; el mismo está escrito en nuestro Montevideo, en el antiguo, en el clásico, como centro de los recuerdos: **25 de Mayo**. En torno de esta cifra, como un sistema planetario giran, aquí y allá, los mismos nombres luminosos, los vuestros allá, los nuestros acá. Y, como los astros, resplandecen los nombres nuevos, aquéllos cuya luz tardó más en llegar o en romper la niebla, al lado de los viejos, de los primeros aparecidos, y se incorporan a la armonía de nuestro hemisferio sideral. Al nombre de San Martín que hemos dado en Montevideo a una de sus mejores avenidas, habéis vosotros contestado con el de nuestro Artigas, que los orientales leemos aquí conmovidos en nuestras entrañas; lo leemos agradecidos, como una prenda vindicadora y generosa de vuestra fraternal amistad.

MONUMENTO A DORREGO

Es la historia que va escribiendo el tiempo, señores, el viejo tiempo vivo, de barba blanca, que sabe más que nosotros; más que los hombres, y aun más que las generaciones y los papeles muertos. Y lo sabe precisamente por eso: por que es más viejo; más reposado y juicioso por consiguiente... ¡y también más bueno!

Esa estatua de Dorrego que inauguramos es también obra suya, señores, del magnánimo Tiempo, cuyas manos, fuertes y seguras, son las solas forjadoras de inmortales. En torno de esos bronces giran con cadencia y número las luces de nuestra historia. Veo girar, en primer término, las de la que, comenzada en ese año 1810, la cifra que hemos escrito juntos, y en que Dorrego ya aparece como capitán, en Chile, nuestro hermano trasandino, termina en 1824, en **Ayacucho**, en el último gran combate de la epopeya de los Andes, del Pacífico, cuyo evidente protagonista es San Martín, como sabemos, el confidente de la montaña, que habló con él como con un hermano, y que le dijo su secreto y que le dió su estatura, su tamaño.

El tiene allá, en las primeras estribaciones de esa cordillera andina, en el Cerro de la Gloria de Mendoza, su más bello monumento de piedra y bronce, conmovedor, resonante... ¿Me perdona-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

réis, señores, si recuerdo de paso, con alegría, porque dice a mi propósito, que fué un artista oriental, precisamente, un hermano mío cuya inspiración seguí y compartí personalmente, quien sintió con esa intensidad del entusiasmo, del dios interior, la figura monumental y la epopeya de San Martín?

En esta veo también envuelto a Dorrego, cuya historia hemos oído; en ese flujo y reflujo de la llanura platense que asalta la montaña, y choca en ella, y retrocede entre torbellinos, y vuelve a escalarla entre gritos de victoria. Dorrego es el capitán de Suipacha, el compañero de Belgrano, el centinela estoico de las reservas de Tucumán, el jinete descollante de Salta, el herido mortalmente en Nazareno.

Pero si él es **nuestro** en esa empresa que comienza en 1810, en Suipacha, y termina en 1824, en **Ayacucho**, lo es más, si cabe, más nuestro, en la de después: en la que, comenzada en 1825 con Rincón y Sarandí, ha de terminar en Ituzaingó, verdadero término de la epopeya americana. Es en ella donde he de detenerme, señores, si he de deciros las más expresivas de mis palabras, satisfaciendo el deseo de mi presidente Serrato, y el más imperioso de mi propio corazón. Lo haré

MONUMENTO A DORREGO

para recordaros, pues lo sabéis a ciencia cierta, cómo Ayacucho, con toda su gloria y eficacia, no fué, sin embargo, el término de la epopeya hispanoamericana; no fué el último esplendor de nuestra gloria continental, que había de brillar en esta región rioplatense en que brilló el primero.

Tomemos altura, señores, y recordemos lo que todos sabemos: que estos pueblos platenses, desde el alto Perú, que hoy es Bolivia, nuestra hermana, hasta el Atlántico subtropical, comprendida esa región oriental del Plata y del Uruguay, que hoy es mi tierra, la buena tierra cuyo mensaje os traigo, formaban una parte de la gran familia o nación conglomerada en América por la lengua española; recordemos que la lucha de emancipación comenzada el 25 de Mayo de 1810, no fué empeñada por esa gran familia contra otro pueblo o nación enemigos propiamente, sino contra un señor o dueño, sin títulos para serlo de estas sociedades; contra un monarca, dinastía o vieja autoridad remota, caducada por el simple hecho de nacer un pueblo nuevo, un organismo vivo, apto para todas las funciones vitales, las de relación con sus semejantes inclusive; advirtamos, por fin, que, para romper sus ligaduras, esta nación rioplatense

ZORRILLA DE SAN MARTIN

hubo de luchar con aquel dueño o señor, que se llamaba el rey; pero que éste no era sólo para ella el español, cuyo gran baluarte estaba en Lima, allá en el norte occidental, detrás de los Andes, sobre el Pacífico, sino también el portugués, su hermano y condómino, que lo tenía allá en el norte oriental, en Río de Janeiro, sobre el Atlántico, y que formaba con él una sola entidad animada de una misma ambición, e invocaba el mismo título para compartir con él el dominio de estos pueblos. El uno, bajando de las nieves andinas, y cruzando la llanura; descendiendo el otro del trópico, y atravesando el mar o las tierras atlánticas, ambos debían converger en el Plata, encontrarse aquí, en esta ciudad de Buenos Aires, cuna gloriosa de la revolución, para extirpar aquí su espíritu, y restablecer el condominio de ambos dueños.

Fué toda la nación rioplatense, con su núcleo aquí, en Buenos Aires, la que detuvo heroicamente la irrupción vengadora del norte occidental, y expugnó pujante, desde el sur, el primer bastión, el español del Pacífico, derrumbado por fin en Ayacucho; pero, por la fuerza de las cosas, hubo de ser uno de los hermanos, el separado de la familia por la cuenca del Plata y del Uruguay, quien, mientras todos contenían y repelían la

MONUMENTO A DORREGO

irrupción de la montaña sobre la llanura, sobre la pampa, sobre Buenos Aires, por fin, hubo de contener la convergente del Atlántico, sobre su costa meridional, sobre la disputada ciudad de Montevideo, y conservar, para toda la familia de lengua española, aquel trozo privilegiado de su herencia: la *Banda Oriental* del Uruguay y el Plata.

Tal fué, señores, la misión primordial y privativa de nuestro grande Artigas, cuya estatua fuisteis a erigir, no hace mucho tiempo, con los orientales en Montevideo, dejándonos palabras que yo en vano quisiera retribuir ahora con las más expresivas que encuentre en mí, al erigir con vosotros la de Dorrego. Artigas fué también vuestro, señores; él es el exponente de la fraternidad de estos pueblos; él guardó la retaguardia de San Martín, cuyas banderas seguía con toda el alma, y consideraba tan propias como la que él mismo levantaba para congregar al pueblo, y sostenerlo en la desesperada resistencia heroica; él, gracias a esto, a su bandera tricolor fortísima, conservó para todos nosotros, para toda la familia hispanoamericana, la frontera del Atlántico, con todo su grande estuario, con sus dos márgenes hermanas.

Pero hubo de hacerlo, señores, trazando esa frontera con un foso de sangre de su pueblo, in-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

molado a la causa común. Ese hermano del Atlántico no tuvo su Ayacucho en la primera empresa, como los heroicos del Pacífico; cayó sobre el escudo, extenuado, exangüe. Y cuando el pendón real, el del rey español, era arriado para siempre desde Buenos Aires hasta las Antillas, el del rey portugués, su hermano, su condómino flotaba triunfante en las murallas de Montevideo; era dueño, en el Atlántico, de la margen oriental del Plata, que siempre soñó como frontera de sus dominios americanos.

¿Quién hubiera podido decir entonces, señores, que la empresa total, nuestra empresa, la que juntos comenzamos el 25 de Mayo, estaba consumada en Ayacucho, mientras esa vuestra hermana transplatina, identificando su vida con su permanencia en la familia hispanoamericana, se lanzaba a arriar aquel pabellón extraño, e, invocando las glorias que juntos recogimos, la sangre común, la espiritual sobre todo que es la lengua, reclamaba de sus hermanos, de los trasplatenses especialmente, el mismo apoyo que había sido prestado a Chile, al Perú, a toda América, y que fué la ley y la fuerza de su emancipación?

Nadie pudo decirlo ni lo dijo; nadie lo pensó... Estamos, señores, en el momento más conmovedor de nuestra común historia; en la hora

MONUMENTO A DORREGO

aquella meridiana del año 1825, llena de sol, en que estos pueblos occidentales del Uruguay y el Plata acuden unánimes al grito de la hermana oriental cautiva. El estremecimiento que entonces recorrió los nervios de este pueblo recorre en este momento los míos, y pone en mi boca las palabras fraternales que para vosotros traigo. Yo creo oír los clamores de la multitud con que todo el pueblo argentino, desde Buenos Aires a los Andes, reclama su puesto al lado de los combatientes de Sarandí; pero entre todos esos clamores, es la voz de Dorrego, de ese Dorrego precisamente, la que llega más penetrante a mis oídos, como si brotara del pecho de bronce de esa estatua que, fuerte y sonora, dejamos para siempre aquí. **“Es preciso, clamaba el soldado tribuno, es preciso que el 25 de Mayo de 1826 se cante el himno nacional en las murallas de Montevideo”.**

Ese grito de Dorrego, señores, podía tener entonces, escuchado de cerca, un sentido político: el que lo hace proclamar, en el pedestal de esa estatua, como el promotor, el paladín, y el mártir del federalismo interno argentino; pero, oído a la distancia en que nos hemos colocado, él es el eco de una federación o conglomeración más amplia que la de una forma interna de gobierno; lo es de la unidad sociológica de la nación hispano-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

americana de que hemos hablado ; lo es, no sólo del noble vínculo que os une a vosotros entre vosotros mismos, sino del que os vincula conmigo, y a mí con vosotros, de lo que yo ahora represento, de esto que estáis sintiendo al oír la voz de un oriental como si saliera de vuestro propio corazón.

Esa idea, esa palabra mejor dicho, "federación", era entonces una nebulosa, aun para nuestros estadistas. ¡ Si lo era, señores, aun para los de la gran república del norte, la primogénita, la angloamericana, nuestra hermana y modelo !

No sería justo exigir de nuestros hermanos de entonces, para juzgarlos, ni aun de los mejor inspirados y clarividentes, una visión perfectamente nítida y precisa de nuestra estructura política definitiva. Ese joven Dorrego, que muere a los cuarenta años, tras una vida agitada, vertiginosa, turbulenta, no podía tener la serenidad estoica, la madurez de juicio, la seguridad de doctrina, la consecuencia científica consigo mismo, de los grandes pensadores.

Él dió a la patria todo cuanto podía serle exigido ; era un patriota y un soldado ; como los peces del mar en el agua dulce, Dorrego se ahogaba en las calmas del raciocinio ; vivía en la acción y por la acción ; fué el enamorado de la luz de

MONUMENTO A DORREGO

una remota estrella; de su luz, no de su intrínseca composición que no podía analizar.

Pero si esa idea, "federación", como forma interna de gobierno, era, según decimos, una nebulosa, ella tenía el carácter de estrella fija, polar, inconfundible, como ley de nuestra emancipación continental, de solidaridad fraterna entre las diversas hijas de la madre común española, entre las hermanas del Plata sobre todo.

Es la luz de esa estrella, señores, la que vió Dorrego en la conductora y guía del puñado de orientales que, en 1825, después de Ayacucho, cruza el paterno río, desembarca en la Agraciada, y triunfa en Rincón y Sarandí.

Esos hombres son los continuadores de la acción de Artigas; van a integrar, ante todo, la gran familia hispanoamericana, en la que aquél, el más apasionado amigo de San Martín, vió siempre y proclamó una sola nación, una sola nebulosa espiral. Su pabellón vió siempre un enemigo "en todo aquel que lo fuera de cualquier Estado americano".

No es el caso de detenernos a recordar los varios episodios de esa nuestra leyenda heroica, que conocéis y amáis como cosa vuestra, y sí lo es. Pero tomo de ella un detalle que ilumina mi pensamiento. Esa cruzada era el anhelo de todos, de

ZORRILLA DE SAN MARTIN

los orientales en primer término, por supuesto; pero también de los occidentales del Uruguay. Entre los orientales está Rivera, nuestro amable Rivera, que, al mando de fuerzas enemigas, espera su hora en nuestra tierra. Él también anhela que el himno nacional se cante pronto en las murallas de Montevideo; y, cuando llega a su noticia, la del desembarque del grupo de sus compatriotas que acaudillados por nuestro Juan Antonio Lavalleja, inicia la jornada audaz, él escribe a un amigo, Félix Olivera, una carta que poseemos. "Han desembarcado, le dice, cincuenta o sesenta hombres, la mayor parte oficiales, *con Dorrego y Lavalleja a la cabeza*".

¡Dorrego! Nó, no estaba allí Dorrego; era sólo Lavalleja quien encabezaba aquel grupo... No eran tampoco sesenta hombres; *eran Treinta y Tres*. Pero si la noticia no era del todo exacta, podía serlo; no era del todo imposible, como lo véis, para Rivera, no era inverosímil que fuese Dorrego quien acaudillara a los cruzados orientales de 1825.

Otro recuerdo sugerente, lleno de interés actual, se ofrece a mi memoria, señores; otro recuerdo que tocaré de paso. Es el de la asamblea que, en Buenos Aires, en 1826, realiza la elección del primer presidente de la República Argen-

MONUMENTO A DORREGO

tina creada por Rivadavia. Es este gran ciudadano el elegido, como sabemos, y como era natural; pero me llama la atención un voto discrepante, iba a decir extravagante: el de Manuel Moreno, el hermano de Mariano, "numen de la revolución", que fué llamado. Manuel Moreno vota entonces, para presidente de la república de Rivadavia, no por Rivadavia, sino por Juan Antonio Lavalleja, el oriental que había vencido en Sarandí...

¡Dorrego jefe de los Treinta y Tres! El verdadero jefe, el oriental Lavalleja, presidente de la primer República Argentina de Rivadavia!

Eso no fué verdad, como sabéis, señores... pero no era del todo inverosímil, desde que cabía en la mente de Moreno y de Rivera, cuando menos. Y esas verosimilitudes, señores... esas verosimilitudes suelen revelar o sugerir, muchas veces, las más hondas verdades de la historia, las de su espíritu, las de la infrahistoria como ha solido llamársela.

Las de la nuestra, la que yo ahora interpreto, cobra en esos detalles relieves muy visibles. No veía del todo claro Manuel Moreno si veía aquí en el Plata un solo Estado político; pero no se equivocaba si veía una sola nación.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Ningún sociólogo compartirá el error, que a algunos ha extraviado, de confundir la idea de nación con la de estado; ninguno juzgará incompatible la existencia de dos o más estados soberanos dentro de la misma nación, como no lo es la de dos hermanos dentro del mismo materno claustro, o la de dos sistemas planetarios dentro de la misma nebulosa espiral. Todos, en cambio, estarán conformes en ver, en esa unidad sociológica, obra de la naturaleza, ley constructora de vida, lo mismo en los hombres que en los pueblos o en los astros, algo más profundo y permanente que unidades políticas, obra de los hombres.

El himno a la primera, a la nación, era el que Dorrego quería oír entonado en las murallas de Montevideo: el himno a la raza, a la stirpe. Son esos los cantos que, como las estatuas viven en sí mismos. Yo sentí el nuestro, y lo dije en forma rítmica, balbuciente, cuando empecé a aprender esta historia de que os hablo, no en los libros y papeles, sino en las nomenclaturas y en el viento, en las tradiciones paternas, de boca de los viejos; lo dije en una rapsodia primitiva, que algo de verdad ha de tener en su débil estructura, sin embargo; algo de sincero entusiasmo comunicativo, porque perdura en su ingenuidad; que de algo sirve todavía, después de cincuenta años,

MONUMENTO A DORREGO

porque como yo la recogí de los viejos, hoy, viejo yo, la recogen de mí los niños, y la cantan en sus casas y en sus escuelas, llenándose de la alegría de haber vivido.

Y ella no es otra cosa que lo que yo he venido a deciros, señores, junto a la estatua de Dorrego. Se llama *La Leyenda Patria*: parece de la familia de las estatuas; es hermana menor, muy débil, enfermiza... pero hermana al fin. En ella está el momento, que no podía faltar, en que ese bravo de Dorrego dice la frase que tanto he recordado; el en que los orientales, vencedores en el campo de Sarandí, ofrecen su victoria a sus hermanos, y claman por ellos, y éstos acuden.

Empapadas en luz y en armonías, dice mi juvenil rapsodia,

“Empapadas en luz y en armonías
De aquel campo divino,
Las auras nuestro Plata atravesaron,
Y del callado lábaro argentino
La coronada frente refrescaron.
Se oyó el batir de sonoras alas,
Al levantar el vuelo las memorias;
El encajar de piezas de armaduras
Mohosas, y empolvadas de victorias;
Se unieron las riberas
Del Plata libre en fraternal abrazo,

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Y cruzaron sus ondas las banderas,
Aves de gloria, cuyas alas fieras
Azotaron la faz del Chimborazo”.

.
Ese Chimborazo es ahí el símbolo de los Andes, de la cordillera, baluarte del enemigo, que todos escalamos con San Martín, para llegar al cuartel real del Pacífico; esas armaduras y banderas son las de Chacabuco y Maipú, hermanas de las de Boyacá, Carabobo y Pichincha, aves de la misma banda de alas fieras, que, una vez terminada en Ayacucho la empresa trasandina, había de volver, tenía necesariamente que volver, al través de montañas y llanuras, a terminar la de toda la nación hispano-americana, en el Atlántico, en el último bastión.

Y volvieron. Y fuimos, juntos también, para no separarnos jamás, a terminar, en Ituzaingó, la empresa continental que juntos comenzamos en 1810. Fuimos, como entonces, a luchar, no contra un pueblo, (que todos los americanos no somos más que uno solo en la madre Democracia) sino contra la misma entidad extraña con que luchamos desde el principio, contra el rey antiguo, y por el nuevo rey: el pueblo hispano-americano, dueño de sus destinos. Esa fue la bandera que triunfó en Ituzaingó, que venció por fin.

MONUMENTO A DORREGO

Allí sí que termina, señores, allí, en Ituzaingó y en las Misiones Orientales, no sólo en Ayacucho, la emancipación total de la nación hispánica en América; allí recogimos toda nuestra herencia. En ambas márgenes del Plata, de “nuestro paterno río”, como lo hemos llamado, se hablará para siempre lengua española; en español se cantará el himno en las murallas de Montevideo, como Dorrego lo quería.

Es él, precisamente, Dorrego, el soldado de Sui-pacha y de Tucumán, quien está entonces al frente de la nación platense, y quien recoge la gloria del golpe final de Rivera, el de las Misiones Orientales, que pone término y corona a la empresa total. “La victoria de las Misiones, escribe entonces Dorrego a Lavalleja, es una gloria nacional que debe servir de vínculo de fraternidad a los patriotas”.

Bien conquistada tuvo pues, su gloria, ese hombre fuerte y bueno; bien conquistada la de ser él quien nos representara, por intermedio de Guido y Balcarce, nuestros embajadores en Río de Janeiro, y quien ratificara, en nombre de la nación entera, de la región oriental inclusive, por supuesto, de la región oriental ante todo y sobre todo, la convención del 27 de agosto de 1828. En

ella se consagra, por fin, la voluntad del pueblo oriental del Plata, tan argentino o platense como el occidental, de ser uno de los hermanos de la gran nación española de América subtropical, es decir, nuestra originaria fraternidad indestruible.

¡Perdimos entonces una hermana! he oído decir alguna vez, sin embargo, a alguno de entre vosotros. Esa idea, señores, que el mismo Dorrego sintió en su espíritu, es hija, hoy sobre todo, de un sentimiento de afecto que siempre me ha conmovido, y que siempre he compartido. Pero es hija también del error de que hemos hablado... ¡Perder una hermana porque se la ve nacer e incorporarse a la familia!

Nada perdimos entonces, señores; todo lo ganamos, pues nos ganamos recíprocamente, al obedecer las leyes étnicas, sociológicas, históricas, superiores a la voluntad de los hombres, que nos trazaban nuestros armoniosos destinos, y que, lejos de ser contrarias a las afectivas, son precisamente las tutelares de su permanencia y de su imperio sobre las almas nuestras.

¿No estoy yo acaso obedeciendo a esas leyes, en este momento en que os digo mi fraternal mensaje?

¿Qué más de lo que os traigo pudiera yo traeros, señores, para glorificar con vosotros a Do-

MONUMENTO A DORREGO

rrego, si éste, vencido por el error que lo asaltó un momento, resistiendo aquellas leyes de la naturaleza, hubiera impuesto las de los hombres, por bien intencionadas que fueran ?

¿Riquezas o ventajas materiales quizá?

No las comparemos, señores, no las pongamos en parangón con el tesoro de poder glorificar juntos, como lo estamos haciendo, a ese heroico soldado de la Patria común de que todos procedemos: a ese caballero que estamos mirando estilizado, como dice el arte, es decir, despojado de todo lo que es accidental, y reducido a la realidad inmóvil de sus líneas escultóricas, nobles, serenas, definitivas.

Como las cosas que salen de la niebla cuando el sol la disipa; como las rocas que emergen del mar cuando éste baja después de la tormenta, y se despiertan las estrellas, una a una, cuando la tarde pensativa va cayendo, así salen esos hombres de bronce del fondo de la historia, y se reconcilian las estatuas, y se encienden las memorias amigas en nuestro firmamento formando constelación.

Y a la luz de esas lámparas confidentes, más aún, si cabe, que a la del sol meridiano, leemos la ley divina a la que he obedecido al deciros lo que os he dicho sencillamente, ingenuamente, re-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

pitando la vieja rapsodia que, niño, recogí de los paternos labios, y que los niños de mi tierra recogen de los míos: la leyenda de nuestra Patria.

Lo que el cielo ha unido no será separado por el hombre, señores; ni por los hombres presentes ni por los futuros.

Que el cielo, habitado por las estrellas, ratifique, una vez más, al vernos reunidos en torno de esta estatua pensativa, la divina ley de nuestra vida, que es ley de amor, no sólo entre nosotros los más próximos y parecidos, sino entre nosotros y todos los hombres de la tierra, a quienes ofrecemos nuestra buena voluntad. Que no deja de ser un símbolo el haber nosotros nacido bajo la constelación austral que traza una cruz de luz en nuestras noches, y bajo el sol de nuestras banderas que ilumina nuestros días, los pasados y los futuros, los recuerdos y los horizontes, las esperanzas... las glorias.... y los destinos...

Ariel y Calibán Americanos

ARIEL Y CALIBÁN AMERICANOS

I

Muchos son, y de distintos caracteres, sociólogos, pontífices, artistas, los que han llegado a creer, de tiempo atrás, que es en este nuevo mundo donde, si no reside ya, ha de encontrar habitación el Espíritu "renovador de la tierra".

Los poetas, que, según Platón, suelen decir cosas grandes que ellos no entienden, nos han hablado de eso, más de una vez. Víctor Hugo podría servirnos en este caso, y será bien lo leamos y adoptemos como tesis. En sus *Fragmentos de Historia*, allá en sus mejores tiempos, él fué de los primeros en advertir que el eje de la civilización parece cambiar de sitio; se muda, poco a poco, de oriente a occidente. "Estuvo ante todo en Asia, con Babilonia y Nínive, dice; en Africa, con Tebas, Menfis y Cartago; durante largo tiempo, ha sido Europa su lugar. Pero ¿no estará próximo el momento en que ese eje se traslade hacia América? ¿Será absurdo imaginar que esta

ZORRILLA DE SAN MARTIN

nuestra vieja y tradicional civilización corra en busca de tierras nuevas que la rejuvenezcan? *¿No vendrán de esas vírgenes tierras las más sabias interpretaciones de este viejo Evangelio que tiene dos mil años de edad?"*

Eso, dicho hace casi un siglo, tiene mucho de visión, que, más o menos digna de crédito, pero no indigna de respeto, está reapareciendo con insistencia en las horas del presente, después, sobre todo, de la última barbarie europea. Bien es verdad que hay quienes piensan en otro evangelio que vendría de oriente, de la India, no sé de dónde, y que sería "un injerto de la cultura asiática," dice uno; "una filosofía oriental", dice otro; en la anexión intelectual del Asia, con sus sistemas, sus religiones, sus ideales tan distintos de los nuestros, lo que vendrá a ser algo así como si un planeta vecino a nuestro planeta entablara relaciones con éste, iniciando con nosotros un diálogo sobre la razón del universo. Pero esas extravagancias no convencen a nadie; son simples ocurrencias. Revelación por revelación, convenimos en que, aun los que dicen no creer en ninguna, prefieren la otra, la cristiana, si han de creer en algo.

Hoy, un pensador europeo, uno entre muchos, después de presentar el cuadro infernal de es-

ARIEL Y CALIBAN AMERICANOS

tragos y de miserias, de odios y rencores y desalientos, que ha dejado la gran guerra en pos de sí, se da a pensar en lo que será Europa en un próximo porvenir. Compara su situación con la que siguió a la caída del Imperio romano, en la época de San Agustín, y recuerda cómo fueron necesarios mil años para que el mundo se levantara de aquel abismo.

¿Sucederá hoy otro tanto?

“Europa está arruinada, dice, y no volverá a levantarse en un período imprecisable; *pero queda felizmente América...* La civilización, que la Europa ha ultrajado, y hubiera querido asesinar, ha encontrado un asilo allende el Océano. Ese es nuestro privilegio sobre la época de los bárbaros. Entonces, la noche envolvía toda la tierra conocida; la evolución se había detenido por largos años; hoy, continúa trasladándose”.

No sé lo que hay de cierto en todo eso; me inclino a juzgar, juzgo, mejor dicho, que no lo es. Pero los americanos, sin jactancia, aunque con fé tranquila, bien podemos y hasta debemos creer en que la Providencia ha confiado a estos pueblos nuevos un privativo destino, complementario o continuación del de los viejos hijos de Roma, de que proceden. No hay pueblos hijos de Germania, que yo conozca, ni en América, ni

ZORRILLA DE SAN MARTIN

en parte alguna. No hay más alemanes que los alemanes, hermanos nuestros individualmente, pero no aptos, al parecer, para formar pueblos consanguíneos. El pueblo alemán es uno; crece, pero no se reproduce, no ha engendrado semejantes, seres de su especie, pueblos libres, de lengua alemana, términos de amor recíproco.

Si quieres mejorar a un hombre, dice Goethe, comienza por tratarle como si ya fuera lo que tú quieres que sea. Comencemos, pues, los americanos, a tratarnos a nosotros mismos como si ya fuese nuestra casa eso que el mundo espera: el asilo del mayor número posible de hombres buenos según el Evangelio. Este no es sólo una belleza, ni una filosofía o raciocinio, en que las palabras viven las unas de las otras, y mueren sin ese apoyo mutuo; es una *Verdad o Palabra Viva*: la Palabra Única que no pasará; el Verbo que habitó entre nosotros, por el cual fueron hechas todas las cosas, y sin el cual nada ha sido ni será hecho.

¿Pero qué es lo que puede haber de cierto en eso que dice el poeta sobre este nuestro mundo nuevo?

Siempre hemos juzgado un poco amanerado, la verdad sea dicha, aquello de "virgen del mun-

ARIEL Y CALIBAN AMERICANOS

do, América inocente”, que dijo el otro poeta, el español, en su famoso canto; pero acaso no iba tan fuera de camino ese grandilocuente de Quintana. Hay algo, no cabe duda, de “lo que está por venir”, en este mundo, lleno de cosas futuras. Bien pueden llegar a ser una verdad entre estos pueblos el honor y la justicia, y, sobre todo, la caridad. Y es bien yo lo crea, por más que no coincida perfectamente mi pensamiento con el del europeo que he recordado. Nó, no es que la civilización cristiana haya recibido de nosotros un asilo que la Europa le haya negado; lo que pasa es que no lo han hallado propicio, en este lado del Atlántico, los enemigos de esa civilización, agarrados a ella en Europa, desde los primeros siglos, y de los que la cristiandad del viejo mundo no ha logrado emanciparse del todo. Ellos no son otros que los dioses que engendran césares. Aegir, el dios de los norsos y germanos, el último rebelde, es uno de ellos; pero los hay de todas castas y pelajes, como hemos dicho; de formas demoníacas, y también angélicas: nietos de dioses; híbridas divinidades; pasiones humanas en divina forma.

Es demasiado decir eso de que la civilización haya desalojado Europa; de allí nos vino, de Roma, y allí quedará su núcleo de expansión por

ZORRILLA DE SAN MARTIN

los siglos. Lo que realmente ocurre es que el germen cristiano, como si se filtrara en el mar, llega a este continente sin muchas de las adherencias paganas que en el otro lo adulteran y desfiguran; y, así como el día parece nuevo por la mañana, nuevo llega a parecer aquí el Evangelio. Pero no hay tal novedad, tiene razón Víctor Hugo; es *el viejo*, viejo como la luz solar, el que sale en nuestro horizonte.

Los pueblos de América, concebidos en libertad democrática, hija a su vez legítima y predilecta de ese Evangelio inconsútil, predicado a los pobres, cuando los pobres casi no eran hombres, no ha conocido, efectivamente, más dios que Dios, ni más redentor que Jesucristo. Bien es verdad que hubo en este continente, en tiempos remotos, como los hubo en Islandia y en toda Europa, indígenas bárbaros, con sus dioses más o menos estrambóticos, equivalentes a Aegir, a Thor, a Fritioff y demás padres de los modernos césares o káiseres chicos y grandes; pero esos dioses, que también engendraban césares o káiseres indígenas, hombres divinos, dueños *ab ovo* de los demás hombres, no sólo no fundaron nuestra civilización, sino que no tuvieron maldita la intervención en ella, como los otros en el viejo mundo. No hay en nuestra América española una na-

cionalidad *maya o azteca*, ni una *araucana*, o *incásica*, o *guaranítica* que se parezcan a la céltica, a la franca, a la visigoda, a la germánica o la eslava, y demás del antiguo continente; tampoco la América inglesa reconoce su parentesco con los *pieles rojas*, descendientes de los esquimales, ni sienten en la sangre el espíritu de los *nahuas*.

Las lenguas que hablaron nuestros aborígenes, dialectos que se contaban por millares, se han dissipado como nubes. Ninguno de ellos es base de la lengua que nosotros hablamos; ninguno tuvo la virtud de crear un lenguaje regional semejante al provenzal en Francia, por ejemplo, o al catalán o el gallego en España, instrumentos de belleza en boca de Mistral, o de Verdaguer o de Rosalía de Castro; ninguna ha vivido lo que el vascuence en las provincias cántabras. Si alguna de aquéllas ha persistido como lengua doméstica, el *guaraní*, por ejemplo, en el Paraguay, o en alguna provincia argentina, o el *aymará* o el *quechua*, no ha llegado a formar, ni remotamente, una literatura que se parezca a la catalana o a la provenzal de los felibres. Nadie ha pensado, sobre todo, en que el cultivo de la lengua doméstica indígena de una región americana pueda ser un principio de segregación o transformación de una región en estado; nadie, que pueda ser germen de

ZORRILLA DE SAN MARTIN

fueros o privilegios; no sé que haya quién busque en la arqueología o en la filología indígenas los orígenes de la nación chilena, o uruguaya o brasileña o mexicana, como se buscan los de la irlandesa en los monumentos y cantos gaélicos, y aún los de la francesa y la española y la germana en la prehistoria autóctona. La literatura de América es *románica*: española, inglesa, portuguesa. Las influencias indígenas sobre el cuerpo de nuestra lengua, muy numerosas y muy gratas a nuestro oído por otra parte, son sólo de vocabulario, no de sintaxis; incorporan a nuestro lenguaje nuevas voces, como pueden hacerlo las otras lenguas extranjeras; pero influyen menos que éstas en su esencia; menos que el francés en el español, por ejemplo, menos que el italiano y aún que el inglés.

No ocurre otro tanto en Europa, y por eso nadie ha pensado allí en un *paneuropeísmo*, mientras el *panamericanismo* constituye una especie de obsesión entre nosotros. Y es por eso, si bien se mira, sólo por eso: por que aquí existen las conglomeraciones o grandes familias, formadas por el verbo, por las tres grandes lenguas: portuguesa, española, inglesa, románicas todas tres, hijas de Roma, la inglesa inclusive, entiéndase bien, aunque no lo parezca; nietas de Grecia. Esas fa-

ARIEL Y CALIBAN AMERICANOS

milias pueden conglomerarse, a su vez, en una grande, romántica, con el viejo Evangelio, como dice Víctor Hugo, como conglutinante; pero mientras tanto, las tres familias, las dos, mejor dicho, están allí.

La América, pues, no es otra cosa que la Europa depurada, hecha más cristiana; es el *paneuropéismo*, si se quiere, imposible en el viejo continente, y sólo realizable en el nuevo. *Los Estados Unidos de Europa*, de que alguna vez se ha hablado, es solo confederación de palabras deshabitadas.

II

Recuerdo que, al rayar nuestra independencia, surgió en la cabeza de algún prócer, y de los más honrados y sinceros por cierto, la idea de coronar rey legítimo de la América española a un descendiente de los indios, como a hijo del sol; pero la peregrina idea murió en el vacío; la mató el instinto, como no podía menos. Esos próceres, porque no estaban emancipados de las adherencias idolátricas que en el viejo mundo adulteran aún el Evangelio, de Aegir, el dios de los norsos invocado por Guillermo de Hohenzolern, poco antes de la guerra, por ejemplo; porque no eran todo lo americanos que debieran, llegaron a en-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

trever, por lo visto, como solución del problema de nuestra emancipación, para evitar el *caudillaje* o influjo de la fuerza molecular, algo así como el sistema de colonización europea en el Oriente asiático, en Java, en los estados malayos, en la India, donde el gobierno colonial se basa en la existencia de gobernantes indígenas, cuya autoridad está reconocida, de siglos atrás, como la sola legítima eternamente, por los autóctonos no evangelizados. Los rajas o príncipes hieráticos gobiernan allí con litúrgica pompa, mientras los verdaderos gobernantes son, como se sabe, los "consejeros" o "residentes generales" europeos.

La extravagancia política de aquella idea, hija de la falsa sobre el origen de la autoridad, corría parejas con el error étnico. Bien es verdad que el hombre vive bajo la influencia de la tierra, y que ello establece un remoto vínculo indescifrable entre nosotros, americanos caucásicos, y nuestros aborígenes; los mismos angloamericanos, tan desdeñosos de lo que no es pura sangre europea, deben atribuir a esa influencia, más de lo que ellos generalmente piensan, la formación de su carácter; no por comunidad de sangre con el indio, entendámonos bien, pero por la del medio que hizo esa sangre, y obra sobre la nuestra. Sin los nuevos y constantes aportes de sangre europea que

ARIEL Y CALIBAN AMERICANOS

recibimos, el medio americano volvería a teñir la piel de nuestros nietos, a ennegrecer sus cabellos, a modificar sus cráneos, me parece; el indio reaparecería en ellos, después de algunas generaciones. Es eso, esa verdad profunda, la que inspira a los artistas de Estados Unidos, autores de las bellísimas estatuas del indio, del aborígen, erigidas en las ciudades, y los numerosos poemas, y las sinfonías musicales. Nosotros, los hispánicos, los hicimos antes: estatuas, poemas y sinfonías. Pero si eso es verdad en cuanto a la raza, o conglomeración antropológica, no lo es, ni cosa parecida, en cuanto a lo que se llama nacionalidad; a nadie se le ocurre que puedan reaparecer en América las nacionalidades indígenas, en torno de los monumentos que al recuerdo del indio levantamos; a nadie que volvamos a ofrecer a los dioses sacrificios humanos sobre la pirámide de Cholula, que guardamos como tesoro arqueológico, ni en el templo del sol incásico. La nación no es asunto de raza, si hemos de entender por tal, como es razón, la señalada por caracteres o diferencias físicas, mentales, de lenguaje, de cultura; es más bien asunto de *civilización*, es decir, una moralidad; un hondo sentir común a muchos hombres, sin distinción de color ni de estructura craneana, sobre la relación del hombre con el universo del

ZORRILLA DE SAN MARTIN

que forma parte, consigo mismo y con los demás seres para la consecución de su destino, y que constituye el *medio espiritual* que imprime carácter al alma de la raza, como el medio físico lo imprime al cuerpo.

Y la civilización americana nada tuvo que ver con nada que no fuese la Cruz que nos trajo Colón... *que nos trajo a Colón*, mejor dicho; comenzó con ella: civilización cristiana, naciones cristianas, raza cristiana. Todos los paganismos son aquí exóticos; lo mismo el rítmico griego, hoy profesado en virtud de la eufonía, que el indígena puesto tan en boga en los primeros tiempos de la independencia de América, también como literatura... simple literatura. Los poetas invocaban entonces a Atahualpa y Caupolicán y Moctezuma, como a los Recaredos o Clodoveos americanos; pero no creían en ellos más de lo que creen hoy en el divino Platón los que lo invocan, o en Afrodita o en Parthenos, simples notas musicales. De mil personas que invocan a Platón en conversaciones, y aun en libros, las novecientas noventa y nueve no conocen a Platón. Que si lo conocieran, si conocieran su moral, se caerían de espaldas. Vale más que no lo conozcan; que sigan con sus *plutonismos* inocentes. De mil americanos que hablan con entusiasmo de la civili-

ARIEL Y CALIBAN AMERICANOS

zación indígena, los novecientos noventa y nueve y medio ignoran que, en materia económica, nuestros indios, aun los más adelantados, no conocían *la moneda*; en la industria, no conocían *la rueda*. Nada digamos de la moral; no conocían a Dios. Los que no eran antropófagos eran idólatras, y *ofrecían sacrificios humanos* a sus serpientes de piedra estilizadas, feas divinidades grotescas. Muy poco tenemos que aprender de ellos, eso es lo cierto; nada que imitar.

Estos estados de América, como núcleos de civilización, no interrumpen sino continúan la historia de los descubridores, posterior al cristianismo; proceden de los primeros colonizadores del continente, ingleses, portugueses, españoles, que han substituído a las antiguas razas aborígenes como elemento sociológico, aun allí donde más persiste como elemento antropológico. Se han formado, sobre todo, de las subsiguientes afluencias de hombres europeos; pero toda esa gente inmigrante, que no conocen los fetichismos indígenas, tampoco ha cruzado el Atlántico, como los hombres conducidos por Eneas, con sus padres y penates en hombros, buscando restablecer los altares troyanos, y, con ellos, los muros de la sagrada Ilión; vienen en busca de bienestar y libertad cristiana, de una recta aplicación del Evangelio. Una nueva

ZORRILLA DE SAN MARTIN

ciudad de hijos de Dios está ya aquí fundada, y los adopta o incorpora a su vida; no es esta tierra de colonizaciones o repartos. Las viejas y las nuevas preocupaciones, aun las más rebeldes, se atenúan, por singular manera, hasta desaparecer, en este ambiente; los recién venidos, por más que tiendan a formar entidades colectivas, pronto se disgregan y diluyen en la nueva vida, sin cambiar de raza.

No puede decirse con verdad, bien es repitamos eso, que lo que llamamos *americanismo* signifique *antieuropeismo*, o cosa así; pero podemos afirmar que se es tanto más americano, tanto más *nuevo europeo*, cuanto menos se compartan las adulteraciones del Evangelio corrientes en la vieja Europa, desde las supersticiones hasta los ateismos, y desde las costumbres hasta las cambiantes filosofías. Los viajeros observan en América un fenómeno interesante: la blasfemia, que tanto hierre los oídos en ciertos pueblos de Europa, no se oye casi entre nosotros; y si se oye alguna vez, la frase brutal contra el nombre de Dios o de Cristo sale de boca que no es americana; suena aquí siempre con acento extranjero, europeo, aun la dicha en español. Y, como luz falta de oxígeno, parece apagarse en la mirada asombrada, o en el silencio de todos. Este es más eficaz, por cierto,

ARIEL Y CALIBAN AMERICANOS

que la voz de los buenos predicadores, que, en Europa, claman en vano contra ese claro vestigio del politeísmo o convivencia del hombre con los dioses, con sus propias pasiones divinizadas.

En América abundan los indiferentes, excépticos, o ateos más o menos prácticos; pero éstos no han dejado de creer en un Dios para creer en otro, o en otros, sino para no creer en nada, es decir, para prescindir en absoluto de ese factor a que Víctor Hugo atribuye tanta importancia en los destinos del mundo: el Evangelio, su sabia interpretación. Claro está que con ellos no reza este Ensayo, sino con los que juzgan, y aquí lo damos por demostrado que la vida material no es todo, ni mucho menos; que el Espíritu es algo; que Dios existe, y que hemos de investigar: hasta dar con El.

III

Síguese, pues, claramente, de lo dicho, que existe una América, *una sola*, no tanto como expresión o unidad geográfica continental separada del viejo mundo por el océano y unida por las largas raíces de las cordilleras, cuanto como unidad espiritual, separada de Europa, y unida o conglomerada, como por otras tantas raíces, por los ras-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

gos primarios de que hemos hablado. Estos son comunes a todos los pueblos de este continente, sin distinción de origen, y se concentran en uno *espiritual* que hemos de llamar *democracia*. Esta no es otra cosa, si bien se mira, que la sustitución de la fuerza de los dioses por la del hombre en la construcción de la sociedad civil; el cumplimiento de la ley de Dios, que, al dar a todos los humanos el imperioso instinto social, da a todos y cada uno de los hombres, iguales por naturaleza, el derecho y la aptitud de intervenir, más o menos, en la construcción y sostén de la sociedad, o sociedades perfectas que ellos forman. Eso es democracia; no otra cosa: la vitalidad de todos los átomos en el cuerpo vivo, cada cual en su función propia; la vida orgánica que elimina todo elemento muerto o cuerpo extraño.

Se habla, sin embargo, de varias Américas, de dos especialmente: la romana o latina, que yo llamo y debe llamarse, me parece, hispánica, y la anglosajona, que yo he llamado, no sé si con propiedad, *anglorromana*, en contraposición a lo eslavo o a lo germánico; pero, a poco que se conozca el mundo, se sabe que, hoy por hoy, en Europa, quien dice "América" dice Estados Unidos, América inglesa. Los mismos angloamericanos no entienden por América otra cosa, ge-

neralmente: la patria angloamericana, la Unión, centro único de cultura en el continente. La de los hispánicos, si no es una derivación de la suya, no es nada o casi nada para ellos; algunos llegan hasta creer que deben evangelizarla, como a tierra de infieles, enviarle misioneros cristianos y maestros: doctrineros. Que si "americano" quiere decir, en su concepto, "angloamericano" "cristiano" quiere decir "anglocristiano". El cristianismo es de lengua inglesa para ellos; la hispánica no es cristiana. Bien es verdad que se empieza a creer por allá, por los hombres de pensamiento, a pesar de todo, que no es sólo el inglés la lengua culta del continente, y no faltan quienes comienzan a interesarse por la española, siquiera sea por que la habló Cervantes; con todo, el hecho es notorio: los *Estados Unidos de América*, según se llaman a sí mismos, son América por antonomasia en el sentir de las gentes.

No es ahora el caso de corregir ese error de los que olvidan que en español se pronunció en este continente, por primera vez, el nombre de Dios; pero sí el de hacer algo por averiguar la causa del fenómeno, que alguna, y muy profunda, ha de tener.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Es la más visible, por supuesto, la enorme diferencia de poder económico, militar, industrial, comercial, etc., entre ambas Américas; pero no es eso, si bien se mira, lo que ha hecho de la inglesa, más que de la española, hasta ahora, una nueva gran persona, perfectamente emancipada, entre las internacionales; no es cierto, sobre todo, que aquellos progresos económicos, industriales, etc., estén en razón inversa de los espirituales: morales y estéticos. Lo que ocurre es precisamente todo lo contrario, si bien lo observamos.

Los hispanos americanos solemos asentir con demasiada facilidad a la afirmación de que es la fuerza material, y nada más, lo que la América inglesa nos lleva de ventaja; que ésta es sólo un enorme núcleo de actividades movidas del interés material, mientras nosotros lo somos de los desinteresados idealismos, "como depositarios de una *herencia de raza*, de una gran tradición étnica, de un vínculo sagrado que nos une a inmortales páginas de la historia, confiando a nuestro honor su continuación en lo futuro".

Así expresa ese general concepto o aforismo su más ilustre expositor, nuestro José Enrique Rodó, primoroso orfebre del estilo en castellano, que, más aun que sus ideas o sus doctrinas, ha iluminado su nombre, para gloria suya y de su

ARIEL Y CALIBAN AMERICANOS

patria; él, proclamando *el ideal*, ha levantado el diapasón del pensamiento de la generación en que ha vivido, y hecho su obra benéfica. Pero es muy del caso darnos cuenta clara de lo que es eso: *el ideal*. ¿Es filosofía, poesía, sentimiento, ... moral acaso?

Y si es moral o norma de conducta, ¿debemos ver en ese llamado "ideal", como lo cree Víctor Hugo, una recta aplicación "del viejo Evangelio", y es, entonces, Religión, y Religión cristiana? O el ideal no es nada de eso, en resumidas cuentas, sino otra cosa?

Rodó nos ofrece la visión de *Ariel*, como la del ángel tutelar de la familia. Pero si bien ese Ariel, geniecillo del aire, inglés de nacimiento y de lengua, es demasiado inestable, impalpable, y muy poco o nada afirmativo para poder constituir el vínculo de una fé común; si bien ese idolillo literario, símbolo de las fuerzas que están más allá de los horizontes visibles, y aun de las especies intelectuales perceptibles, es sólo una amable tolerancia, un *mínimum* de fé en el espíritu, no ha faltado quien, en nuestra misma familia española, lo ha mirado de reojo, y, atribuyéndole el retraso de nuestra América con relación a la inglesa, ha calificado de funesto el bien intencionado libro de Rodó. El contrario, dicen no po-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

cos hispánicos, sería el bueno y conveniente: el que consiguiera expulsar a Ariel, causa de nuestra inercia, para aclimatar a Calibán, genio de la materia, hijo de bruja, pero forjador del progreso angloamericano, del "poder" contrapuesto al "saber" y "amar". Todos aceptan, pues, como se ve, el corriente postulado: la América inglesa es la del interés, del "poder", la de la materia; la española es la del desinterés, la del espíritu; felizmente, para Rodó y sus fieles; desgraciadamente para los otros.

IV

Por decontado que si eso fuera cierto; si fuéramos nosotros, y no los del Norte, los que buscan ante todo el reino del espíritu, el de Dios, y su justicia, y su belleza, para obtener lo demás por añadidura, sería la América española, y no la inglesa, pese a los progresos materiales de ésta, que le dan "poder", la emancipada de los viejos dioses; ella sería la llamada a revelar, por lo tanto, como núcleo del alma continental, los designios de Dios: las esperadas por el poeta, nuevas interpretaciones, y más sabias, del Evangelio incólume.

ARIEL Y CALIBAN AMERICANOS

Pero no es esa la realidad de las cosas; no nos hagamos ilusiones. No es la que ha visto, por ejemplo, el pontífice romano Benedicto XV, apto como ninguno para ver bien en esto, y decirnos verdad a todos. "Si muchos miran a los Estados Unidos, nos ha dicho ese pontífice, como el centro de los intereses comerciales, industriales y económicos. Nos, consideramos a América como un campo de halagüeñas esperanzas para el desarrollo de los intereses morales y caritativos". Es el mismo Papa quien, cuando discierne al Cardenal Gibbons los más altos honores con motivo de su jubileo, le dice, por órgano de su legado: "El Santo Padre, al honrar a Vuestra Eminencia, honra a toda la Iglesia Americana, honra a la América, pues en Vos se compendia todo cuanto tiene de noble y grande la vida religiosa y civil". Y aludiendo a los altos ideales de América, proclamados por el presidente Wilson, y a los principios queridos por él como fundamento de la paz, "se consideraba feliz de que esos principios se funden sobre el plan general que el Padre Santo había trazado". El mismo pontífice Benedicto reproduce ese concepto, cuando Harding, sucesor de Wilson, en Julio de 1921, promueve la Conferencia del Desarme Universal. "*L'Osservatore Romano*" publi-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

ca entonces una nota semi oficial en que se felicita a Harding, recordando que, "su actitud es idéntica a la del Sumo Pontífice en Agosto de 1917". Este "se congratula de que sus aspiraciones se hayan convertido en realidad, gracias a la poderosa iniciativa de Estados Unidos".

Ese jubileo del cardenal Gibbons dió ocasión a que se dijeran cosas a la verdad interesantes, y que ahora repetimos poco, no se por qué. Monseñor Julien, por ejemplo, obispo de Arras, uno de los representantes de la nación francesa, vuelve a su patria, proclamando y celebrando "la calorosa atmósfera de libertad, de respeto, y aún de simpatía que en Estados Unidos envuelve las cosas de la iglesia, de cualquiera que ella sea." "La iglesia y el estado, dice, están separados; pero eso no les impide conocerse, hablarse, prestarse mútua ayuda; no impide al catolicismo americano el ser contado entre las principales fuentes de ideal *de que está hecha el alma de ese gran pueblo*".

Entre muchas opiniones o impresiones concordantes, la del Padre Wladimiro Ludoskowski, general de la Compañía de Jesús, ejerce fuerte impresión sobre mi espíritu: es también la más reciente, que viene a confortarme en mi soledad. Habla el Padre Ludoskowski con ocasión del

ARIEL Y CALIBAN AMERICANOS

Congreso mariano celebrado en 1921 en Santiago de Chile, y dice a sus promotores: "Estoy íntimamente convencido de que en ninguna parte del mundo se encuentra, como en América, un pueblo tan numeroso, de fé tan profundamente arraigada, y que reciba con más avidez y fruto la semilla del Evangelio". Excusado es decir que el Padre Ludoskowski no habla sólo de la América española; no excluye, a buen seguro, la inglesa, de que habla el pontífice Benedicto.

Podemos, por fin, observar la actitud de Pío XI el pontífice reinante, que, en Diciembre de 1922, se asocia a la fiesta nacional de Estados Unidos, *Thanks. giving Day*, (Día de acción de gracias) y dice a los estudiantes angloamericanos de Roma: "Este día nacional es una noble idea de vuestro pueblo, que ha elegido un día determinado para rezar... Las naciones que observan esta conducta tienen que prosperar material y espiritualmente".

Este mismo Pío XI, por fin, en Marzo de 1924, al promover al Cardenalato a dos preladados angloamericanos, el de Nueva York y el de Chicago, lo hace "como premio de la caridad de aquel pueblo".

Yo he advertido que los mismos buenos cristianos de Estados Unidos no se dan cuenta de

ZORRILLA DE SAN MARTIN

ese privilegio de su Patria; la quieren perfecta en absoluto, según el ideal de perfección que ellos entrevén; no les basta con el contraste, en lo relativo; echan de menos los detalles de otros pueblos, que, a su vez, les imputan la falta de esos detalles o accidentes. Pero creo que ni ellos ni nadie en aquel pueblo, ni en ninguno cristiano, puede dejar de compartir mi opinión, ante el "*Mensaje al pueblo de Estados Unidos*" que Fío XI dirige a éste en la Navidad de 1922, en un momento de grande angustia universal.

"Los ojos de la humanidad, dice el Papa, se vuelven a la noble América en esta crisis, la más terrible que haya experimentado la historia". Hay pues allí, en esa América inglesa, una verdad espiritual, centro de una esperanza evangélica, cristiana. Convengamos en que eso nos invita a meditar un poco.

V

Gibbons, el cardenal Gibbons, reclama para su patria angloamericana, como adquirido, no tanto por herencia cuanto por el propio esfuerzo, ese idealismo que Rodó adjudica a su raza española a título hereditario; pero servirá a nuestro propósito conocer cómo sienten y piensan otros angloamericanos, los no pertenecientes a una comu-

ARIEL Y CALIBAN AMERICANOS

nión religiosa determinada. Sirvanos para ello Mr. Herbert Hower, que, en su reciente opúsculo de 1923, *El individualismo Americano*, define a éste como algo muy distinto del individualismo de otros países, de todos los otros países. "En los instintos de bondad, dice, en los de piedad, fidelidad a la familia y a la raza; en el amor a la libertad; en las aspiraciones místicas a cosas espirituales; en el deseo de una más alta expresión de las facultades creadoras; en los impulsos de ser útiles a la comunidad y a la nación se encuentran moldeados los ideales de nuestro pueblo. Y la fuerza más potente en la sociedad es la de sus ideales".

"No sólo de pan vive el hombre, dice también ese Hower, ni el individualismo es un estímulo solamente a la producción, y el camino de la libertad; es también el único que puede admitir la inspiración divina universal del alma humana... Y en la misma proporción en que aumenta cada individuo en espiritualidad, aumenta también el idealismo de la democracia... Nuestro individualismo se basa en la divinidad de cada ser humano; descansa en la fé firme de que la chispa divina puede despertarse en todos y cada uno de los humanos corazones".

Bien es advetir que ese angloamericano que así habla no es lo que se llama un creyente; ni siquiera

ZORRILLA DE SAN MARTIN

ra se dice él un cristiano, aunque lo sea naturalmente, sin darse cuenta de ello, como acontece a sus numeros equivalentes, de la América española.

Para explorar otra faz del humano sentir reflexivo sobre esto, sírvanos cualquiera de los que hoy ejercen autoridad en la cátedra profana. Bergson, por ejemplo, el filósofo francés, tan en boga en estos momentos, puede venirnos a cuenta. El sale de Estados Unidos con una fortísima impresión respecto a lo que hablamos. "Es indudable, dice, que lo que más distingue a Estados Unidos es *un espiritualismo trascendental, que hasta orilla el misticismo*". Eso es mucho verdad si no me engaño; no sólo se orilla allí el misticismo, pero se llega a la extravagancia no pocas veces, como sabemos. Es aquella la tierra, efectivamente, de las hisperestesias psíquicas, de los espíritus llenos de inquietudes religiosas, de los apóstoles al aire libre, de los doctrineros cantantes. Al par de las buenas doctrinas, no hay desatino que allí no encuentre su creyente y su apóstol; desde los viejos Budhas y sus profetas, hasta sus nuevas encarnaciones aparecidas en la India, todos los ídolos tienen sus derviches o santones angloamericanos. Y las parodias del Evangelio, mezcladas a los Coranes y Ramayanas, sirven allí de base a nuevas religiones estrambóticas. Grotescas y

ARIEL Y CALIBAN AMERICANOS

todo, son éstas, sin embargo, menos materializadas que la indiferencia, y más nobles que el respeto humano, o sustitución del temor de Dios por el temor de los otros hombres, que entre nosotros suelen dar lugar al acuerdo tácito de no hablar de lo que se siente más arraigado en el alma, cuando no de hablar en contra, para mejor ocultarlo.

No es posible dejar de observar que esas aberraciones o descarríos del sentimiento religioso, por exaltados que sean, no es en Estados Unidos donde llegan a sugerir el crimen. Los brutales del fanatismo no son allí conocidos, como no lo son las guerras de religión, ni las persecuciones religiosas, ni las acogidas entusiastas a los transeuntes extraños que pasan repitiendo sus conferencias de irreligión tan conocidas, o a los que perpetran los atentados. Si eso aparece allí, es pronto rechazado, como "*de cuño latino*".

Los progresos materiales y los afanes de lucro son los que más salen a la superficie, en Estados Unidos, es la verdad; pero yo observo que eso mismo tiene allí algo que lo distingue y especifica. Los Estados Unidos son, no cabe duda, la tierra de las especulaciones, de las fortunas galopantes, y fiebres de riqueza; pero si es la tierra de los ricos riquísimos, no lo es de los avaros, propiamente; no es la de los tacaños. Shylock, el judío,

ZORRILLA DE SAN MARTIN

no es sobrino del Tío Sam, ni compatriota de Rockefeller; el Avaro de Molière, el Gran Tacaño de Quevedo no son más yanquis que uruguayos o franceses. Son bien yanquis, en cambio, los testadores multimillonarios a favor de universidades y hospitales y templos; los fundadores de institutos Carnegies; la mujeres que regalan un gramo de radium, que vale ochenta mil libras, a Madame Curie, la francesa, como recuerdo de su visita a América. Esos creyentes que quieren ahora levantar en Nueva York una catedral más grande que la de San Pedro de Roma, o se empeñan en constituir para el Papa una renta anual de un millón de dólares, son también muy yanquis; lo son los que regalan a Bélgica el edificio de la Biblioteca de Lovaina destruída por los alemanes, y, en general, los más célebres manirroto de nuestros tiempos.

Don Quijote de la Mancha tiene en Estados Unidos más devotos, me parece, de lo que se cree generalmente; los hay acaso más que en España y en el Uruguay. ¿No es ese yanqui Mr. Huntington, presidente de la Sociedad Hispánica en Nueva York, quien, habiendo dado en Valladolid con la casa en que vivió Cervantes y su familia, se empeña en adquirirla a peso de oro, y sólo cede ese privilegio al caballero Don Alfonso de

ARIEL Y CALIBAN AMERICANOS

Borbón, Alfonso XIII, que, ante la iniciativa, invoca derecho preferente de comprar la casa? El yanqui se ha quedado, sin embargo, con la contigua, según veo. Del lobo un pelo.

El hecho es que las naciones europeas, sin excluir Inglaterra, han tenido que echar cerrojos a sus tesoros de arte y de recuerdos, para evitar que se les escapen hacia América, atraídos por los dólares que buscan, en su noble empleo, el perdón de ser angloamericanos. Hasta las viejas piedras derrumbadas de los monumentos comenzaban a moverse hacia Estados Unidos; hasta los títulos nobiliarios, piedras también de demoliciones o derrumbes, cosas bellas a fuer de antiguas y sin valor; hasta las telas pintadas por los primitivos italianos, y los trípticos flamencos, todo tiene postores yanquis en las almonedas de símbolos.

Entre nosotros, los hispánicos, esos entusiasmos no son individuales, salvo honrosas excepciones; ha de intervenir el Estado para que se salven los recuerdos. Y si las iniciativas individuales despiertan, han de acudir por maestros de entusiasmo a los yanquis: colectas, o suscripciones populares en forma viva, ejércitos armados contra los bolsillos almenados, estrategias de la ca-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

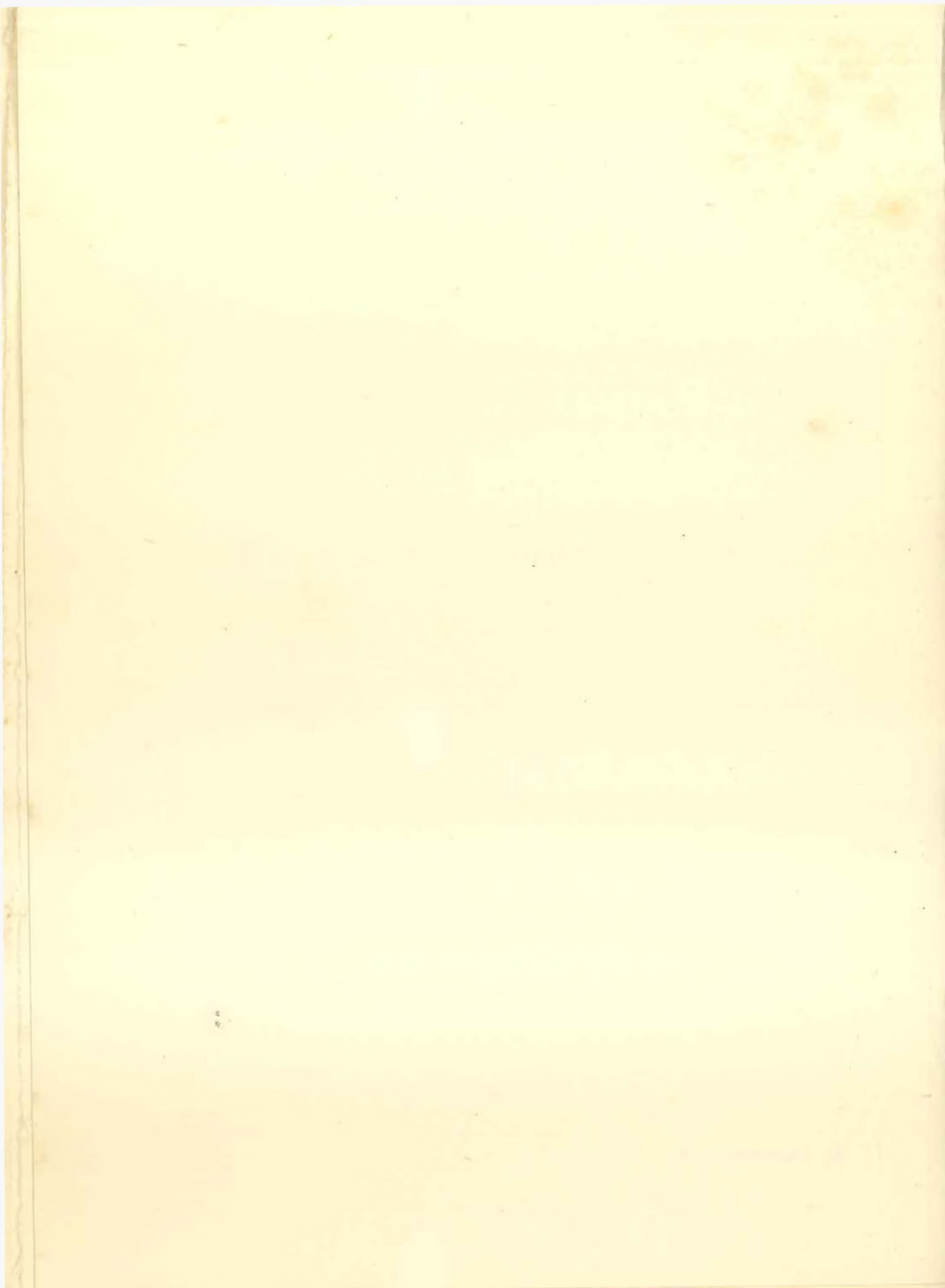
ridad o del idealismo, todo eso tiene allí sus veteranos y sus profesores.

• • • • •

¡Oh Ariel, amable genio del aire! ¿Cuál es tu lengua materna, en resumidas cuentas? ¿Hablas efectivamente en español, como nosotros?

Y tú, Calibán, deforme Calibán, hijo de bruja, el de las piernas parecidas a las aletas de un pescado, ¿es, de veras, cierto, que tú hablas y piensas sólo en inglés, y con acento americano?

La Advertencia del Presidente
Monroe



LA ADVERTENCIA DEL PRESIDENTE MONROE

I

Nos ha salido, pues, al paso, quieras que nó, la llamada corrientemente *Doctrina de Monroe*. No sé de nadie que haya pensado hasta ahora en atribuirle la que yo voy a atribuirle, remotísima causa; sólo se llega, por lo común, a la más próxima, a la del último suceso. Y sin embargo, esa fórmula o frase o aforismo, o como se llame, que toma su nombre del Mensaje enviado al parlamento por un presidente anglo americano que, allá en 1823, ante las amenazas de los reyes europeos, hizo saber a éstos, a modo de prevención o advertencia, que no debían ya pensar en reinar en América; esa célebre advertencia, digo, tiene raíces más hondas que los hechos fugitivos.

No me parece bien, en primer lugar, que se le llame "doctrina", "doctrina de Monroe". Doctrina quiere decir enseñanza, ciencia, sabiduría, opinión concordante de varios autores o maestros, etc. Y nada tiene de eso el mensaje de que habla-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

mos; no hay tal "doctrina". Aquel presidente no enseñó ni quiso enseñar nada a nadie; expresó simplemente lo que el pueblo de Estados Unidos pensaba, lo que sentía, mejor dicho, en aquel entonces, en 1823. El mensaje de Monroe era, en primer término, una especie de programa de política propia con relación a la ajena; pero era, sobre todo, la expresión de un hecho: que la América, entonces como hoy, estaba ya colonizada, civilizada, es decir, ocupada por cristianos, por hombres capaces de organizarse en sociedades perfectas, aunque distintas de las cimentadas parcialmente en las antiguas divinidades; aptas, por consiguiente, no sólo para conservar el Evangelio, sino para poner más en claro sus verdades; que la América, el nuevo continente, no era ya herencia de dioses o reyes, tierra de colonización, sino otra cosa; que ya no debía hablarse desde entonces en Europa de una "cuestión de América" como se habla de una "cuestión de Oriente o de Africa", y que no había que pensar en repartos hechos en congresos de Viena o de Berlín o de cualquier otra parte; que aquí no es el caso de celebrar tratados con rajáes o príncipes hieráticos por intermedio de los cónsules misioneros, y, por fin, que si hay una diferencia entre el continente americano y el africano, ella es una sola: que Amé-

LA ADVERTENCIA DEL PRESIDENTE MONROE

rica es ya, toda ella, *un miembro de la cristiandad*: que ya posee el Evangelio, único objeto que pudo perseguir Europa al colonizarla, y don supremo que le trajo y ya no puede quitársele.

Eso fué, en resumidas cuentas, lo que quiso decir y dijo, a su modo, el presidente Monroe en 1823, hace un siglo, precisamente. Y bien dicho se está. No podían entonces los Estados Unidos, bien es tenerlo en cuenta, no podían decir otra cosa a la Santa Alianza, es a saber, a los reyes europeos de entonces y de siempre; no eran aquellos Estados Unidos los fuertes de hoy materialmente, ni mucho menos; contaban apenas con diez millones de habitantes. No era, pues, aquello ni provocación ni amenaza ni jactancia; tampoco una promesa, y menos un compromiso con nadie; no era una alianza con los demás estados americanos, ni un protectorado sobre éstos, que ellos tampoco podían aceptar sin renegar de sí mismos. Era otra cosa sin precedente; era la expresión del concepto práctico de los propios orígenes nacionales, que, mantenido, durante largo tiempo, por un pueblo, llega a dominar su conciencia como si fuera un aforismo, por no decir un dogma. No es el caso de establecer, por lo tanto, si eso es desinteresado o interesado; lo es sólo de calificar el interés, que no puede meros

ZORRILLA DE SAN MARTIN

de haberlo, sin menoscabo del idealismo, cuando se trata de relaciones entre almas o personas colectivas naturales, naciones o estados soberanos, cuya vida no va más allá del tiempo, y se diluye en las transformaciones de la historia. La caridad no es ni puede ser en ellas lo que en el alma humana indisoluble, inmortal.

No hemos de estudiar aquí los distintos aspectos de ese mensaje celeberrimo. Pero conviene a mi propósito hacer notar uno de ellos, *uno solo*, el más importante, el verdaderamente importante en lo relativo al rechazo de toda intromisión de Europa en la América emancipada. Los Estados Unidos proclamaron su principio o doctrina o lo que sea, *independientemente*. El Ministro George Canning, el inglés, había propuesto que la declaración fuese solidaria, de Inglaterra y Estados Unidos, idea que apoyaron Jefferson y Madison. Pero Monroe no lo quiso; de acuerdo con Quincy Adams, y teniendo en cuenta que Inglaterra no había reconocido las nuevas repúblicas, decidió lanzar su declaración *bajo la sola responsabilidad de Estados Unidos*, añadiendo el principio contrario a la colonización europea, que, no sólo no había sido sugerido por Canning, sino que era opuesto a las opiniones de éste. El espíritu de

LA ADVERTENCIA DEL PRESIDENTE MONROE

Monroe no es, por lo tanto, inglés. Creo que no es difícil comprender todo el alcance de ese detalle, muy poco recordado cuando se habla de este asendereado y vulgarizado asunto.

Pero si los Estados Unidos no eran entonces los fuertes materialmente, lo eran ya moralmente; lo era entonces, con sus diez millones de habitantes, tanto o más que hoy con sus cien largos millones; tan emancipados de Inglaterra y de sus reyes y de sus maestros como de los de Francia o Alemania. Y es esa fuerza original, esa, la del espíritu, aunque parezca y se diga lo contrario, la que los ha convertido en la gran potencia de hoy; no la otra, la de la materia, que es sólo consecuencia de aquélla, su "añadidura". En su hora de mayor angustia, cuando la guerra del Norte con el Sur puso en peligro la unidad y hasta la vida de aquella nación, los reyes de Europa, que se decían personalmente designados por Dios para gobernar los pueblos, quisieron intervenir para poner paz; pero entonces apareció aquel Abraham Lincoln, otro místico cristiano, otro profetizante, que dijo firmemente que nó; que prefería la muerte a la vida en esas condiciones; que América se salvaría sola con su Evangelio redentor de esclavos, o sola sucumbiría. "Yo espero en Dios que será mi fuerza y mi apoyo", dijo aquel

ZORRILLA DE SAN MARTIN

hombre bueno. Y dijo, ante las tumbas abiertas de Gettysburg, su célebre profecía: "Con la ayuda de Dios, la nación renacerá a la libertad, y ésta no perecerá jamás en tierra Americana".

Esta fué la doctrina, si así quiere llamársele, de Lincoln; la misma que la de Monroe; pero más clara, más fuerte y concreta. Y todo era simple expresión de una opinión común o predominante, de una convicción, de un sentimiento, mejor dicho, constructor de aquel estado; no una ley, protocolo, ni nada que signifique mandato e imponga obligaciones a los demás ni para con los demás. Si no la hubiera expresado Monroe lo hubiera hecho otro: es una fórmula que, como se designa con el nombre de Monroe, podría designarse con una equis o una jota algebraicas.

II

Fué también esa doctrina, o enseñanza, o lo que sea, bien es recordarlo, la del hispano americano José Artigas, el nuestro, el rioplatense, que, entre los héroes de la independencia continental, entre sus pares, es, me parece, la más genuina personificación, en el mundo hispánico, del espíritu que separó los continentes, las tierras y las aguas, y las almas.

LA ADVERTENCIA DEL PRESIDENTE MONROE

Guardadas las proporciones, ese Artigas, el fundador de esta mi patria del Uruguay, el primero en la guerra, el primero en la paz y el primero en el corazón de sus conciudadanos, es el verdadero equivalente, no me cabe duda, de los de lengua inglesa de que hablamos: el hombre inspirado en el Evangelio sin adherencias cesaristas; el creyente en una *América* emancipada.

Hoy todo entendimiento que bien discurre, está ya libre de la idea de que la revolución hispano americana haya sido hija de la inglesa, o de la francesa o de cualquier otra. No hay tal relación de causalidad entre ellas; no por haber ocurrido *después* de ellas ha ocurrido *por* ellas: *post hoc ergo propter hoc*. La ocasión no es lo mismo que la causa. Ni la revolución hispánica ni la inglesa fueron de segunda mano, sino autóctonas y afirmativas; digamos, *sustantivas*: una nueva Era, como dice Ireland, el arzobispo. Las causas remotas fueron las mismas: simiente del Evangelio; pero, como la de la parábola, produjo sus efectos o dió sus frutos según la causa próxima: la tierra en que cayó. Donde había maleza, la maleza ahogó el grano; si éste cayó en la dura piedra, se lo llevaron los pájaros; el que cayó en tierra fértil, dió sus frutos según la tierra. La revolución francesa produjo

ZORRILLA DE SAN MARTÍN

a Bonaparte; de la Americana salieron Wáshington y Artigas. Ni los reyes ingleses inspiraron a los hombres del Congreso de Filadelfia, ni los españoles hicieron salir el sol de 1810. Cronwell no es más héroe americano que Bonaparte. Es eso lo que ve Lloyd George cuando dice que "Wáshington fué quien hizo el actual imperio británico"; eso, más o menos, aunque parece extravagante. La revolución francesa engendró, como decimos, a ese Bonaparte que quiso y pudo hacer reyes europeos, comenzando por sí mismo, y que, si quiso, y no pudo hacer papas, tampoco pudo hacer reyes americanos. El intentó enviarnos su rey, fruto de la revolución de Francia, como cosa bien distinta, a buen seguro, de darnos la independencia; pero sus enviados, fueron aquí tan rechazados como los de Fernando VII, y como los ingleses, por los puramente americanos, es decir, por los no contaminados de cesarismo pagano. Que también en América los hubo contaminados; en ambas Américas. ¿No le fué propuesta a Wáshington la corona, como a Bolívar y a otros?

Esos dos héroes epónimos de la emancipación americana de que hablo, Jorge Wáshington y José Artigas, fueron sólo eso: no filósofos, ni sabios, ni reformadores, ni oradores, sino sim-

LA ADVERTENCIA DEL PRESIDENTE MONROE

ples buenos cristianos, hombres de bien. Ni Wáshington ni Artigas conocieron a Ariel; no creían en los dioses ni en Platón.

“Wáshington, dice Henri A. Beers, anglo americano de autoridad, no era hombre de letras. Caballero campesino; plantador de Virginia; propietario de esclavos y miembro de una aristocracia de hacendados, tenía la educación limitada de su clase y de su época. Según una versión, no escribía sus propios mensajes. Refiérese que John Quincy Adams, mirando cierta vez un retrato del padre de los Estados Unidos, exclamó: ¡Y pensar que este zote pasará a la historia como un grande hombre! Pero no hay que olvidar que ese comentario salía de labios de un aristócrata bostoniano, y que todos los Adams tienen lengua maldiciente.” Bien es recordar que Wáshington, en su testamento, declaró libres todos sus esclavos; los instituyó sus herederos, herederos de si mismos, mejor dicho.

Lincoln, el Wáshington sin esclavos, fué también eso: barquero y aserrador de maderas para los cercados de las haciendas de Illinois. No perdió ese carácter por ser después abogado, ni por ser el héroe y el mártir de la causa republicana abolicionista y de la unidad nacional; pero fué un hombre bueno, eso sí; un religioso

ZORRILLA DE SAN MARTIN

ciudadano, un hombre interior; no un revolucionario propiamente; un hombre interior.

En cuanto al otro de que hablamos, José Artigas, menos conocido en el mundo, y cuyo nombre inspira aún a muchos el bobo desdén que inspiraba a Adams el retrato de Wáshington, era también la misma cosa: un hombre bueno, y bastante bien educado, con la educación de su clase y de su época. Ni siquiera era general, aunque así suelen llamarlo; ni siquiera abogado; no había aprendido las proclamas de Bonaparte, ni vestido dorados uniformes; vestía sólo decentemente. Ninguno de los héroes americanos ha sido más vilipendiado que ese fuerte Artigas, a causa de eso en gran parte, por las lenguas maldicientes. Los que aquí, en el Río de la Plata, querían coronar un indio, por ejemplo, como rey legítimo de América, no lo reconocían, por supuesto; tampoco los que pedían otros reyes; los de Bonaparte u otros. Artigas era, para ellos, menos aún que un zote; era un *gaucho*...

Bien es advertir que ese vocablo "gaucho" empleado como mote afrentoso, no tiene siempre ni debe tener esa acepción; con él se designa también, cuando bien se le emplea y acentúa, al campesino de la América del Sur, del Río de la Plata en especial, "nuestro gaucho" "nuestro

paisano'', que no merece vituperio sino gloria. Es el equivalente del plantador de Virginia, del aserrador de maderas para los cercados de Illinois y demás. En la América del Sur no se plantaba como en Virginia, o se plantaba poco; se arrancaban ganados, como frutos silvestres, al desierto no cercado, y fué el *gaucho* "hijo de los aventureros españoles que colonizaron el país" como lo llama Sarmiento, *baqueano*, *carrero*, *tropero*, *domador*, el hombre de ese primer trabajo, al par que nuestro primer soldado. Es a ése al que hemos levantado un monumento como complemento del de Artigas: al primero que trabajó nuestra tierra, y luchó y murió por ella. Es nuestra célula social.

III

Así sentida, pues, y así debe sentirse, la fórmula del presidente Monroe no lo es de una doctrina anglo americana; es la sola doctrina de América, la de los grandes americanos. No está en lo cierto, por tanto, quien atribuye a eso que dijo Monroe, y no a lo contrario, como sería razón, los abusos y torpezas de los hombres y gobiernos y comercios; de los comercios sobre todo, que en todas partes son la misma cosa.

Eso de llamar *Monroismo* a la concupiscencia y a la soberbia angloamericanas, o a cualesquier otras, no tiene maldita la propiedad. ¡Como si la incontinencia y la soberbia fueran una doctrina, y no un reato en nuestra carne del pecado original! *Felipismo* se le hubiera llamado en España, cuando el sol no se ponía en “sus dominios”; *Luisismo* en Francia, cuando el estado era él, “el rey sol”, que con una palabra creía suprimir los Pirineos. No sé si hoy hubiera podido llamársele *Guillermismo* o cosa así. No es inverosímil que mañana se escriba ese vocablo en japonés, si no en ruso.

¡Monroismo! Con doctrina y sin doctrina de Monroe, lo que ha ocurrido hubiera siempre pasado: el demonio de la soberbia hubiera tentado a aquel pueblo y hécholo caer en pecado, como a tantos otros. Y tanto más pronto, cuanto más ocasiones y demonios tentadores salieran de los vecinos mechinales. Ese gusano que roe todo patriotismo, no se llama doctrina de Monroe sino doctrina del diablo; le llamaremos satanismo, si os parece, concupiscencia colectiva, o cosa por el estilo, que se mete en todas partes, y se metería en nosotros mismos, los hijos de Artigas, si fuéramos fuertes como Estados Unidos, y aún menos, sin ser muy santos. No renega-

LA ADVERTENCIA DEL PRESIDENTE MONROE

ríamos, por cierto, de nuestra stirpe española con darle entrada. Que no es la humildad lo que más ha caracterizado nuestra raza, preciso es confesarlo; no es la humildad cristiana. Ese demonio o legión de demonios ha triunfado más de una vez en Estados Unidos, no cabe duda; pero no ha poseído el cuerpo de aquella nación más que lo que ha poseído a otros; no le ha hecho expulsar de él el buen espíritu o desarmarlo en sus luchas con el malo, felizmente. Las manifestaciones de aquél, del espíritu evangélico; sus combates con el enemigo se sienten allí como en parte alguna. Henry A. Beers, por ejemplo, aun haciendo la apología de Roosveelt, el impetuoso, repudia sus tendencias imperialistas en esta forma: "Desaprobé, y desapruébo aún, los aranceles de Mac Kinley y de Pame Aldrich; y la guerra de España, que hubiera sido la guerra más fácil de evitar; y su epílogo, la conquista de Filipinas; desaprobé, sobre todo, el arrebató de la zona de Panamá".

En estos momentos precisamente, Junio de 1922, estoy oyendo la palabra de otro, la del senador Borah, que habla en el *Carnegie Hall* de Nueva York, con motivo de la intervención de Estados Unidos en Haití y Santo Domingo. Ese Borah da voces contra lo que llama "injustifi-

cable atentado". Y voces estentóreas, por cierto; fortísimas voces. Los mejores entre nuestros hermanos dominicanos no hablarían con mayor pasión y violencia, ni establecerían con mayor energía la sana doctrina del respeto a *las unidades*, a las almas colectivas, a la vida ajena, como la sola base de la propia y de la universal. "Es eso una deshonra para el pueblo norteamericano, dice ese senador Borah popularísimo en Estados Unidos; por nuestro honor debemos salir de allí, y de cualquier país que no nos pertenezca... *La opinión pública es la que nos ha de sacar de allí*. Los diplomáticos no conseguirán la paz. A menos que el pueblo se interese en lo que ellos quieran, tendremos, durante los tres mil años venideros lo mismo que hemos tenido en los tres mil años pasados".

IV

Es claro que se dirá que los que así piensan están allí en minoría. Eso es verdad; pero según y conforme. Allí, como en todas partes, la mayoría de los vivientes, racionales o irracionales, está formada por los que no piensan en nada; y allí, como en todas partes, los que no piensan en nada son los aliados naturales de los que piensan mal; casas deshabitadas expuestas a los

LA ADVERTENCIA DEL PRESIDENTE MONROE

malos inquilinos. Pero convengamos en que aquella minoría, formada por los que en algo piensan y creen, los Gibbons, los James, los Borah, los Beers, es una noble y expresiva minoría, que, así como los diez justos hubieran bastado a salvar las ciudades malditas tragadas por el mar pestífero, bien pueden detener las maldiciones que suelen caer, no sin causa, sobre aquel gran pueblo, provocadas por los pecados de los hombres. Y mucho más si, haciendo un hondo examen de conciencia, nos damos a pensar alguna vez en la parte que en las culpas que condenamos nos corresponde: en el olvido por nuestra parte de todo principio espiritual; en la adopción por nosotros del móvil materialista que imputamos a Estados Unidos. Miremos bien en nosotros mismos, y nos convenceremos de que ese *virus* que, en Estados Unidos, produce lo que llamamos imperialismo es el mismo, exactamente el mismo que, en cada uno de nuestros estados, produce el despotismo interno, la tiranía. Transformemos a cualquiera de estos estados débiles en gran potencia internacional, y tendremos transformada la tiranía interna en cesarismo interventor, sin necesidad de doctrina de Monroe.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

El tirano de sus propios hermanos que clama contra la tiranía del extraño sobre éstos, haría bien en callarse la boca cuando se habla de estas cosas; haría bien en callarse. Un escritor centroamericano, que piensa en ellas, con muchos otros, se dirige a un compatriota que, en Nueva York defiende briosamente la causa de los pueblos hispánicos de América; le propone la formación allí de la "Casa de Bolívar", núcleo de los escritores hispánicos, y le dice: "Ojalá que Vd., ya que goza de gran prestigio en América, iniciara la idea de la unión de escritores hispanoamericanos, cuyo asiento principal podría ser la ciudad de Nueva York. Allí está nuestro mayor interés, por ser el lugar donde llegan con frecuencia nuestros pretorianos, a implorar el influjo de los millonarios de *Wall Street*, sorprendiendo las más de las veces la buena fé del pueblo norteamericano con embrollos y mentiras, *que hacen justificable todo atentado contra nuestra libertad*, importándoles muy poco la honra y la soberanía nacional".

Amargas palabras son esas, y muy duras; demasiado duras, quizá. Pero nos invitan al examen de nuestra propia conciencia hispanoamericana; a saber cuál de entre nosotros tiene la facultad de castigar con su piedra el adulterio ajeno. Bien

LA ADVERTENCIA DEL PRESIDENTE MONROE

se comprende que esa frase "hacen justificable el atentado" no ha de tomarse a la letra, si hemos de interpretar como es debido el pensamiento de su autor. Este no justifica el atentado: antes protesta contra él, como protestamos y protestaremos todos; pero nos hace meditar sobre a quién es imputable, y sobre si es o no sensato atribuirlo todo él a la nación fuerte, y a sus doctrinas y a sus banderas; si realmente nuestras *doctrinas* o principios sustentadores, no sólo nuestros intereses, son distintos de los de los otros y antagónicos; si, en el caso de ellos, nosotros, los hispánicos, no procederíamos como ellos, o cosa parecida. Esos pretorianos de que nos habla nuestro hermano no son, efectivamente, más hispanoamericanos que lo que pueden ser angloamericanos los otros, los comerciantes, los sólo comerciantes de Nueva York. Todos son compatriotas, si bien se mira, esos comerciantes; todos nativos de la ciudad excéptica de las monedas, de cuño indiferente. Y si esos hispanoamericanos no tienen patria porque son sólo comerciantes, no parece justo atribuírsela a los simples comerciantes de Estados Unidos, y mucho menos hacerlos unidades representativas de aquel país, mientras nosotros nos adjudicamos, como genuinos personeros

ZORRILLA DE SAN MARTIN

nuestros, los hombres de recto corazón y abierto a las abnegaciones evangélicas.

V

Lo que de eso deduce el buen sentido es que los hispanoamericanos haremos bien en buscar nuestra seguridad *no contra Estados Unidos sino en y con Estados Unidos; en la alianza de los que aquí piensan bien con los que allí piensan y obran bien*, y en nuestra guerra con los que allí y aquí piensan y obran mal; en nuestra amistad con los que allí luchan contra el logrero dominio de la materia que a todos nos acecha, y que se mete en todas partes, hasta en el desierto en que fué a ofrecer el pan a Cristo hambriento, a trueque de su amistad, y el dominio del mundo a trueque de su adoración.

¿Que el plazo es largo? Bien puede serlo, no lo pongo en duda; el plazo puede ser largo. Pero no creo que el de nuestro predominio o plena emancipación de la influencia estadounidense se acorte mucho con el cultivo de nuestra malquerencia hacia Estados Unidos, malquerencia que no necesita de cultivo, por otra parte.

Creo por el contrario, que este último es el camino más largo y el más oscuro; el de la caridad

LA ADVERTENCIA DEL PRESIDENTE MONROE

es más claro. Es el que yo procuro iluminar con estas páginas caritativas escritas en lengua española, que también es americana, dicho sea de paso: también es lengua americana.

La familia románica

LA FAMILIA ROMANICA

(De un libro inédito)

I

Veinte años antes de desatarse la tempestad que ha envuelto a nuestra generación consternada, hubo un momento en que creí percibir su primer relámpago en pleno sol; la forma rápida de la serpiente, sombra del rayo, pareció proyectarse en mis ojos, sobre una mancha de fuego. Es extraordinario lo que ha persistido en mi retina aquella mancha de un negro luminoso, y, en mi oído, la nota aguda que la acompañó.

Y todo no había sido sino un canto, con cierto ritmo o acento religioso, que oí cantar en lo alto: el *Canto a Aegir* de Guillermo de Hohenzollern, emperador de Alemania y rey de Prusia.

Era el año 1894, y pisaba yo por primera vez la bella tierra de Francia; bella y amable por cierto... Por si mi afecto hacia ella, triunfante de todas las pruebas, puede influir en el juicio que merezca lo que yo diga aquí, declaro, con ingenuo

ZORRILLA DE SAN MARTIN

corazón, que no me es dado dejar de querer, con serena predilección, esa tierra y sus habitantes. No es esto afirmar, ni mucho menos, que yo no quiera a todos los hombres, sin excepción alguna; el odio a un hombre a causa de su patria, me parece lo más irracional que darse puede. Pero no lo es el amor preferente a otro por la misma causa.

Es un problema muy complejo, no cabe duda, ese de la predilección hacia una nación determinada; el de si es la fisonomía de los hombres que hemos conocido, el carácter, el metal de voz... ¡qué sé yo! lo que provoca las simpatías o antipatías que se ven por el mundo entre los diversos pueblos, y determinan sus actitudes *inconsistentes*, que se razonan después o no.

¡La fisonomía de Francia! Eso, la fisonomía, el carácter de los pueblos, que se creía sólo una metáfora, hoy tiende a ser objeto de experiencia científica. La psicología colectiva es un capítulo de la ciencia que, con el nombre de psicología experimental, parece querer reclamar los fueros de una materia nueva en los humanos conocimientos. No lo es tanto como parece. La psicología, o ciencia del alma, lo mismo la de Aristóteles que la de Santo Tomás, ha sido siempre, por más metafísica que sea, una ciencia también experimental; aún la introspección, o análisis del

LA FAMILIA ROMANICA

propio yo, es una experiencia como cualquier otra. El artista que pinta un paisaje del natural, lo ve más en sí mismo que en la naturaleza, bien lo sabemos. En eso difiere de la máquina fotográfica, que no ve sino hacia afuera. Y precisamente por eso no es experimental; porque no hay en ella introspección. El hombre ve las otras almas en la propia, como en un cristal de cultivo. Y viceversa: ve la propia en la de los demás, algunas veces.

Esa ciencia de los fenómenos psíquicos que dependen de una comunidad de individuos, o psicología experimental colectiva, no confunde el alma de las multitudes con la de los pueblos; aquélla es la estática, el motor de un conjunto heterogéneo; ésta es la dinámica, el estudio de los pueblos al través de la historia, tenidas en cuenta las influencias étnicas, climatéricas, sociológicas, históricas y demás.

Ciencia rudimentaria, la psicología colectiva experimental tiene aún mucho que decirnos; pero, sea de ello lo que fuere, el hecho de las atracciones y repulsiones congénitas entre los pueblos está a la vista, como lo están las fisonomías de esas personas colectivas que viven en la historia con el nombre de naciones, estados, etc.

¡La historia! Bien sabemos que cada pueblo escribe la suya, más aún que para formar sus sentimientos para satisfacerlos y cultivarlos. La

ZORRILLA DE SAN MARTIN

absoluta imparcialidad en los historiadores nacionales es una de tantas hipocresías, me parece. Los pueblos, en general, no saben historia, por otra parte; ignoran la propia, cuánto más la ajena; oyen fragmentos sin raíces; arraigan sus sentimientos instintivos en el último pedazo de crónica que pasa por el aire; sólo saben la música de ciertas palabras, de ciertos nombres de poder cabalístico.

II

Mucho de eso ocurre, efectivamente, en nuestros días, con la historia de Francia. No es la Francia histórica lo que está hoy generalmente en la imaginación popular universal, y determina las direcciones del instinto; pero es ésta, la Francia dinámica, y no la estática, la que debe ser objeto de análisis científico, si hemos de buscar las primeras causas de los sucesos.

La Francia, cuya vida o muerte se ha jugado en esta guerra, no comenzó en Bonaparte, por ejemplo, ni en la toma de la Bastilla, por más que Bonaparte, hijo de la Bastilla, ocupe hoy, convertido en bronce, la mayor parte de la ciudad de París. Que no siempre el bronce dice la verdad. y no pocas mentiras de bronce corren por esos mundos de Dios, a caballo y a pie.

LA FAMILIA ROMANICA

Tampoco ha concluido la historia francesa en las naturales vacilaciones y tropiezos de la tercer república, que, en guardia contra las restauraciones regresivas, ha dado tantos golpes sin ton ni son. La bandera de Francia está hecha de un fuerte tejido y nobilísimo; es inconsútil, sin costura, sean cuales fueren los colores cambiantes de que la haya teñido el tiempo. No todos saben, por cierto, que los tres verticales de que hoy está formada son emblemáticos desde su origen: el rojo representa en ella el pueblo; el azul es el símbolo de la ciudad de París; el blanco central lo es de la monarquía histórica.

Bien pudo, pues, el bueno de Luis XVI colocarse la *cocarda* o escarapela recién nacida, y bien hizo Lafayette en ofrecerle, como refugio, esos tres colores, para guarecerse de la tempestad inevitable, amasada por sus abuelos, que tronaba en el tempestuoso canto popular que nació con la bandera.

Y a propósito: he ahí otro símbolo, *La Marselesse*, dicho sea de paso, también desconocido y desfigurado por mucho tiempo. No ha faltado, antes ha sobrado, quien ha querido ver en ella una canción satánica o blasfema. No hay tal cosa, sin embargo, ni mucho menos. Las notas musicales del trémulo canto son copia literal de un himno religioso que formaba parte de los coros

ZORRILLA DE SAN MARTIN

de *Esther*, oratorio del maestro de capilla Lisou, compuesto sobre el drama de Racine; pero aún en la letra, en que Rouget de l'Isle parodió un himno guerrero para el ejército del Rhin, aún en esa valiente letra no hay una sola que no pueda ser cantada por el más religioso de los hombres. En ella se increpa al extranjero que invade el suelo patrio, y al que viola el hogar; pero no es la negación, ni el odio, lo que inspira esos trágicos anatemas.

Es una ingenuidad, por otra parte, la del que analiza la letra de los cantos nacionales para darse cuenta de lo que dicen. Es en la frase musical, en el ritmo, en el acorde, no en el sentido de las palabras, donde reside el poder de penetración de tales cantos; la palabra entonada tiene un alma; no sólo un sentido; es memoria, es entendimiento y voluntad. La frase musical tiene los sentidos y potencias de un organismo; incita o ruega; es adoración o acción de gracias; arranca lágrimas o produce escalofríos, o empuja y mueve hacia adelante como el viento, según los casos. Una palabra articulada tiene tantos sentidos cuantas formas o vibraciones musicales puede recibir.

Una escena que nos describe Charles Wager, testigo presencial, pasada en el fondo de una trinchera francesa, nos habla de eso. El avance

LA FAMILIA ROMANICA

mortal sobre el enemigo era inminente. Los soldados arrodillados rodeaban un altar, en que un sacerdote castrense iba a celebrar la misa...

Y dice éste a los soldados:

Hermanos, os exhorto, antes del ataque, a rezar algunos momentos... Muchos de vosotros habéis olvidado quizá los rezos que os enseñaron vuestras madres. ¡Qué le hemos de hacer! Pero hay un modo de orar que también es grato al Señor, y tenéis a vuestro alcance. Se alaba a Dios por medio de cantos. Acordad alguno entre vosotros que todos sepáis, y cantadlo con devoción, cuando yo eleve la Hostia Divina... Y comenzó la misa...

Los soldados se cambiaron en el silencio algunas palabras. Y, cuando llegó el momento solemne de la elevación, rompieron todos a cantar, y cantaron, la estrofa más intensa de *La Marsellesa*.

¡Amour sacré de la Patrie!

Y aquellos soldados saltaron la trinchera...

Y fueron todos a bien morir...

¡El amor de la Patria! Es un sentimiento sagrado, efectivamente, como lo dice la canción. Y no en balde, la Francia, unida en la bandera y en el canto, ha llamado a esa su unión "la unión sagrada".

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Pío X, el pontífice, que, después de la beatificación de Juana de Arco, besa el tricolor francés que le sale al paso en la nave de San Pedro, es un inspirado.

Hay quienes ven tiranos en todos los reyes; y los hay que sólo ven turbas en todos los pueblos; no faltan quienes creen que, con arrancar a éstos la lengua se les apaga el corazón; otros quieren que el corazón palpite hasta romper las costillas. Pero todo eso debe tenernos sin cuidado. Ni los unos ni los otros echan de ver que son unilaterales, como hoy se dice. ;Unilaterales! ¿Y quién no lo es generalmente? ¿Quién podría jactarse de dominar una cosa bajo todos sus aspectos, sin que se escape alguno, y aun muchos, innumerables, los esenciales quizá, que se presentan el día menos pensado, y lo dejan a uno como quien ve visiones?

Hablemos, pues, así, de la historia de Francia, tomando la posición que nos permita verla desde el mayor número posible de puntos de vista, como las montañas, y sin pretender salir de nuestro planeta.

III

Desde los tiempos primeros, en que la sociedad galo-romana entró en la lucha con los

LA FAMILIA ROMANICA

hombres de origen franco llegados con las invasiones bárbaras del Norte, la Francia es uno de los grandes ejes, acaso el eje del mundo occidental. Lo es desde mucho antes, si se quiere; pero adoptemos ese punto de partida, pues hemos de asomarnos a la historia, como el inicial de estas familias greco-romanas que forman el bloque *románico*, tan fácil de distinguir del *germánico* o del *eslavo*, por ejemplo, y que, en torno de Francia, ha cobrado su definitiva cohesión en esta hora de oscuridades y relámpagos: *el mundo románico*.

Los hombres del Norte impusieron a Francia el feudalismo, progenitor de los emperadores que aún hoy dan sus últimos resplandores en las tinieblas. Y fué precisamente en su lucha contra él, contra el feudalismo, como se formó la unidad nacional de Francia, en torno de sus reyes, como todos sabemos, después de haber aparecido *la caballería*, germen primero, quizá, de la futura democracia. La lucha de los reyes contra el señor feudal, dígase lo que se quiera, y pese a los vicios de los hombres, es conmovedora. Esa misma extraña figura de Luis Onceno, con sus supersticiones y todo, es un jalón en el camino de los hombres hacia la libertad de la justicia. Yo de mí sé decir que la juzgo más fundamental, menos accidental, mejor dicho, y más francesa

ZORRILLA DE SAN MARTIN

que la del mismo Bonaparte, con todas sus gloriosas conquistas y sus estatuas de bronce. El feudal sobre el bárbaro, y el rey sobre el feudal, son los estratos graníticos en que reposa la democracia. El siglo décimotercero es el del gran renacimiento; las catedrales góticas, las francesas sobre todo, son oraciones populares de piedra; la Universidad de París es el centro intelectual del universo.

Pero es otra, no la de Luis Onceno, la figura protagonista, orbital, de la grande historia. Incontaminada, llena de realidad terrena, y, al mismo tiempo, de sideral misticismo, sale Juana de Arco de la historia francesa, como una evocación. Es la mujer caballero; caballería del alma. Material como una piedra de Francia, y espiritual como una palabra de su lengua; heroica de alma y cuerpo, la historia humana no conoce figura más inmune. La de Isabel de Castilla, la española, la nuestra, cuyo brial de seda pasa sin mancharse, como una nube, sobre el charco de sangre y lodo de la España caótica, no es más grande, ni tan grande, con ser una maravilla de mujer fuerte. La unidad de España es hecha por una reina; la de Francia por una campesina, hija del pueblo labrador, conductora de corderos y conducida por arcángeles. *Hija de algo: la hidalguía*, que decimos en español.

LA FAMILIA ROMANICA

La Francia que estaba en los ojos de aquella vidente descalza es la que yo veo en el fondo de todos los sucesos de su historia, aún en el de los más confusos y negros; aún en los de su revolución; en los de esta enorme guerra, sobre todo. Por esos ojos, más o menos ocultos en nubes, sale siempre el sol de Francia. Y cuando se siente el olor del aire de la mañana, canta el gallo francés en los cercados, sacudiendo las plumas, orgulloso de ser un símbolo, *un hijodalgo* entre los pájaros.

La campesina profética hizo reyes para la patria; pero no la patria para sus reyes. Estos, tras la muerte de Luis Onceno, se afirman, con la unidad nacional, hasta llegar a la cumbre de Luis XIV, *le roi-soleil*... ¡El rey-sol! Cuando llega la soberbia, dice el Eclesiastés, entonces llega la deshonra. ¡Ya no hay Pirineos! Eso de creer que una palabra de rey, que no tiene fuerza para conquistar un puesto perdurable en el diccionario, ha de tenerla para disolver una montaña, es una simpleza, lo que se llama una simpleza. Los montes se transforman en fortalezas: se enconan contra el sol.

¿Quién ha hecho que España, la hija de Isabel de Castilla, no haya estado unánime, siquiera en espíritu, con su hermana, la hija de Juana de Arco, en este trance de vida o muerte por que ha

ZORRILLA DE SAN MARTIN

pasado la familia hispánica en Europa y en América?

¡El peñón de Gibraltar! ¡La invasión napoleónica!... Historia de solo ayer... Espíritus de contradicción que anidan en los Pirineos, precisamente, en sus grutas y cavernas, cuando no ponen sus huevos en los vacíos del cerebro humano, y lo llenan de murciélagos.

Fueron los Mazzarino y los Richelieu, sin embargo, quienes continuaron la lucha por la unidad francesa, en la de la monarquía contra el feudalismo; pero es ese cardenal Richelieu, príncipe de la Iglesia Católica, quien, para abatir la casa de Austria en provecho de la de Francia, tonifica el entonces pequeño rey de Prusia, rey luterano, que, andando el tiempo, ha de coronarse en Versalles emperador de la Alemania conglomerada en torno de su casco.

Bien será observemos, sin embargo, que ese siglo XVII, "*le grand siècle*", término del feudalismo y apogeo de la monarquía, es también aurora de democracia. La revolución contra los *roi-soleil* hace su víctima expiatoria del inocente Luis XVI; pero no es ella, no es la revolución propiamente la que emprende el camino hacia la luz nueva; es el mismo Luis XVI, obsérvese bien, el heredero de Juana de Arco, quien, en la plenitud de su carácter real, hace alianza con

LA FAMILIA ROMANICA

Washington, el genio de la república, que aparece en América, cuando menos se piensa.

No son muchos, por cierto, los que se han detenido a examinar, como es debido, ese grave fenómeno: la alianza, no ya de Lafayette y algunos nobles franceses, pero del mismo Luis XVI, de su bandera blanca flordelisada, con Washington, el demócrata de América, que lleva en la mano un puñado de estrellas o de soles como bandera. Es muy del caso examinarlo, sin embargo, si hemos de conocer los días y las noches de la historia, las noches, sobre todo.

Y si se recuerda que, con el monarca francés, entra también en tal alianza el español, el dueño de la otra América, el interés del caso sube de punto. Los reyes de España y Francia, efectivamente, son los aliados de la colonia inglesa, que, invocando la Democracia, se rebela contra su metrópoli y se emancipa. De los dos primeros millones enviados a Washington, el uno salió de las arcas reales españolas.

En cuanto a las francesas, ellas, las arcas reales, quedaron agotadas por el auxilio prestado a la colonia inglesa. Para hacer frente a esa situación, precisamente, propuso Necker, como es sabido, la reunión de los Estados Generales, punto de arranque de la revolución.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Y no es sólo dinero, notémoslo bien, no es sólo dinero lo que da España a la independencia de Estados Unidos; también coopera a la obra con la sangre hidalga de sus hijos. Tropas españolas luchan entonces contra Inglaterra, al lado de las americanas de Washington. Son aquéllas conducidas por *Gálvez*, el héroe español de aquella contienda, y cuyo nombre, *Galvestown*, ha quedado, como testimonio de gratitud, en la nomenclatura gloriosa de la América inglesa. Está en puertos, en ciudades, en regiones: *Galvestown*.

El rey de España se sorprende después, sin embargo, de que la otra América se le rebele, y de que el último desprendimiento, el de la isla de Cuba, sea apoyado por los Estados Unidos.

Y no hay para tanto; no hay porqué sorprenderse de eso, que no ocurre tampoco por casualidad...

¡Casualidad! Es esa una palabra casi sin sentido. Se ha dado ese nombre a la simple ignorancia de las causas. ¡Qué casualidad! dicen dos hombres que se encuentran inesperadamente en la cumbre de una montaña... Es casualidad para ellos; pero no para el que, situado en un sitio más alto, los ha visto salir y adelantar, el uno al encuentro del otro, por las vertientes ásperas del monte.

LA FAMILIA ROMANICA

Hay Alguien en lo más alto, *in excelsis*, para el cual no existe la ignorancia.

No fué por casualidad, ciertamente, por lo que Luis XVI y Washington se encontraron en una buena mañana de la historia.

La prudencia o ciencia verdadera consiste en prever, dadas ciertas causas, los efectos inevitables, y en adaptarse a ellos razonablemente, antes de que se nos echen encima, y nos aplasten brutalmente. Que no otra cosa es el sabio: el hombre conducido, en la escala de las causas, por la que más se acerque a la causa primera, *Causa Causarum*, causa de las causas.

Esa redonda cara de Bonaparte, el corso, que sale no sé de dónde; ese otro *roi-soleil*, que engendra la revolución, no es tampoco una casualidad, ni una causa; más que un astro, es un meteoro luminoso o deslumbrante fenómeno. Pero también en su torno, en torno de aquel resplandor de Francia, giran los globos. España va con él a Trafalgar contra el inglés; contra él a Bailén, en compañía del inglés. La Inglaterra y la Europa coaligada sienten las atracciones y repulsiones cósmicas. La bandera francesa ha cambiado de colores; son águilas, y no flores de lis, las que vuelan entre ellos; pero es esa bandera, la de Juana de Arco, la anciana que no envejece, la que preside la grande caravana...

ZORRILLA DE SAN MARTIN

No sé si esa historia, que apenas apunto o sugiero, ha contribuido a formar este sentimiento que confieso de veneración afectuosa hacia ese pueblo en constante incandescencia de materia sideral; pero el hecho es que yo, con ser, como soy, español nacido en América, muy español, veo a la Francia tan cerca de mi fantasía, de mi corazón sobre todo, que me parece poder estudiar su alma en la mía, como en un cristal de cultivo; de increparle sus errores, y *vice versa*. Me siento, por tanto, con la facultad de reconocer y hasta de increparle sus errores, y aun sus culpas, sin que pueda verse en ello otra cosa que un examen de mi propia conciencia y de la de mi raza; no para desearle, por lo tanto, y mucho menos infligirle, los dolores expiatorios, sino para reclamarlos y hacerlos míos, pues mías fueron también las culpas; para compartirlos, y creer, con ella, en la eficacia de los resignados holocaustos.

Y para esperar y confiar, con ella, en la victoria de sus seculares fortalezas.

IV

Porque más cerca aún que de mi fantasía y de mi corazón individuales, la vida de esa Francia lo está del pensamiento y del espíritu de todas estas nuestras repúblicas hispanoamericanas, que

LA FAMILIA ROMANICA

viven en tan grande parte de aquella vida; lo está tanto, que si uno piensa en lo que significaría para nosotros la ruina de Francia, su humillación, su muerte, siente el hielo en los propios huesos. No sería España, por cierto, ni ningún pueblo románico, su heredero. Pensemos en los destinos que hubieran cabido a nuestra stirpe, si, al decaer España, hubiera sido Alemania, y no Francia, el árbitro del mundo.

Si uno se imagina, en cambio, un triunfo absoluto del bien en aquella tierra de Francia, siente tan instantáneamente circular la nueva vida por todas las arterias del organismo greco-romano, que se llega a creer que allí está, efectivamente, como se ha dicho, el corazón de todo él. Es en Francia, no cabe duda, más aún que en el seno de cada una de las naciones románicas, donde todas y cada una de éstas han de librar hoy las batallas del bien y del mal; donde moralmente han de vivir o morir.

No pasa nada parecido, ni remotamente, con los pueblos de raza germánica; la introspección de que hemos hablado, el análisis del alma propia en la ajena, es mucho más difícil, si no imposible, para nosotros.

Nosotros, los hombres de civilización románica, no sabemos a ciencia cierta lo que es un hombre alemán, lo que tiene dentro un hombre

ZORRILLA DE SAN MARTIN

alemán. Deseamos su bien, pues somos cristianos, como debemos desearlo a todos nuestros semejantes; pero lo amamos más con la mente que con el corazón, en donde no se ha proyectado; es el mandato de una idea, no la atracción de una imagen. En nuestra América, sobre todo, abierta a todos los hombres, el hermano alemán, por bueno y amable que sea, y sí lo son muchos alemanes por cierto, es por largo tiempo un recién venido a la familia; siempre queda alguna intimidad que no se le revela, algún dolor doméstico que no se le hace compartir, porque no lo entendería. Los niños miran siempre por el ojo de la cerradura de su alcoba; algo tiene escondido bajo la almohada el rubio huésped de ojos incoloros. Se puede llegar a entender su lengua; pero jamás se entenderá bien su risa. Va ganando terreno en los corazones lentamente; sólo puede pasar por sus puertas, una tras otra, como el camello por los ojos de aguja o pequeñas aberturas laterales de las antiguas murallas: dejando en el suelo su carga de rasgos germánicos.

A eso contribuye la misma historia. En la de nuestra América, donde a cada paso encontramos la huella de Inglaterra, de Francia, de Italia sobre todo, (nada digamos de España y Portugal) casi no hallamos un recuerdo germánico, una cifra, una contribución a nuestra libertad. Nuestra

LA FAMILIA ROMANICA

nomenclatura geográfica no tiene un solo nombre alemán que yo ahora recuerde; nuestra lengua, cargada de *galicismos*, y de cadencias italianas, no tiene *germanismos* propiamente dichos. Ni siquiera la guerra nos ha acercado. Que también las guerras suelen vincular a los pueblos. El odio puede convertirse en amor; la indiferencia nó. Esta tiene que pasar por el período de la estimación, que es largo y frío.

Un triunfo del bien en Alemania, si bien deseable, tardará tantos años en llegar a nosotros, tanto en adaptarse a nuestra vida, que casi no podríamos considerarlo triunfo humano; tampoco una derrota allí de las ideas nos alcanza. La idea alemana, si ya no es la fórmula científica, simple hecho sin patria y sin corazón, no cruza el mar con la rapidez de la mercancía; no penetra en nuestra alma como el proyectil en nuestros huesos. El solo romper el muro de la lengua que nos separa, impondría al espíritu germánico, por bueno que fuera, un esfuerzo secular, si es que no emprende la tarea de aniquilar nuestra alma en nuestro verbo. No seríamos nosotros, nuestra generación, quienes pudiéramos hacer propio un triunfo moral de Alemania. No creo que fueran tampoco nuestros hijos, que, como nosotros y como las hojas de otoño, tendrán que caer, para abonar la tierra y preparar futuras cosechas.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

No es posible que nos resignemos a tanto, así se nos ofrezcan, en cambio, todas las riquezas de este mundo para embalsamarnos. Sólo un inconsciente o majadero ha podido desear, en el mundo románico, la ruina o la muerte de Francia, para conquistar en alemán la libertad, el orden, la virtud social, la vida; sólo un majadero.

V

Bien es advertir que yo no acepto, sin muchas reservas, eso de *raza latina* de que suele hablarse, a menos que la palabra "raza" sea tomada en un sentido, no antropológico, sino simplemente etimológico: *radix*, raíz, tronco común. Si lo latino es lo procedente del *Lacio*, de la familia itálica, mejor dicho, entre cuyos dialectos predominó el *latino*, entonces el concepto es claro: pueblos de lengua *itálica* o *latina*, pueblos *románicos*, si se quiere; hijos o derivados de Roma; nacidos en torno del Mar Mediterráneo, como Cristóbal Colón, el itálico; del Mar Mediterráneo, de que es parte el Egeo, en que está Grecia, nuestra abuela, y su archipiélago de mármol.

Y al decir "lenguas", decimos algo así como sangre espiritual. Que no otra cosa es la lengua: un temperamento, un vínculo o aire de familia, determinado por la educación paterna; una per-

LA FAMILIA ROMANICA

petua sugestión determinante de la acción cotidiana, y de las corrientes más profundas de la historia.

Con esos términos, más o menos vagos, *raza* o *familia latina*, queremos, pues, expresar la conservación, a través del cristianismo, del eje greco-romano, eje, aunque no alma de la civilización cristiana, en torno de la cual suenan las lenguas que invocan al Creador y Señor de los cielos y tierra llamándolo con el nombre de Dios: *Dieu*, *Dio*, *Deus*...

Pero advirtamos aquí algo que quiero subrayar, como de importancia suma, y que alguien juzgará extravagante. Entre esos hombres que así hablan, debemos incluir, aunque no lo parezca, los pueblos de lengua inglesa. No lo parece, porque éstos dicen *God*, y no *Deus*; *head* y no *caput*; *heart* y no *cor*, *cuore*, *corazón*, *cocur*... y lo demás. Pero a poco que, pasando por la superestructura anglosajona de esa lengua inglesa, examinamos sus cimientos, salta a la vista y aparece una remota causa, que nos hace meditar seriamente.

El inglés dice *God*, efectivamente, como dice *Gott* el alemán, para invocar a Dios, la suprema idea; pero mientras este, el germánico, dice *Gottlich*, *Gottheit*, cuando quiere expresar lo Divino, la Divinidad, el inglés recurre a la raíz

ZORRILLA DE SAN MARTIN

itálica: *Divinity, Divine, Supreme, Eternal*. Roma, la madre Roma, mucho más próxima de lo que parece, es culto, adoración, en aquella grande alma colectiva de Inglaterra. Es también pensamiento en su cabeza, *caput*, y latido en su corazón, *cor cordis*, y acción y fuerza en sus manos, *manus*, y sostén y camino en sus pies, *pedes*. Que si el inglés dice *Head*, para marcar el centro del pensamiento, dice también *capital*; y si dice *Heart*, para expresar el órgano del sentimiento o corazón, también dice *cordial*, para hablarnos de sus funciones... Y dice *pedestal*, aunque diga *foot*; y *manual*, aunque diga *hand*; y *port* aunque diga *door*... Los filólogos nos hablan largamente de esto. Que nos baste a nosotros con lo dicho, ingenuo y casi infantil, y accesible a todo el mundo como es, para sugerirnos algo de las remotas causas de este gran fenómeno sociológico de que hemos sido testigos: la conglomeración misteriosa, por obra del verbo romano, de pueblos distantes, al parecer, pero cuya cultura arranca del *Lacio*, frente a los germánicos.

“Inglaterra era y continúa siéndolo, una provincia del antiguo imperio romano, dice H. Beloe, el publicista inglés; no se libró de su dominio, como la Prusia o la Escandinavia o la Escocia. Por eso las raíces de la fé son tan antiguas entre nosotros como en las regiones de

LA FAMILIA ROMANICA

la Europa Mediterránea, y es de Roma de donde viene nuestra cultura hereditaria”.

Hipólito Taine afirma, en su Historia de la Literatura Inglesa, que la conquista de Inglaterra por los hombres de genio y cultura romanos, por los normandos de Francia, “fué lo que decidió de la historia de Inglaterra, e imprimió al inglés el carácter que lo separa de los otros pueblos germánicos”. No sé hasta dónde es exacta la afirmación; pero es indudable que esa fuerte rama del tronco germánico no vive sólo de su savia. Sobre eso no puede haber la menor duda. Shakespeare, el genio inglés, lo más alto y hondo del alma inglesa, era católico en la fé, y romano en el sentimiento: Romeo y Julieta son el amor; el odio es Otelo; Desdémona, Poycia, Julio César... todos romanos. Goethe es el genio alemán: Fausto.

Bien es verdad que Alemania ha procurado, más que nadie, basar su civilización en la lengua greco-latina. En parte alguna han sido cultivadas como allí las lenguas clásicas, con gran provecho, por cierto. Pero el latín es, para los alemanes, lo que el alemán será siempre para nosotros, los románicos: un fuerte alimento de la inteligencia: no el verbo consubstancial de la inteligencia misma, como lo es para nosotros.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Ni siquiera el genio helénico se reconoce a sí propio, me parece, en el alma germánica. Que Goethe no amaba a Helena como nosotros, es fuera de duda. Ese Euphorion, hijo del matrimonio de Fausto con Helena, unión de vidas artificiales, producto híbrido de la obsesión de un pensamiento panteísta y de la imaginación laboriosa, no es un ente de nuestra especie; nos interesa, nos sugiere, pero no nos inspira amor.

La línea arquitectural greco-romana, la ley armoniosa del dintel y del módulo, no se adaptaron, por demasiado nítidas, al clima germánico. Este fué más propicio a la catedral gótica, hermana de la selva; pero los seres alados que pueblan la bóveda ojival germánica no son los mismos que los que vuelan en los bosques de piedra del mundo románico; las bandas de pájaros norsos anidan en todos los mechinales, y se posan en las gárgolas. Y entre ellos está Thor, el gigante, el dios escandinavo, amado de los germanos.

Thor, dice Heine, profetizando, se levantará con su potente martillo y demolerá las catedrales góticas. Es claro que Heine habla del gótico francés, del español, del inglés; no del germánico.

Otro tanto ocurre con la lengua del Lacio en aquel clima; será siempre extranjera en el alma y en la boca germánicas; la vocal sonora no se

LA FAMILIA ROMANICA

adapta a aquel organismo, construído por la naturaleza para otras modulaciones.

Víctor Hugo está en lo cierto, quizá, cuando encuentra una íntima relación entre las lenguas y los climas. El sol produce las vocales, dice el poeta, lo mismo que produce las flores; el Norte se eriza de consonantes, lo mismo que de hielos y de rocas.

La música instrumental, efectivamente, es propia de los pueblos de consonantes, como lo es el canto de los de vocales. Alemania es la patria de los grandes pájaros en coro, de los sinfonistas maravillosos, de los oídos penetrantes y sabios, de las orquestas; Italia, Francia y España, lo son de los cantantes expresivos. Aquí canta el pájaro en el árbol; allí resuena todo el bosque. La melodía es el alma individual que se siente a sí misma; la gran sinfonía es su fusión en el alma universal; es la grandeza característica de Alemania.

Bien vió eso el emperador Guillermo, cuando, en la gran crisis del pleito sobre la enseñanza, los partidarios de la formación intelectual clásica, basada en el griego y el latín, la defendían con pasión en solemne asamblea. El emperador tuvo entonces su frase decisiva, que fué el lema de la nacionalidad: "Yo no quiero ni griegos ni latinos; quiero alemanes".

VI

Hemos estado, pues, en presencia del secular problema: el de descentrar el mundo moral con el material y el político. El eje del orbe civilizado, que, apoyado en las islas Británicas, llegaba hasta Grecia, con Roma por centro, debía cruzar entre Hamburgo y el Golfo Pérsico, pasando por Berlín; la lengua de Roma, nacida a orillas del Mediterráneo, debía dejar su puesto a la formada en las selvas del Norte; el sol, que marchaba de oriente a occidente debía cambiar de curso.

En esa enorme alternativa, *Roma o Germania*, la gran familia que se formó en torno del Mar Mediterráneo, la romana, la anglo-románica si se quiere, se ha sentido el alma... Está menos remota de lo que parece esa causa de cohesión entre los pueblos que han librado la gran batalla contra la selva, que, como la de Macbeth, se puso en movimiento hacia el Mediterráneo. Nosotros hemos deseado, como es natural, que Roma *permanezca*. Esa es toda nuestra causa: Sostener el eje del mundo en peligro.

Claro está que, en ese anhelo de predominio de las lenguas romances, el nuestro de hispano-americanos es, y debe ser, el de la difusión y

LA FAMILIA ROMANICA

prestigio de nuestro verbo español entre los hermanos; pero es fuera de duda que, hoy por hoy, a ello llegaremos más fácilmente por el de la lengua inglesa que por el de la alemana, y que casi lo alcanzamos con el de la francesa en el mundo civilizado. ¿Quién negará que hemos estudiado y aprendido mucho en francés?

Ese y no otro es el camino hacia la futura benéfica influencia de la gran familia hispánica en el mundo, si, como debemos creerlo, ella está llamada a ser, en el porvenir, lo que ha sido en el pasado.

Los románicos, los españoles, sobre todo, que hoy esperan la propia regeneración de un cambio de verbo predominante en el universo, están vencidos para siempre; no han pensado en ser dueños de sí mismos, sino que, resignados a no serlo, han querido cambiar de dueño, y optado por el menos conocido, creyéndolo mejor.

No trataremos de eso en este momento: de si nosotros, los románicos, los hispánicos especialmente, somos mejores o peores que los otros, por más que casi todos los santos del calendario son romanos, franceses, españoles, ingleses, italianos ... casi no los hay germánicos, que yo conozca. Pero mejores o peores, somos lo que somos; es nuestra heredad la que hemos de cultivar. Los pueblos hijos de Roma viviremos juntos, o

ZORRILLA DE SAN MARTIN

juntos moriremos; nos arrepentiremos en nosotros mismos, si somos pecadores, y en nosotros mismos resucitaremos al tercer día. El *¡surrexit!* de la grande aurora, el "*ha resucitado*", no será dicho en germánico ni en eslavo para que sea obedecido por nuestros vivos y nuestros muertos; por nuestros espíritus visibles e invisibles.

¿Quién es ese majadero que dice que sólo la muerte puede ser difundida en lengua latina o romana, mientras que sólo la germánica tiene el secreto de la ciencia, de la virtud y de la vida enérgica?

Bien sabemos todo lo que se ha hecho por divulgar los vicios de nuestra estirpe y de nuestra lengua; los de la más difundida, sobre todo, como es natural. Yo de mí sé decir que conozco muchas virtudes francesas, muchas virtudes románicas. Tócate el corazón, oh tú, hombre de mi raza, y dime dónde sientes en tí el germen de virtud de origen germánico. Los de origen francés, en cambio, te saldrán al encuentro aunque no los busques.

Si el exceso de bienestar, que engendra voluptuosidades y molicies, ha debilitado las fortalezas de la estirpe, volveremos a andar descalzos, si es preciso, como Juana de Arco, la mujer francesa por excelencia; a no cambiar de ropa, aunque esté manchada por la armadura,

LA FAMILIA ROMANICA

como Isabel, la castellana, la española. Y recobraremos la sobriedad antigua que formó la raza fecunda, madre de varones fuertes. Pero entretanto, si confesamos a Dios nuestras culpas, no lo haremos ante el dragón, ni esperaremos sus absoluciones. Mefistófeles agrandará siempre el pecado de Margarita; lo considerará siempre sin redención.

Confortémonos; la enorme guerra nos ha revelado, llenándonos de gloria y de esperanza, que las antiguas virtudes existían incólumes en los huesos de la raza, pese a las transitorias declinaciones del exceso de bienestar. Había, pues, muchos hombres, en Francia, dispuestos a bien morir; muchas eran las mujeres francesas ¡muchas! deparadas al holocausto.

La sangre que riega el ara de las expiaciones es copiosa, y es preciosa, y estremece el corazón recto. Ella se eleva al cielo en nube suplicante. Y grandes silencios descienden, como la lluvia, de las alturas misteriosas...

Y leemos, en el libro santo, la palabra del Apóstol que conforta la esperanza y abre los brazos de Cristo a todos los penitentes, a todos sin excepción, a judíos y a gentiles.

“Si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y la ceniza de la ternera esparcida sobre los maculados santifica en orden a la purifica-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

ción de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, que, por el Espíritu Santo, se ofreció a sí mismo, sin mancha alguna, limpiará nuestra conciencia de las obras de la muerte, para que sirvamos al Dios vivo? Así que por eso es mediador del Nuevo Testamento, para que, interviniendo su muerte en expiación de las rebeliones cometidas en tiempo del primer Testamento, los que son llamados reciban la promesa de la herencia eterna, en Cristo Jesús, Nuestro Señor”.

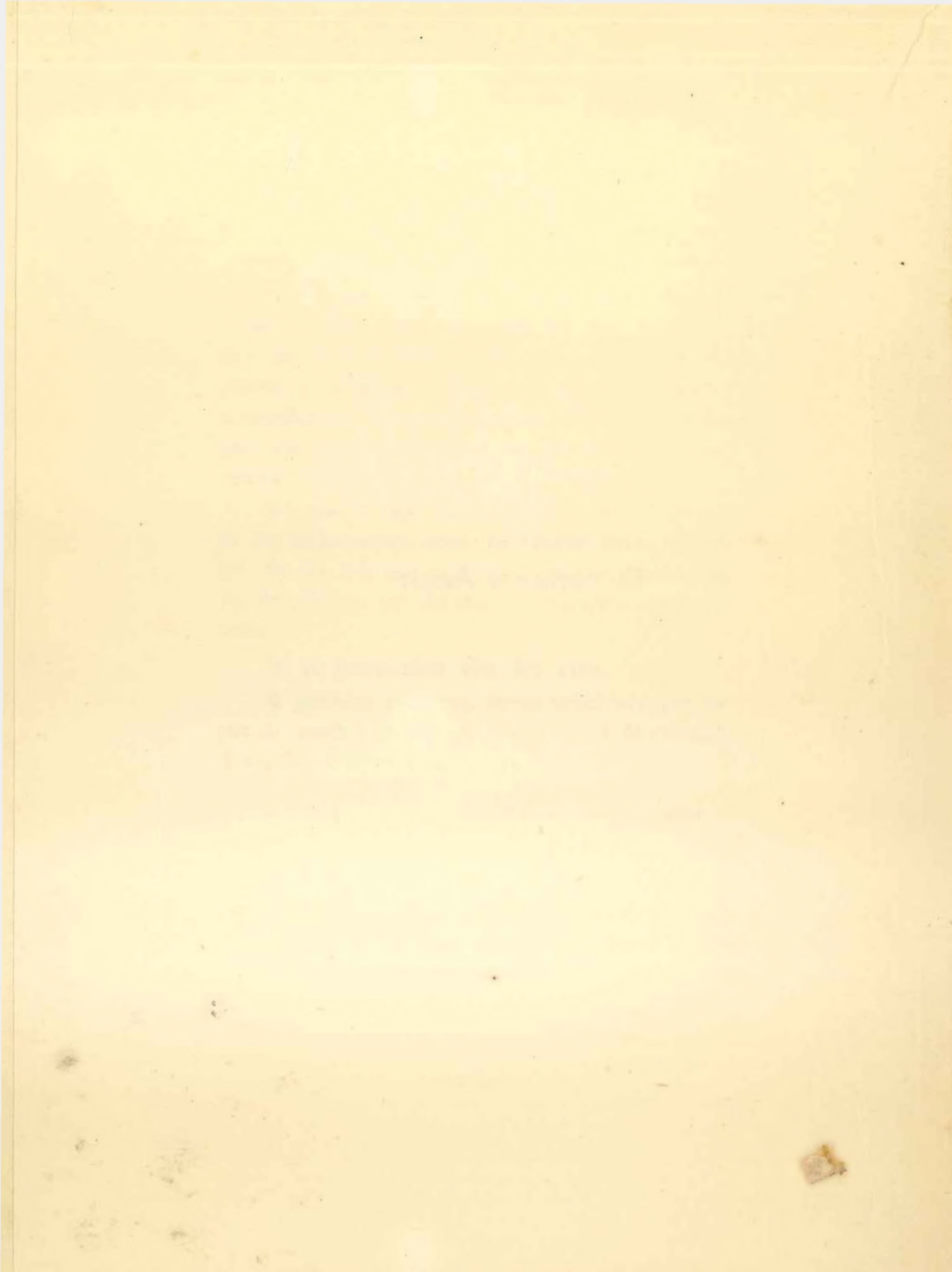
Es esa la más sublime expresión del poder de los holocaustos, alma del cristianismo: la sangre de los héroes, purificada por su unión con la de Cristo, es sacrificio expiatorio, impetratorio...

Y la humanidad alza los ojos.

Y grandes silencios, como oraciones que están de vuelta, descienden sobre nuestras cabezas, desde las alturas misteriosas...

Montevideo.

El canto a Aegir



EL CANTO A AEGIR

(De un libro inédito)

I

Y volvamos a lo que antes decíamos: al canto que hube yo de oír, cuando pisé por primera vez tierra de Francia: el *Canto a Aegir*, dios de los norsos.

En ese año de 1894 de que hablaba, ocupaba el trono de Alemania el segundo de los Guiller-mos, el postrero de los Hohenzollern, que reinaba desde 1888. El primero de ellos había terminado la construcción de la Alemania enorme, en torno del casco de Prusia, y de las doctrinas que Hegel ha definido. La guerra y la victoria, jueces de última instancia, lo habían coronado emperador en Versalles, en 1871.

Era el último caso clásico de unidad por heterogénea conglomeración; Alsacia y Prusia, Lorena y Baviera, pedazos de Polonia, Sajonia y Wurtemberg y Silesia, Westphalia y Baden; los pueblos del Rhin y los del Báltico. etc., etc., to lo estaba conglutinado por un agente o genio: el

ZORRILLA DE SAN MARTIN

pangermanismo. Este hablaba en alemán, odiaba la lengua francesa, aunque la cultivaba como esencial a toda buena educación, y comenzó su obra de unidad sociológica, como se sabe, por lo que se llamó *Kulturkampf*, lucha por la cultura, es decir, guerra contra la religión romana desde el luteranismo.

No es ahora el momento de establecer hasta qué punto ese antirromanismo religioso se identifica realmente con la conglomeración política germánica; pero es muy conveniente conocer hasta donde tal pensamiento estaba, como conglomerante, en la cabeza del gran arquitecto de aquella construcción almenada, que no fué otro, como es sabido, que el prusiano Bismarck.

La carta de éste, dirigida a d'Arnim, su embajador en París, el 7 de Abril de 1871, puede servirnos y nos servirá de clave. Fué leída por Mr. Gaudi de Villaine, en la Cámara francesa, el 7 de Abril de 1911, y está insertada en el Diario Oficial.

Antes de leerla, será bien recordemos la hora en que fué escrita. La Francia, tras la guerra inculcada por Bismarck y precipitada por él con un telegrama fraguado, bien célebre por cierto, acababa de caer sobre el escudo, cubierta de heridas, que parecían mortales de necesidad; falta-

ba sólo darle el golpe de gracia. Pero, con asombro de todos, de Bismarck en primer término, la exangüe nación se había puesto de pie en una actitud tal, que aquella pálida convalesciente, con la cabeza vendada, con el brazo en cabestrillo, y con toda la vida concentrada en la hondura de los ojos, inspiraba respeto más que piedad: casi daba miedo.

Y, lo que era más de temer, aquellos ojos resplandecientes parecían mirar lejanías misteriosas, como los de los que han visto una cosa invisible.

¿Qué distinguió Bismarck en ellos?

Fué entonces, en Abril de 1871, cuando escribió a su embajador en París, la carta de que hablamos.

“Una política católica de Francia, dice esa carta, le daría una grande influencia en Europa, y hasta en el Extremo Oriente. El medio de contrarrestar esa influencia, en provecho de la nuestra, es abatir el catolicismo, y el papado, que es su cabeza. Si podemos alcanzar ese objeto, la Francia está aniquilada para siempre”.

“Emprendo contra la Iglesia una guerra que será larga y terrible. Es preciso hacerlo, *para acabar la obra de destruir a Francia*. Mantenga usted, en las hojas radicales francesas, el miedo al espantajo clerical, propalando las calumnias o

ZORRILLA DE SAN MARTIN

los prejuicios que ha hecho nacer ese miedo. Haga usted también hablar amenudo, en esos papeles, de los peligros de la reacción, y de las usurpaciones del clero. Esos trampantojos (bailivernes) no dejan jamás de producir su efecto sobre las razas ignorantes”.

“Ponga todo su cuidado en mantener ese cambio de servicios mútuos entre los republicanos y nosotros. Que será la Francia la que pagará los gastos”.

La religión para ese bravo personaje de Bismark, era un medio, como se ve, de obtener el solo fin: el predominio moral y material en el mundo de la familia germánica, basado en el aniquilamiento material y moral, moral sobre todo, de la otra ignorante familia. Eso es la religión, o la no religión, como diría Carlyle, de aquel prusiano, hermano de Metistófeles. No era la sustitución de una religión por otra lo que él quería; le bastaba con estirpar en Francia la católica; así se quedaría sin ninguna. Era bastante para morir, si Bismarck no se equivocaba.

Nadie negará su claridad de visión. Él veía la fuerza de Francia, mejor quizá que los mismos franceses, en su unidad religiosa romana, con tanta mayor precisión cuanto que no podía menos de distinguir el punto flaco del conglomerado alemán en su diversidad de creencias, pese a la

EL CANTO A AEGIR

unidad de raza. La Prusia luterana no haría jamás buenas migas con la región Rhenana y la Babiera católicas; la comunión del Austria apostólica con la Turquía musulmana, exterminadora de los armenios, y con la Alemania heterogénea es un cuerpo inverosímil. Y si a él se agrega la Bulgaria, cuyo rey Fernando hace apostatar de la religión católica paterna, materna sobre todo, a su hijo Boris, para dar a su corona el apoyo de la Rusia cismática, la inconsistencia sube de punto. Todo evidencia el supremo temor de Bismarck: el de ver, frente a ese conglomerado, a la vieja Francia unida en su fé religiosa secular. *Gesta Dei per francos*. Para destruir a la Francia, era preciso comenzar por hacer eso imposible, efectivamente. Tenía razón que le sobraba el caballero de Bismarck, hermano de Mefistófeles.

Y salió con la suya, preciso es confesarlo, en gran parte, cuando menos; sólo en parte, felizmente. Consiguió evitar la unión de Francia en torno del catolicismo; pero no logró hacer la de Alemania en torno del luteranismo allí predominante, sino en torno del casco del emperador. Y no fueron puramente los republicanos radicales franceses, por cierto, los que en Francia le secundaron en su obra de abatir el catolicismo y el papado. Que no dejaron de hacerlo también los otros, los devotos del régimen político A o B,

ZORRILLA DE SAN MARTIN

que, confundiendo el régimen con la religión, atraían sobre ésta las execraciones y los golpes de los parciales del régimen contrario, que, como es natural, se defendían furiosamente. Eran, pues, los colores de la bandera, el azul, el rojo y el blanco, de que hemos hablado, los que, con sus luchas frenéticas, ponían en peligro la bandera misma.

El tejido inconsútil de ésta no sufrió detrimento, sin embargo; el blanco de Juana de Arco sigue fundiéndose en el aire con el rojo del pueblo y con el azul de la ciudad de París; la enorme historia de Francia pasa por ella, y la despliega sobre el cielo como una ráfaga de viento. Es un organismo, lo que se llama un organismo, esa fuerte bandera, con sus tres colores verticales resplandecientes.

II

Bien será advertir que ese anhelo de abatir el papado para aniquilar la Francia; ese tomar la religión como simple *instrumentum regni*, no es sólo un pensamiento de Bismarck; es una de las tantas formas de la filosofía moderna más difundida en Alemania, y de que fué Hegel el grande intérprete. Este considera la autocracia prusiana casi como parte integrante de su filo-

EL CANTO A AEGIR

sofía y del orden del universo; es la sola religión. Herbat ve el estado concentrado en el soberano: Strauss, Mommsen, Sybel, etc., etc., rinden culto al derecho divino de los Hohenzollerns. Esa es la base de la metafísica inoculada en aquella alma colectiva, pese a los esfuerzos de los eximios intérpretes de la filosofía cristiana que allí aparecieron, y que libraron animosas batallas con ese formidable de Bismarck, hasta dar en tierra con su *kulturkampf*.

Pero no hicieron otro tanto, ni lo preteundieron, por cierto, con el otro espíritu de tinieblas. Tras el antirromanismo religioso, vino, como es sabido, y como no podía menos, el antirromanismo sociológico, militar, y, sobre todo, político: el *pangermanismo*, que también es antisajonismo, odio al inglés, y aún a sus hijos remotos, por lo que tienen de románicos, que no es poco, dicho sea, por ahora, de paso. El pangermanismo así entendido no tuvo resistencias en Alemania. Todo lo contrario; los alemanes todos, aún los de la religión romana, se agruparon en torno del emperador... ¡de nuestro emperador!

Creían éstos, de buena fé, que, en torno del emperador, aprovechando las fuerzas conglomerantes, las disciplinas férreas, el orden y el progreso interiores, sólo se organizaría el bien.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

No advertían que esas disciplinas eran tanto o más aprovechadas por el mal que por el bien. El hecho es que nada ha progresado más que el socialismo anticristiano en aquel conglomerado, ni arraigado con más fuerza en el pueblo. El socialismo nacido en Francia con carácter ideológico (iba a decir romántico) ha tomado, al germanizarse, todo el carácter de una fuerza positiva y política, que se ha difundido por el mundo, por Rusia sobre todo. Ahí está. Se formó en torno de "nuestro emperador", con más rapidez y mayor energía que el Centro; no hay duda de que éste, el Centro, ha ido perdiendo en cohesión romana, tanto más cuanto más ha buscado su cohesión en el germanismo, o en su propósito de "salvar el imperio ante todo".

Si en esto puede verse, como lo creyó Bismarck, una pugna entre dos razas, la una ignorante y la otra sabia, yo no lo sé: pero se cree distinguir, efectivamente, la gran lucha del Norte y su raza homogénea, compacta, madre del feudalismo, contra el mediodía humanizado, clima de democracia; algo del choque de los habitantes de la selva interior, celosos de la pureza de su sangre y convencidos de su superioridad antropológica, como base de toda moral, contra los nacidos a orillas del Mediterráneo, producto de

EL CANTO A AEGIR

varias razas y pueblos, *substractum* de la familia universal.

El rápido subir de esa marea en el alma germánica ha sido un hecho presenciado por nuestra generación: yo cuando menos lo he tocado con la mano. El hombre que decía *Gott, Gottheit*, y no *Dios, Deus, Divinity, Eternal*; el que podía decir "soy alemán", así fuera individualmente la más amable de las personas, el vecino de frente a nuestra casa, el rubio comerciante que nos vendía su mercancía, se consideraba muy poderoso; no era como los demás hombres; era una fuerza de la naturaleza creadora. Y el que podía decir "soy prusiano", más poderoso todavía, invencible; veía en su propia sombra, identificada con la de "nuestro emperador", la de una fortaleza que iba cubriendo la tierra. Un enorme casco era su cimborio; un mandoble de piedra su contrafuerte o botarel.

Puede presumirse, según eso lo que sentaría en sí mismo el joven Guillermo de Hohenzollern, cuando, en 1888, subió al trono de Alemania.

Poco tardó, como sabemos, en separar de su lado a Bismarck. Y tenía que ser así. Bismarck, que había hecho al emperador, no pudo resignarse a que, también para él fuera tal emperador. Guillermo lo echó de su casa, porque le estorbaba,

ZORRILLA DE SAN MARTIN

pero, al verlo salir, estalló en una crisis de llanto, según dicen. Ha sido ese el momento más "heroico" de Guillermo. Y el que nos reveló lo que era un emperador alemán: el momento del derrumbe de Bismarck.

III

Aunque ambos eran bien germánicos, nada tenían de común psicológicamente esos dos hombres: Guillermo y Bismarck. Eran, efectivamente, incompatibles. El contraste entre esos dos caracteres puede servirnos a maravilla para estudiar el que ahora nos interesa, y que vamos a examinar, como protagonista que fué de la tragedia que hemos presenciado.

Y entendámonos bien: decir "*protagonista*" no quiere decir "*responsable*". No hay hombre responsable de algo tan super-humano como esa tragedia; no hay hombre capaz de una responsabilidad semejante.

No puede negarse que el membrudo de Bismarck, el primer bebedor de cerveza, como Thor el norso, en aquella tierra, tenía algo de genial, es decir, de cosa fija, de núcleo sideral. El otro nó: Guillermo no es más bebedor de cerveza que cualquier otro; pero tampoco tiene nada de genio, es decir, no es cosa fija, ni siquiera para sí

EL CANTO A AEGIR

nismo: no ve su propia realidad; ve la realidad de sí mismo al través de las propias apariencias. Todo lo que en Bismark era positivismo experimental, propósito práctico, fría relación entre los medios y los fines, es en Guillermo sobre-excitación imaginativa, y fe en las propias intuiciones imprecisas, que podríamos llamar sensualidad de las facultades superiores. Es ésta una especie de sensibilidad no excitada por un objeto sensible determinado, y que no engendra tampoco un deseo concreto, porque no exige una belleza superior, un ser amado a quien ofrecer los propios éxitos a cambio de sus miradas; la misma gloria, en ese Guillermo, no tiene forma de mujer; no es lo que suele llamarse amor.

Ese caballero, por otra parte, es el tipo del hombre inexperto, prisionero de sí mismo. No se da cuenta de que su propia realidad, como todas las creadas del universo, está en una relación no solo con lo increado, sino también con las demás criaturas. Guillermo, en su inconciencia, llegó a creerse una relación con sólo lo increado. Las criaturas, su pueblo alemán, que las concentraba todas, tenían que amarlo a él necesariamente, como si se amaran a sí mismas; y no por lo que hacía, sino por lo que era. No tenía necesidad de hacerse amar; le bastaba con existir. Guillermo no

ZORRILLA DE SAN MARTIN

se creía dueño "de su trono amado", como dice alguna vez, a título hereditario en sentido jurídico, sino como consubstancial del trono mismo, si se me permite la expresión audaz: amar su trono era amarse a sí mismo; y amarse a sí propio era amar a Dios. Es la doctrina hegeliana.

De eso ha nacido su espiritualismo, rayano en un misticismo vago y sensual, que él confunde con el cristianismo, siendo su antítesis. Y que es oportuno analizar.

Ante todo, no creo que pueda verse en ese Guillermo un caso de hipocresía o simulación. Lo que soy yo, cuando menos, jamás podré persuadirme de que haya sido un simulador de mala fé, o un hipócrita; menos todavía, por supuesto, un caso extraordinario de irresponsabilidad patológica, como ha dado en creerse.

Es bien el momento de que nos detengamos en eso, en la fé religiosa de Guillermo. Que es más sinceramente religioso que Bismarck, no me cabe la menor duda. No tenemos derecho a negar la sinceridad de su fé luterana, ni a juzgarlo y sentenciarlo prescindiendo de las circunstancias atenuantes, que se computan al mayor de los criminales: hay en él una ignorancia que, según pueda calificarse más o menos de invencible, atenua-

EL CANTO A AEGIR

rá más o menos su pecado, y cuyo análisis se no impone, al hacer el de su carácter.

El de Guillermo es perfectamente simple; pudiera llamársele un primitivo, pese a las apariencias que lo presentan como complejo. No hay tal cosa. Perdería el tiempo quien buscara en ese espíritu las turbaciones o inquietudes del religioso Cromwell de Carlyle, pongo por caso, cuya imaginación melancólica le envuelve en brumas la conciencia, siempre según Carlyle, por supuesto. Guillermo cree verlo todo con claridad; es un iluminado; va en línea recta, con la cabeza levantada y los ojos fijos, hasta dar consigo mismo y con su pueblo en el barranco. El mecanismo (valga la frase de Taine) de su pensamiento y de sus acciones, es visible; no hay en él nada de las almas tempestuosas que concibió Shakespeare; desata la tempestad sin tenerla dentro, si ya no es muy en la superficie.

En la colección de sus discursos, más espontáneos, y más verdad, por consiguiente, que sus *Memorias*, podemos estudiar su moral, base de su credo político. Es éste un misticismo fundado en el libre examen o interpretación individual de las sagradas escrituras, conciliadas con el cesarismo o estatismo de Hegel: el dios estado, fuente de toda moral y de toda ley obligatoria

ZORRILLA DE SAN MARTIN

en conciencia; el emperador, solo Señor; el derecho divino de los Hohenzollern.

El quiere "permanecer fiel hasta la muerte a la tradición del Evangelio"; cree "que la personalidad de Jesús es la sola dirección de la vida humana, especialmente para aquellos a quienes alcanza una responsabilidad". "No puede ser buen soldado, dice a los suyos en uno de sus místicos sermones militares, el de Mayo de 1893, quien no es, al mismo tiempo, un buen cristiano. Como el poder real nada sería sin el altar y el crucifijo, así el ejército no es tampoco nada sin la religión".

Pero él se llama a sí mismo, en pleno Marzo de 1890, "el lugarteniente que Dios Todopoderoso nombró para ejecutar en la tierra sus decisiones." Y no sin causa, por lo tanto, reclama de sus súbditos la obediencia absoluta. Eso, para él, es ser buen cristiano. En el imperio, dice en Mayo de 1891, hay un solo hombre que puede mandar, y ese hombre soy yo... "Y aplastaré al que quiera atravesarse en mi camino", dice en Febrero de 1892.

Confesemos que no nos sentimos aquí en presencia de lo que suele llamarse un tirano, sino en la del último ejemplar de una especie que desaparece, pero cuyas parodias vemos aún en esos personajes que, en todas partes, y bajo todas las for-

EL CANTO A AEGIR

mas, no bien se ven encumbrados, se juzgan *superhombres*. Esos inmortales de una hora son producto natural de las atonías o de las excitaciones morbosas de la sociedad política; lo mismo los engendra el escepticismo que la afición exaltada; lo mismo la ignorancia que el dilettantismo científico; lo mismo la forma monárquica de gobierno que la republicana. Son hijos de la oscuridad, como los hongos. La verdadera idea cristiana, la ciencia verdadera, la democracia, no puede producir semejantes criaturas.

Las mismas consecuencias que Guillermo saca de lo que cree principio cristiano, exactamente las mismas, son las que deducen los otros, Hegel, Mommsen, Sybel, de sus filosofías positivas: el derecho divino hegeliano de los Hohenzollern, la autocracia prusiana, el orden del universo fundado en el predominio de la razón germánica: el impulso de aplastar todo cuanto se atraviesa en el camino.

Eso, en lengua cristiana, se llama soberbia o concupiscencia del espíritu; pecado que, en sus consecuencias, es más o menos funesto; pero que en su esencia, es el mismo en el emperador, en el presidente o en el simple hijo de vecino.

ZORRILLA DE SAN MARTÍN

IV

Porque es esa, precisamente, la piedra de toque para reconocer la verdadera procedencia de todo aquel principio, y distinguirlo del espíritu evangélico.

Tú emperador, moralista, autoridad, cualquiera que seas, tú que te atreves a invocar a Cristo, bueno es que te acuerdes de que el ángel del Señor purificó la boca del profeta con un carbón encendido antes de confiarle su mensaje; y no olvides que aquel otro que se llamaba Juan, el Precursor, la voz clamante en el desierto, vestía sobre la propia piel una de camello, y comía yerbas amargas. Y que se consideraba indigno de desatar las sandalias del que había de venir.

Y Éste vino, por fin; pero los suyos no lo reconocieron. No lo recibieron, porque esperaban en Él un conquistador armipotente, un restaurador del trono de Israel y de la raza escogida superior.

Y Él no era eso, ni era esa su doctrina. Su reino *estaba y estará* en este mundo; pero *no era ni es* de los de este mundo; no procedía de él, ni lo tenía por objeto final. Su consejo fué muy claro: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón".

EL CANTO A AEGIR

Guillermo quiere permanecer fiel a la tradición del Evangelio, y ve en Jesús la sola dirección de la vida humana, sobre todo en aquellos a quienes alcanza una responsabilidad... ¿Y a quién no alcanza una responsabilidad en este mundo, oh maestro emperador?

La tengo yo cuando escribo esto que va quedando escrito como una destilación de mi pensamiento cristiano, no sé si inspirado sólo en caridad, o contaminado también de la soberbia que todos tenemos en los huesos, y confundiendo la propia gloria con la de Dios...

Y la tienes tú, que me estás leyendo y juzgando, oh buen pasajero de las horas. Puedes detenerte en esta que va pasando, y verás en ti mismo cosas nuevas; verás cómo es tu propia soberbia la que se irrita en el fondo de tu justicia no pocas veces. Tú haces el examen de la conciencia de tu prójimo con más celo que el de la tuya propia. Y acomodas los mandamientos del Señor a tus iras, más que tus iras a los mandamientos del Señor. Tú dices que los acatamientos que reclamas para tu autoridad no menoscaban tu humildad, porque no los pides para tu persona sino para tu dignidad o representación. Y es tu persona de carne y hueso, con la soberbia y la concupiscencia en los tuétanos, la que te inspira, si no me equivoco.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

A veces nos empuja la pasión dice Kempis, y creemos que es el cielo.

Nada ha dado más malos ejemplos, digo yo, que el orgullo de los buenos ejemplos. No intentes, si no eres santo, dar prestigio con tus actos a la virtud o a la piedad. Si tú mismo no crees en tu santidad (y no debes creerlo si realmente la tienes) ¿has de hacer que otros crean en ella?

Cumple sencillamente tu deber. Nadie da mejores ejemplos que el hombre ejemplar que no pretende darlos.

Ese Guillermo, que se llama a sí mismo el solo ejecutor de los designios de Dios, no piensa en que otro tanto podía y aún debía decir de sí propio el regente, o rex, o presidente, o grupos de regentes del pueblo vecino, como tales regentes o conductores. Aun el hombre que estaba a su lado podía y debía decir de sí propio, como tal hombre, lo que el mismo Guillermo. Que todos estamos aquí, en este planeta achatado por los polos, para ejecutar las decisiones de Dios, como el planeta mismo. Y como si fuéramos otros tantos emperadores, ni más ni menos, es decir, responsables, en último término, sólo ante Dios: pero sin dejar por eso de serlo ante los hombres. Eso es lo que se llama dignidad, honor, libertad; tiene muchos nombres. Pero se llama sobre todo cristianismo,

EL CANTO A AEGIR

que es, ante todo, humildad de corazón, como lo dice el Maestro, humildad de amor.

Si queremos algún reflejo evangélico que nos sirva de diapasón, podemos recordar el que se halla en la epístola de San Pablo a los romanos, por ejemplo: uno entre mil. "No tengáis con nadie otra deuda que la del amor que os debéis los unos a los otros, puesto que quien ama al prójimo tiene cumplida la ley. Esos mandamientos "no cometerás adulterio", "no matarás", "no robarás", "no levantarás falso testimonio", "no codiciarás", y cualquier otro que haya, están recopilados en esta expresión: "Amarás a tu prójimo como a tí mismo". El amor que se tiene al prójimo no sufre que se le haga daño alguno. Y así el amor es el cumplimiento de la ley".

Dijimos una vez que, así como ciertas heridas de las ostras se convierten en perlas, así ciertos vicios del hombre, como quedan bien cicatrizados, pueden convertirse en virtudes. La sensualidad, bien estirpada, tiende a convertirse en amor o caridad; pero la soberbia nó; la sensualidad es el pecado del amor; la soberbia es el pecado contra el amor.

Lucifer, el padre de la mentira y del odio, no fué sensual, no tenía sentidos corporales.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Esta vaga resonancia del Evangelio, como un lejano diapasón nos servirá para jugar a Guillermo de Hohenzollern, que sube al trono de la gran Alemania conglomerada en torno suyo, y canta a Aegir, el dios de los norsos, *el responsable*, con más devoción que la que él mismo cree.

Entre tanto, veamos de conocerlo personalmente, de mirarle bien los ojos, que es una interesante persona: es un documento humano, como ha dado en decirse por los novelistas.

V

El ensimismado príncipe, joven entonces, y bizarro, y lleno de impaciencias, se nos ofrecía como un carácter muy imaginativo. Era de una movilidad extraordinaria; de una inquietud alarmante, rayana en el aturdimiento. El se juzgaba, entre los miembros de la familia divina, el de sangre más intacta.

Era eso, me parece, y no una simple presunción de belleza física o de elegancia, lo que determinaba su laborioso esmero en el vestir y revestir su persona. Guillermo ha oficiado siempre: un hombre o dos hombres, aun sus propios hijos, eran para él, un auditorio, un público. Gastaba un dineral en su tocador; llevaba guantes immaculados; muchas joyas, sortijas, dijes de reloj, un

brazalete en la muñeca derecha, condecoraciones. Estas valían, según dicen, más de un millón de marcos; las llevaba siempre consigo en sus viajes; se guardaban con las joyas de la corona.

La condesa de Eppinghoven, dama de honor de la emperatriz, dice en sus memorias, haber oído a su señora esta frase: "Los Hohenzollern no usan traje de casa".

Era así, efectivamente: aun los trajes de carcería del emperador, los de *yachtman*, de *lawn-tennis*, cuyos modelos o dibujos daba él mismo, eran decoraciones para infundir el culto a su persona. Vivía en exposición; quería tener algo de sacerdote; llegó a vestir ornamentos sagrados en Jerusalén.

Pero lo que más llamaba la atención era la variedad de uniformes o arneses guerreros que era aficionado a vestir: blancos, rojos, negros, con metales bruñidos, con yelmos o capacetes de hierro, de plata; con águilas o buitres dorados de varias cabezas. Se hablaba, no sé si con fundamento o sin él, de 70 o más uniformes que constituían su ropería particular y su armería: trajes de húsar, de hulano, de coracero; kepis, gorras, chacós, kalpahs; uniformes prusianos, bávaros, sajones, rusos, suecos, austriacos, ingleses, italianos...

ZORRILLA DE SAN MARTIN

También era muy dado a vestir de marino, de almirante. Era el traje de su preferencia, y no sin causa: el uniforme de marino. Su yate "Hohenzollern" era un modelo de fuerte arquitectura naval. Se le veía, con un antejo prismático en la mano, ya en las inmensidades azules del Mediterráneo, ya en los mares escandinavos, frente a los negros bosques de abetos, en cuyas penumbras blanquean las franjas de los hielos derretidos. Allí lo encontró la guerra: frente a los negros abetos, abstraído, ignorante, según dice en sus *Memorias*, de todo lo que pasaba en el mundo. Claro está que no se lo creemos.

El emperador ocultaba con cuidado una deformidad congénita de su brazo izquierdo, revelación imprudente de su origen humano; la ocultaba en su actitud, y en el movimiento del otro brazo. Pero acaso esa sería la nota característica de su silueta escultórica: un ala rota. El hubiera querido ser, estoy seguro, un hombre de gran talla, como Bismarck; pero no lo es. No es una persona arrogante. La fotografía, que ha sido una de sus debilidades, nos permite mirarlo a los ojos sin insolencia, y no vemos en ellos, ni en toda su fisonomía, nada de característico. Es la suya una cara enfática, pero inexpresiva; tiene algo de caríátide, que quiere ser amenazante, pero que no

EL CANTO A AEGIR

lo consigue. Sus ojos son fijos, pero no su mirada, en la que, debo confesarlo, si bien no encuentro signos de piedad, tampoco los veo de maldad, ni de perversidad, ni de doblez. En éstas hay siempre alguna concentración. En esos ojos muy abiertos de Guillermo, las miradas salen dispersas, sin nada penetrante, inofensivas; detrás de su entrecejo, hay algo que siempre ríe, no sé de qué.

Cuanto más miro esa cara, más me afirmo en mi convicción, que parece extravagante: Guillermo no ha sido personalmente un hombre belicoso, pese a sus aficiones guerreras.

Pero tanto o más que éstas, llamaban la atención las aptitudes y aficiones artísticas del enigmático príncipe. Era, ante todo, táctico militar, maestro en el arte de la guerra; mandaba personalmente el ejército; era buen tirador al blanco, excelente jinete; pero era también arquitecto, arqueólogo, teólogo, filósofo, orador, pintor, músico, y, sobre todo, poeta. Es éste, el poeta, el que a nosotros nos detendrá, por más que la elocuencia, el anhelo de ser orador, fué su ambición no alcanzada. Y he aquí que es llegado el caso de que hablemos de su *Canto a Aegir*...

En los momentos a que me refiero, en 1894, circulaba profusamente por Europa. Era del emperador Guillermo no sólo la letra, sino también

ZORRILLA DE SAN MARTIN

la música. Y hasta era de su mano el dibujo o lámina guerrera que ornaba la publicación. Es el que quedó grabado en mi memoria, y el que ahora despierta en este ensayo, como un *leit-motiv*. Traducido del original alemán a todas las lenguas, llegó a mis manos en francés. Mi traducción castellana, que tomo del memorándum manuscrito en que yo anotaba mis fuertes impresiones, es ésta:

CANTO A AEGIR

*¡Oh Aegir, Señor de las olas, ante quien Nix
y Neck se repliegan!*

*La mesnada de los héroes se inclina ante tí,
a los primeros rayos del sol levante.*

*En son de guerra terribles, vamos hacia la
ribera lejana. Condúcenos, al través de las tormen-
tas, de las rocas y de los escollos, al país de los
enemigos. Si Nix nos amenaza; si se rompe
nuestro escudo, protéjenos con tu ojo de fuego
contra el huracán, por fuerte que sea.*

*Y así como Fritioff atravesó sin peligro el
mar, acude a estos tus hijos, que se embarcan en
el dragón.*

*Y cuando, en el bosque salvaje, el enemigo,
herido de muerte, sea recogido por la virgen ar-
mada, entonces, en honor tuyo, ¡oh gran Dios!
irá, como un huracán, nuestro canto.*

EL CANTO A AEGIR

La composición, como se ve, no carece de vigor ni de corrección; ganaría un buen punto en un concurso de retórica. Cualquiera advierte en ella, por otra parte, la resonancia de las grandes sinfonías wagnerianas, cuyo triunfo en el mundo sobre las viejas melodías parecía precursor de la victoria alemana sobre los pueblos romanos.

Es el genio de los Nibelungos, efectivamente, el de la tetralogía de Wagner, emperador de los sonidos conglomerados, el que ha presidido la guerra. Línea *Wotan*, línea *Sigfrido*, sistema *Brunilda*, atrincheramiento *Alberico*, se llamaban las líneas y sistemas defensivos de la grande invasión.

La tetralogía es bien conocida; pero su recuerdo nos viene muy a cuento. Ese Alberico es el enano, como sabemos, que roba a las ondinas el anillo que da a su poseedor el dominio del mundo. El enano roba el anillo; pero Wotan lo roba a su vez al enano, y el anillo va a caer en poder del dragón Fafner. Y aparece Sigfrido, el héroe que mata al monstruo. Pero la Walkiria Brunilda ha sacado el anillo del dedo de Sigfrido mortalmente herido de un lanzazo, y ha arrojado el talismán al Rhin: el anillo que da a su poseedor el dominio del mundo.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Todo eso, cabalgatas de Walkirias, marchas sinfónicas de conquistadores fantásticos, caballeros andantes en dragones, todo eso, tan distinto de nuestro romancero español, se oye resonar en el Canto a Aegir de Guillermo.

Si no es la obra de un gran poeta esa poesía, es lo de un genuino alemán, y también la de un hombre de talento.

Guillermo de Hohenzollern lo tiene, sin duda alguna; no es poco, por cierto, lo que sus condiciones personales, fuerza volitiva, actividad, altivo don de gentes, contribuyeron al predominio de la casa real de Prusia, núcleo de la unidad germánica, sobre todos los otros reyes y príncipes de Alemania, si se tiene en cuenta, sobre todo, que no son muchos los monarcas que descuellan en el mundo por la inteligencia. No todos hubieran escrito ese *Canto a Aegir*, efectivamente.

Pero hay algo más importante en la autoridad de Guillermo: él ha sabido conservar y acrecentar sus dotes naturales con la severidad de sus costumbres privadas, no siempre ejemplares tampoco en otros príncipes, como sabemos; ha sido un hombre honesto.

Conocidas son también las virtudes de la irreprochable emperatriz de Alemania, cuya melancólica muerte en Dorn nos la ha hecho doblemente respetable y amable; fué toda una mujer

EL CANTO A AEGIR

y toda una madre, tan digna y tan virtuosa como esa amable reina de Bélgica, que, como la pequeña estrella que acompaña a la luna, cuando se va temprano por el poniente, hemos visto bajar la colina, al lado del simpático rey Alberto, en las horas crepusculares de la Bélgica inmolada.

Guillermo es, además de todo eso, un hombre de negocios muy inteligente; hubiera sido, y así lo dijo él mismo, un buen agente de comercio; quizá un excelente ministro de hacienda en cualquier parte del mundo. Y, más que todo eso, hubiera sido un hombre honrado.

Pero él se ha sentido rey ante todo, rey por unción directa de Dios, según lo hemos visto, ejecutor irresponsable de sus designios, y depositario del rayo en el entrecejo. Y ha soñado en algo en consonancia con ese concepto imaginativo de su yo. El anillo lo llamaba desde el fondo del Rhin, como los ojos verdes de la leyenda. No podía concebir que sus antepasados hubieran agotado la gloria militar, soporte de los tronos tradicionales; antes por el contrario, debían haber sido sólo sus precursores: la habían preparado para él. El mismo talento militar de Federico el Grande, primer capitán de su siglo, "el único" como lo llamaba Voltaire, fué sólo precursor del suyo, del de Guillermo. Este, en sus Memorias

ZORRILLA DE SAN MARTIN

llama también a su abuelo Guillermo "Guillermo el Grande". La grandeza no se agota, pues.

Por eso separó a Bismarck de su lado: porque Bismarck, el creador de la unidad alemana, si bien llegó a la convicción de la superioridad de su raza sobre las románicas ignorantes, no tuvo la idea de absorberlas por nuevos triunfos militares. Todos los balkanes, dijo un día, no valen los huesos de un soldado prusiano. Bismarck era un viejo equilibrio, como hemos dicho; levantada la construcción, que juzgó definitiva, pensó sólo en habitarla. No abandonaba el espíritu de conquista: "todo pueblo que deja de conquistar, decía, y comienza a devolver es un pueblo muerto"; pero él concebía la conquista en todas sus formas, no sólo en la militar. Ya hemos visto cómo, para aniquilar la Francia, le bastaba con arrancarle el alma con la fe católica; el cuerpo se descompondría por sí solo, por falta de sal. Y aniquilada Francia, la expansión de Alemania hacia el Oriente, que nadie detendría, la haría ceñir la tierra con un anillo de fuego; dominaría el occidente por el oriente. Inglaterra sería vencida en las remotas colonias, en la India, sus barcos se hundirían en la tierra, no en el mar.

Guillermo no pensaba así, ni mucho menos. El triunfo de Alemania tenía que ser el de su

EL CANTO A AEGIR

persona imperial, o no tenía que ser. Nuestro porvenir está en el agua, repetía: es decir, en las regiones remotas del Africa ecuatorial, en el Asia central, en la América hispano-lusitana, sobre todo, con el inmenso Brasil por base, como lo veremos. Conquistado éste quedaba rota la comunicación de la América hispano-lusitana con la inglesa; el panamericanismo no sería una amenaza del pangermanismo.

Y construyó barcos; construyó barcos supermarinos y submarinos; y se ganó a Turquía. El habla en sus Memorias de "mi política turcófila, la vieja política de Federico el Grande". Y comenzó la colonización y educación de América.

Y por eso quería tener propicio a Aegir, el Dios de las tempestades del mar; en su cabeza resonaba el ruido de las grandes aguas.

Y no podía oír otra cosa: ruidos, ruidos, ruidos; estampidos lejanos. Guillermo ha querido algo; pero sin saber a ciencia cierta lo que ha querido. Insisto en creer que él quería la guerra como tema de sus cantos, sobre todo; fué a ella llevado por el ritmo de sus himnos alemanes. No en balde se ha dicho que era suya la mejor y más artística colección de soldados de plomo.

Tiene este ostentoso personaje todos los caracteres, si no me equivoco, de esos arquitectos

ZORRILLA DE SAN MARTIN

de decadencia, que, sin agregar una línea nueva fundamental a las obras precedentes, sin concebir un nuevo estilo adaptable a nuevas necesidades o a materiales nuevos de construcción, sueñan en superar a sus predecesores, con sólo desfigurar o parodiar sus obras, y agrandarlas hasta el derrumbe. Los poetas que, a falta de una idea o sentimiento propios, buscan la originalidad en la deformación, no siempre atinada, de las formas viejas, son también algo de eso.

“En todas sus palabras, dice Gerard, el embajador yanqui, se descubre el alma del conquistador, del hombre intensamente ansioso de fama mundial, y de un puesto conspicuo en la galería de los acontecimientos humanos: es hasta envidioso de los grandes hombres del pasado”.

Llegó a creer, por lo visto, al ver cómo respondían a su voluntad las pequeñas fuerzas, que también las grandes que rigen el universo le serían obedientes; que las potestades esperaban sólo un signo de su mano a su pueblo o raza, para que la idea fuera el hecho de que es principio.

Es un carácter, no hay duda, ese hidalgo de Hohenzollern, el último emperador. No quiere ser tal o cual cosa: *quiere ser*, nada más que ser, o, mejor dicho, aparecer; se aparecía a sí

EL CANTO A AEGIR

misimo. Tiene el ser aparente como suprema finalidad; sus ideas son fuerzas; sus actos son ejercicios. Se ha dicho de Don Juan, el de la leyenda, que era un enamorado del amor. Guillermo es un apasionado de su yo abstracto, más aún que de su persona; es un amor propio impersonal, una fuerza excéntrica de la naturaleza perturbada.

Ese caballero ha atribuido a su persona lo que es sólo función del organismo de que forma parte, y cuyo rasgo característico es la disciplina, la disolución del yo individual en el conjunto. Y es el caso de pensar en' ello: en la influencia recíproca entre el hombre y el medio en que se desarrolla, para establecer la parte de responsabilidad que a cada uno corresponde.

VI

Como antes dijimos, el estudio de la psicología colectiva forma ahora parte de la experimental, y son múltiples los procedimientos empleados hoy para analizar las almas nacionales. Han sido precisamente los filósofos alemanes quienes han reclamado el título de creadores de esa ciencia, como de tantas otras. Y no les falta alguna razón, aunque no concluyente. Que si bien fué Hipólito Taine, el francés, quien más

ZORRILLA DE SAN MARTIN

popularizó la doctrina del medio ambiente al hablar del arte, han sido los filósofos alemanes, efectivamente, Lázarus, Stendhal primero, Wundt después y sobre todo, quienes ampliamente han estudiado esas influencias de la raza, del momento histórico, etc., etc., sobre la vida psíquica.

Ni Taine ni los alemanes son tales creadores, sin embargo. Las viejas verdades dan a los unos ocasión de experimentos científicos que deslumbran; ofrecen a los otros temas propicios a los estilos literarios primorosos, sugiriéndoles parábolas y sentencias que deleitan; pero ya Santo Tomás de Aquino y sus discípulos estudiaron magistralmente esas influencias entre el espíritu y la materia que dan carácter a las distintas razas y pueblos. Y aún antes que el genial maestro cristiano, los filósofos griegos dijeron muchas de esas verdades en forma insuperable.

Fué Platón, efectivamente, si no me equivoco, quien quiso descubrir la naturaleza del alma humana por sus propias funciones, y de ello dedujo lo que el llamó por primera vez "Potencias". Y buscando, en las diversas razas, los resortes de las conciencias individuales, veía en la raza griega, la suya, una gran habilidad para el marejo de las ideas, mientras que, en los pue-

EL CANTO A AEGIR

blos bárbaros del Cáucaso, advertía ciertos rasgos de carácter que él echaba de menos en la de su nación helénica. Aunque menos inteligentes, dice, son más esforzados, más impetuosos, más furiosos. En esa observación fundó Platón la idea de lo que hoy llamamos "voluntad".

Ni los filósofos griegos, sin embargo, ni los cristianos han visto desaparecer por eso la persona humana, unidad de las facultades intelectivas y volitivas capaz de determinarse por sí misma, con conciencia de sí misma, y sometida al principio de finalidad; lejos de tal cosa, aquellas recíprocas influencias son, en concepto de todos, perfectamente propicias a la aparición de las fuertes voluntades personales, concentradoras, pero también dominadoras de la raza, del ambiente, del tiempo; los hombres superiores son las grandes libertades, precisamente; los genios son solitarios y dicen palabras de un idioma futuro. Si os place decir que el destino es todo, yo diré que una parte del destino es la libertad humana. Cuando Dios envía a nuestro planeta un pensador, temblad, dice Emerson. Su gran maestro Carlyle, cuya doctrina sobre la influencia de los héroes en los destinos del mundo nos es tan conocida, le sugirió, sin duda, esa idea.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

VII

Ahora bien; en Guillermo de Hohenzollern no apareció ese hombre plenamente libre, ni mucho menos. Colocado fuera de su medio, de su raza, de su tiempo, no hubiera hecho temblar a nadie. Ha sido, pues, el simple instrumento dócil, aún contra su carácter muchas veces, de la conciencia de su raza. Ni siquiera ha sido un caudillo militar, último grado en la escala de los grandes hombres; su Consejo de Guerra ha compartido con él la autoridad hasta tal punto, que se le ha impuesto. Tampoco ha sido el motor principal de la política internacional de su imperio. El príncipe Lichnowski, cuyas memorias tanto han sonado, nos dice, por ejemplo, que "si él fué enviado de embajador a Londres, está seguro de que no fué por obra del emperador, pues, aunque éste lo honró siempre con sus bondades, nunca perteneció al grupo de sus íntimos. Sé por experiencia, añade, que la oposición a los recomendados de Su Majestad ha salido triunfante, por regla general".

Esa impresión de Lichnowski da autenticidad a lo que nos dice el mismo Guillermo en la expatriación, tras la derrota. Uno se inclina a creerlo cuando protesta de su inocencia, en la ho-

EL CANTO A AEGIR

ra de la responsabilidad; cuando nos dice que él no quería la guerra. Y cuando llega a decir que si alguna vez fué aceptado a formar parte del Consejo de Guerra en el cuartel general, sus generales le pedían que se retirase, en caso de sonar el timbre del teléfono, no solo se le cree sino que se le compadece. ¿No lo hemos oído hasta imputar a su propio hijo mayor el haberle arrastrado a la guerra, que él no quería, y hasta recordar las tempestades que eso desataba en el mismo seno de su familia?

¡Cuántos males, decía León Tolstoi, en su libro "No matarás", cuántos males causará al mundo Guillermo de Hohenzollern, hombre de limitada inteligencia, vulgar cultura y extraordinaria seriedad, y cuyo supremo ideal es la expansión del artificial conglomerado germánico!

La causa de esos males no es, pues, según eso, la inteligencia de Guillermo, sino su limitación; no es su cultura, sino lo superficial de ella, y lo simplemente teatral de su seriedad. No es porque en él había, sino porque en él faltaba un hombre, un gran carácter, por lo que Guillermo debía causar males.

Guillermo llegó a inducir a error al mundo entero, sin embargo, con esas sus seriedades amenazantes. Tolstoi, que no he recordado como

ZORRILLA DE SAN MARTIN

autoridad, por cierto, por que no lo es para mí, ha sido de los engañados. Hablando Tácito del emperador Galba, dice que todo el mundo lo hubiera creído digno del imperio. si no hubiera sido emperador. Algo de eso nos ha pasado en lo militar con Guillermo: se le hubiera creído un guerrero, cuando menos, si no hubiera hecho la guerra. Pero nadie llegó a creerlo, me parece, en ningún momento, un caudillo, lo que se llama un caudillo, lo que era ese Bonaparte, por ejemplo, de que hemos hablado alguna vez, y que es el primero que se ocurre en estos casos, por más conocido y resonante; no por más clásico.

Ese sí que era un caudillo, no cabe duda, ese Napoleón Bonaparte, salido, cuando nadie lo esperaba, de la isla de Córcega, fruto no sabemos de qué, pero tipo del hombre latino o románico.

Suprimamos con la imaginación de la historia humana ese hombrecillo de tricornio y de redingote gris, y nos daremos cuenta de su tamaño por el vacío que en ella deja. Substituído por otro en la historia; qué diferente hubiera sido la del mundo! No eran, pues, sólo la raza, el medio, el momento, los autores de su obra excéntrica y original.

EL CANTO A AEGIR

Nadie mejor que él sintió esa influencia recíproca entre el medio y el hombre, de que hemos hablado; pero nadie tampoco, más que él mismo, la fuerza que estaba en su persona, y que lo empujaba sabe Dios hacia dónde. El hablaba de esa fuerza ignota en forma insuperable cuando decía: "Mi propio hijo no puede reemplazarme; *yo no podría reemplazarme a mí mismo*; soy hijo de las circunstancias".

Si hijo; pero hijo irreemplazable. Sin él, las circunstancias no hubieran sido madres; con él, lo fueron de un nuevo núcleo de rotación que, en aquel momento caótico de la Francia, en que un grupo de descamisados derriba un trono secular, conglomerera y arrastra las fuerzas dispersas y les comunica su propio vértigo. Eso, la nebulosa en camino de condensarse y convertirse en sistema solar, eso es lo que yo llamo un *caudillo*, un núcleo sociológico que arrastra su *cauda* o luminosa cola. Bonaparte era un conquistador; pero él nos dice también por qué. "Mi poder caería por tierra, dice, si no tuviera nuevos éxitos. La conquista me ha hecho lo que soy, y la conquista debe mantenerme".

He aquí confesada su limitación al lado de su grandeza; él dice de su persona, lo que Bismarck decía de su pueblo. Lo que quería era

ZORRILLA DE SAN MARTIN

mantenerse él, Bonaparte. ¿Para qué? Eso es lo que él mismo no supo a ciencia cierta. Otro gallo le hubiera cantado si hubiera sido conducido por una visión objetiva, fuera de sí mismo: la visión del Rhin, por ejemplo, que fué acaso la de Luis XIV, como lo fué de Turena y de Condé, de Luxemburgo y de Villars, y hasta de los mismos Hoche, Pichegru, Marceau, que estaban al lado de ese Bonaparte... ¡La orilla izquierda del Rhin, como frontera de Francia! Eso no cabía en aquella cabeza llena de esas energías sobrantes que buscan empleo artificial inmediato a todo trance, y dan origen al juego, según la ingeniosa teoría de Spencer, el gran ingenioso. Napoleón jugó con lo que no era juego.

“He dirigido la campaña sin consultar a nadie, escribe en 1775 al Directorio; nada de bueno hubiera hecho si hubiera tenido que conformarme con las ideas de otras personas. He ganado batallas contra fuerzas superiores, y sin víveres ni municiones, porque, persuadido de vuestra confianza, eran mis acciones tan prontas como mis pensamientos”.

Eso sí: bajo la bóveda de aquel cráneo estallaban tempestades. La adoración de la Francia hacia aquel *petit caporal* tenía por objeto de culto a una persona con una estrella encendida en lo interior; los ejércitos de Bonaparte, más aún que

EL CANTO A AEGIR

de soldados, estaban formados de sus pensamientos hechos hombres, de sus fascinaciones transformadas en fuerzas.

Póngase ahora al lado de esa cabeza la de Guillermo, y, al lado de ese pueblo arrebatado por el genio, el alemán que ha hecho la guerra. Sólo nos hallamos con un gran casco vacío, y con el crujir de hierros de la máquina de matar más formidable que ha visto el mundo.

Todos cuantos visitaron Alemania en los años que precedieron la guerra, todos, aun los menos observadores, veían eso con solo abrir los ojos. El respeto supersticioso que infundía en aquella gente el uniforme militar no tenía límite. Un capitán que se presentaba en una reunión, que entraba en un vagón de ferrocarril, en un café, así fuera un adolescente, se atraía las miradas respetuosas y las muestras de acatamiento de todo el mundo. No creo, francamente, que el emperador las recibiera de distinta especie; la diferencia sería de grado, no de naturaleza. Presumía el joven teniente o capitán que aquello le era debido; adelantaba majestuoso, severo, fortísimo; su saludo era una voz de mando. Y él no era él, sin embargo, sino su uniforme, el ejército con emperador y todo.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

No es de extrañarse, según eso, que los jóvenes universitarios se consideraran obligados en Alemania a desafiarse entre sí, sin más objeto que el de hacerse heridas, en la cara sobre todo, como los héroes norsos cantados en el canto a Aegir: para ostentar cicatrices ante los dioses.

Y bien se explica por qué Guillermo II, al vestirse las vestiduras de emperador, alzaba los ojos a Aegir y le dirigía su oración litúrgica: ¡Oh Aegir, Señor de las olas, condúcenos al país de los enemigos!”.

Ese es el autor de la guerra, en resumidas cuentas; ese el solo, el verdadero responsable: el dios de los norsos, que es bien conozcamos.

VIII

Conviene, efectivamente, y es necesario, que sepamos quién es ese gran dios, ese Aegir, a quien acudía Guillermo por amparo con tanta devoción.

Aegir es de más vieja data que los héroes de los Nibelungos. Es un dios de las mitologías norsas o escandinavas, comunes a sajones y germanos, pero que han persistido en el espíritu de estos últimos, mientras que, en el de los otros, se han disipado o transformado por la influencia cristiana. Nació en la lejana isla de Islandia, producto a su vez, como dice Carlyle, del fuego

vomitado por los abismos del mar: tierra desierta, estéril, abrumada de lavas, envuelta la mayor parte del año en negras tempestades, e iluminada en estío por un rayo de salvaje hermosura. Se ofrece en formas piramidales de severo y horrendo aspecto, en medio del océano glacial, con sus torbellinos de nieve, terribles simas volcánicas, rugientes surtidores de agua hirviendo y pozos de ardiente azufre: la desolación y los destrozos del fuego y del hielo.

En las riberas de esa tierra de confusión, en una zona herbosa y fértil, puede subsistir el ganado, y, con éste y los productos del mar, vivir el hombre. Allí habitaron hombres, y entre ellos, poetas amigos de expresar, en imágenes musicales, los pensamientos profundos que aquel panorama, espléndido al par que horroroso, les inspiraba.

Mucho se hubiera perdido, sigue Carlyle, a no haber arrojado el mar de su seno aquella isla singular, y a no haberla descubierto los noruegos. Muchos de los viejos poetas norsos fueron naturales de Islandia.

La rapsodia, pues, de esos cantos primitivos es lo que constituye el *Elder o Edda*, que parece quiere decir *abuela*. Por esos cantos venimos en conocimiento de aquel paganismo norso, tan dis-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

tinto del griego, a pesar de que, como éste, fuera la personificación de las obras visibles de la naturaleza. Para aquellos hombres, los oscuros y hostiles poderes de la naturaleza, el hielo, el fuego, las tempestades, eran *Joetums*, seres monstruosos, y de carácter demoníaco. La cólera de Thor era el trueno; la aglomeración de nubes negras era el ceño de su enojo; el rayo, el golpe de su maza. Frost era un joetum hirsuto; Thyrn o Rime un demonio viviente que llevaba por la noche sus caballos a sus antros, donde se sentaba a peinarles la crin. Esos caballos eran nubes de granizo, vientos de escarcha. Sus vacas, no las suyas propiamente sino las de un pariente, las vacas del gigante Hymir, son los *icebergs*, montes de hielo submarinos. Este Hymir mira las rocas con su ojo diabólico, y las hielos y hace estallar con la mirada.

Entre esos dioses o joetums estaba el Aegir de que hablamos: el dios de las tempestades del mar. Es de notarse la opinión que tiene Carlyle, el más germánico de los ingleses, de ese divino personaje. Aegir, dice, es un joetum muy peligroso. Aún en nuestros días, los barqueros de Nottingham, cuando las aguas de nuestro río Trent alcanzan una altura poco común, y descienden luego, formando remolinos y corrientes

EL CANTO A AEGIR

peligrosas. dan la voz de alerta gritando: ¡Cuidado que viene Aegir!

Carlyle advierte bien la diferencia entre ese desahogado mitologista y el griego, tan lleno de gracia. "Después, dice, de tantos y tan hermosísimos Apolos, de tan graciosas y sonrientes fábulas, hemos de descender y discurrir sobre los dioses norsos, entretenidos y ocupados en preparar y fermentar cerveza para celebrar sus banquetes en honor a Aegir, el gigante del mar, despachando a Thor, en busca del caldero místico; a Thor, que, después de muchas aventuras, vuelve con el caldero monstruo, que, a guisa de sombrero, se lo cala y echa a andar, tocándole los talones las asas del pote descomunal".

He ahí en ligeros rasgos, a ese Aegir invocado por Guillermo, como su genio tutelar. Esas de que nos habla, terribles vírgenes armadas, son las walkirias que, en el campo de batalla, escogían los muertos cuyo mayor número de heridas los hacía más dignos de ser presentados a los dioses como predilectos. No en vano los guerreros norsos, cuando estaban a punto de morir, se causaban heridas a sí mismos, para presentarse dignamente ante las ceñudas potestades. Ese Thor, el del gran caldero, es el que Enrique Heine, profetizando, anunciaba como el predestinado a

ZORRILLA DE SAN MARTIN

demoler, con su martillo o maza, las catedrales góticas. Es el trueno; el fruncimiento de su ceño produce las nubes negras; el rayo es el golpe de su martillo. Ese Hymir es el precursor de los barcos submarinos, como lo es de los gases asfixiantes el ceño que engendra nubes.

IX

No me cabe duda; es ese *Canto a Aegir*, más que todas las notas, y tratados y pragmáticas, el documento que ha influido en mi espíritu para formar mi concepto sobre la realidad y la causa y el carácter y la responsabilidad de la guerra. Cuando yo, en tierra francesa, oí aquel grito extemporáneo, miré a mi redor, creyendo que todo el mundo se sentiría, como yo, en presencia de un inminente peligro. Pero no era así; no era el caso de perturbar el propio bienestar por tan poca cosa; nadie daba a aquello maldita la trascendencia; era cosa de risa.

Yo confieso que no pude reírme.

Bien es verdad que algo semejante ocurría con manifestaciones de otro orden. Los profesores alemanes explicaban, a la luz del día, en sus aulas, y los escritores exponían en sus libros y revistas, y los maestros enseñaban en las escuelas a los niños, las más extravagantes

doctrinas de hegemonía y conquista germánicas, sin que los estadistas de otras naciones vieran en ello otra cosa que ideologías de la soberbia; nada de planes efectivos de gobernantes y directores responsables. Y, sin embargo, al par que ideas en la cabeza de aquellos hombres fuertes, se colocaban príncipes alemanes en los tronos balcánicos, y oficiales alemanes en el ejército de Turquía, de acuerdo, como dice Guillermo, con "la política turcófila de Federico el Grande", que él mismo seguía, según dice; y se desarrollaban planes de sedición en la India y en el Egipto; y se preparaba el incendio en Persia; y se tendían líneas ferroviarias estratégicas; y se formaba la marina de guerra, sueño del emperador; y se educaba parte de América para Alemania. El príncipe Lichnowsky ha dicho recientemente mucho de eso; el príncipe y muchos otros... Hoy se ve claro, me parece. No se veía entonces, por lo mismo que no nos vemos las pestañas: porque están demasiado cerca de los ojos.

Eso obraba, por otra parte, sobre los entendimientos, y el entendimiento humano no ve gran cosa que digamos; los sabios son tontos no pocas veces; a fuerza de analizar estambres y pistilos, no ven la flor, ni ven al hombre, a fuerza de analizar facultades

ZORRILLA DE SAN MARTIN

¡Pero aquel *Canto a Aegir* difundido a toque de clarín imperial! Aquello estaba al alcance de todos; de la ciencia y de la nesciencia; todo el mundo podía ver, con solo tener ojos, aquel dios caballero en el dragón, que debía conducir las mesnadas germánicas, al través de los escollos, al país de los enemigos, y que arrastraba a Guillermo, quieras que nó.

¿Que no era ese *Canto a Aegir* un documento oficial?

Nó, no era un documento oficial. Si lo fuera, bien poco valdría, como todos sabemos. No era tampoco, bien lo sé, una filosofía, o doctrina, o como se le llame. Esas filosofías, que Carlyle llama "suplemento de la práctica, y especie de barniz lógico o epidermis de inteligencia con que el hombre quiere hacer admisibles sus actos instintivos después de haberlos realizado" no tienen tampoco maldita la importancia para el caso.

Pero aquel *Canto a Aegir* era mucho más que todo eso; era una poesía, es decir, una verdad hecha, salida del entendimiento y de las tradiciones, e instalada en la fantasía de un pueblo; en la fantasía, que ha sido llamada, y no sin mucha causa, el "clima del espíritu". Es en ella, efectivamente, donde se abre el corazón y da sus deseos, como el árbol sus flores fecundadas; en

EL CANTO A AEGIR

ella también se incuban las enfermedades del alma o fiebres perniciosas, que dan sus delirios.

¿Tú no crees en la poesía? ¿No crees en los dioses o demonios?

¡Ingenuo! No resolverás nada serio sobre las primeras causas.

La poesía, dice Novalis, el alemán, es lo real absoluto. Es ese el núcleo de mi filosofía. Cuanto más poética es una cosa tanto más real.

Así entendida, la poesía tiene su analogía con el dogma cristiano. La Iglesia de Cristo, efectivamente, no es un cuerpo de doctrina filosófica principalmente, sino un cuerpo místico vivo, la realidad viva sobrenatural, formada por todos los que tal cuerpo místico constituímos. Cristo no nos dijo que El fuera el razorador o investigador de la verdad, sino que El era la Verdad. El es, pues, quien permanece en su obra como su alma; es lo real absoluto, la suprema belleza o poesía.

Sin duda por eso, entre las injurias o denuestos de que suele ser objeto Jesucristo, Nuestro Señor, ninguna ofende tanto el oído cristiano medianamente afinado (eso ocurre en el mío, cuando menos) como el dictado de "filósofo" con que el Redentor del Mundo suele ser ofendido por los majaderos. Es, efectivamente, más que una blas-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

femia o irreverencia, una desafinación insuperable, un pecado contra la belleza o la armonía. Un poeta no puede perdonarlo.

Algo análogo a esa vida existe también en los pueblos; éstos, los pueblos, no son llevados por la letra de los documentos oficiales, ni por las filosofías, tan variadas como el viento; lo son por la poesía o los cantos precisamente, por los dioses, ya que algún nombre hemos de dar a esos espíritus; los de destrucción que sustituyen a Dios en el corazón vacío, deshabitado, soberbio, son las causas de la guerra. Los poetas son sus instrumentos musicales que dan las horas. Ese emperador poeta que invoca al genio de la conquista no es un poseedor sino un poseído; lo es del espíritu difuso conglomerante de su pueblo fuerte. El le llama *Aegir*; pero tiene otro nombre; en el Evangelio se llama *Legión*. Es polimorfo, y tiene el don de lenguas. Las ha hablado todas, efectivamente: las orientales y las occidentales; las viejas y las nuevas; las muertas y las vivas, la nuestra inclusive, no nos hagamos ilusiones, la nuestra española. Y ha cobrado todas las formas ... hasta las de arcángeles y santos.

Ese espíritu cantó en los dioses deformes de la barbarie asiática que asaltaron la cuna de

EL CANTO A AEGIR

los bellos dioses griegos, tan falsos como aquéllos; pero también su pensamiento exterminador se ha adaptado a las divinas formas y a las lenguas melodiosas: a la griega que habló Alejandro el conquistador macedónico; a la latina que hablaron los césares de Roma; a las románicas que hoy hablamos por el mundo, a la nuestra española inclusive, también a la nuestra española, bien es repetirlo.

Uno se detiene, sin embargo, ante el poeta coronado de Roma... En ese Virgilio, cantor áulico del César, cumbre de la poesía latina, pasan, como reflejos de un sol invisible, palabras iluminadas.

"Tu regere imperio populos romane memento", decía el poeta del Lacio, a su orgulloso pueblo. Tú acuérdate, oh romano, de que es una tu misión: el imperio del mundo; la dominación de los otros pueblos.

Pero es en la misma lengua, en el verso virgiliano, donde suera la primer nota, en medio del imperio, del *canto nuevo* que oyó Virgilio: el perdón de los vencidos.

"Parcere subjectis et debellare superbos".

También Horacio da el ritmo latino a la nueva idea: "Sé implacable, oh Roma, con el enemigo que resiste; pero sé clemente con el vencido".

ZORRILLA DE SAN MARTIN

"Imperet bellante prior jacetem lenis in hostem".

Está ahí la piedra de toque para distinguir la mayor o menor proximidad en que estemos con respecto al espíritu legión: la clemencia.

El *Canto a Aegir* está impregnado de un espíritu inclemente. Y es contra éste, entiéndase bien, no contra un pueblo determinado, contra quien debemos defendernos todos... todos, aún dentro de nosotros mismos.

nosotros mismos, cuano lo sintamos dentro.

Que sí lo sentimos más de una vez, dicho sea en honor de la verdad, aunque no somos norsos.

Es el dragón, el del ojo de fuego, que a todos nos acecha, el padre de los vicios capitales, el de la soberbia sobre todo; el demonio, que no tiene patria.

Montevideo.

INDICE



INDICE

SOBRE ALVEAR Y ARTIGAS

A un Joven Historiador	Pág.	13
Fantásticas Revelaciones	"	25
Sobre Historia Platense	"	39
Los Documentos	"	51

DENUESTOS CONTRA ARTIGAS

El Congreso de Tucumán	"	71
------------------------------	---	----

LA ARGENTINIDAD

La Argentinidad	"	97
-----------------------	---	----

LA REALIDAD DE ARTIGAS

La Realidad de Artigas	"	127
------------------------------	---	-----

LA REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

La República Oriental del Uruguay	"	145
---	---	-----

I N D I C E

MONUMENTO A DORREGO

Monumento a Dorrego Pág. 171

ARIEL Y CALIBAN AMERICANOS

Ariel y Calibán Americanos " 195

LA ADVERTENCIA DEL PRESIDENTE
MONROE

La Advertencia del Presidente Monroe " 227

LA FAMILIA ROMANICA

La Familia Románica (De un libro inédito) . " 249

EL CANTO A AEGIR

El Canto a Aegir (De un libro inédito) " 281

